

Dos enemigos

Dahiana Araceli Veroitza Fernndez



Capítulo 1

2.1 Nacido para mandar

19 de noviembre de 1962, Florencia Italia.

—¡Puje señora Richieri! ¡Puje!— gritó el medico con énfasis concentrado en su trabajo.

Se escuchó un grito ensordecedor y luego un débil llanto, había nacido quien cambiaría la historia del clan Richieri.

Lorenzo miro a su hermano y se le cayó el Abanó de la boca. Entro aturrido a la habitación donde su mujer había dado a luz hace minutos.

Tomo en brazos al débil hijo que Dios le había regalado y sonrió.

—Al fin mi señor me ha dado un heredero varón— grito alegré y le dio un beso en la frente a su mujer, quien yacía recostada recuperándose del difícil trabajo de traer un hombre a este mundo.

—Te llamas Arnoldo Richieri, como mío abuelo— dijo con euforia meciendo a su pequeño hijo recién nacido.

Unos ojos tímidos y llenos de miedo se asomaron con delicadeza por el borde de la pared que daba al pasillo principal de la casa.

—¿Qué vez?— preguntó ansiosa su hermana Clorovida.

—Sssh— la silencio Mercedes tapándole la boca y volviendo a inclinarse con cuidado por el borde de la pared.

—¿Es nene o nena?— insistió Clorovida esta vez susurrando para no ser escuchada.

—No lo sé, están los adultos reunidos pero nadie dice nada— le aclaró Mercedes agudizando la vista para poder ver mejor.

De repente y sin aviso salió su padre de la habitación principal de la casa. Siempre imponente, derecho y cabeza en alto, daba miedo el solo hecho de verle.

Mercedes lanzo un pequeño suspiro contenido y se escondió detrás de la pared agarrándole la mano a su hermana.

Lorenzo se reunió con su hermano de sangre Javier y le contó la gran noticia, había tenido al fin un heredero varón y lo había llamado como su

abuelo Arnaldo Richieri.

Mercedes cruzo mirada con su hermana Clorovida, ambas sabían que ese nacimiento lejos de alegrarles le causaba tristeza, con su escasa edad de 13 años entendía que si un hermano varón llegaba a la familia, ni ella ni sus hermanas tendrían buenos futuros allí.

Ambas caminaron sin decir palabras hasta la habitación donde estaban reunidas sus otras tres hermanas pequeñas.

Mercedes había nacido primero, hace ya trece años. Luego le seguía Clorovida con once años, Clarivel con nueve años, Susana con siete años y la más pequeña de todas Ludovica con tres años.

Todas ellas habían sido una decepción tras otra para su padre, quien arraigado a las viejas costumbres del clan Richieri deseaba dejarle su imperio a su hijo varón.

De hecho este último embarazo, lejos de acompañar a su mujer y madre de sus hijas en el difícil proceso de engendrar un humano, se había dedicado a viajar en interminables viajes de negocios por el mundo, ya no confiaba en que su mujer le diera al hijo que tanto anhelaba.

Mercedes a pesar de su corta edad, sabía a la perfección que tanto su destino como el de sus hermanas, ese maldito 19 de noviembre de 1962 había cambiado drásticamente para siempre.

Con los años se empezó a notar la preferencia de su padre por Arnaldo.

Se le dio una habitación aun siendo un bebé de meses, cuando la ley familiar decía que las habitaciones se les daba a los niños en su pubertad para tener mayor intimidad con su cambio corporal hacia la adultez, hasta que esa edad llegara todos dormían en una habitación a la que se le llamaba "la habitación de los niños del hogar".

Sus hermanas aterradas por los cambios inevitables que se estaban dando paso en la mansión Richieri, se aferraban a su único faro de esperanza, su hermana Mercedes.

Esa esperanza duro poco, cuando en el primer cumpleaños de su hermano Arnaldo a Mercedes se le anuncio que iría al internado de señoritas de las hermanas franciscanas en Roma Italia.

Mercedes no se atrevió a decir palabra alguna ante su imponente padre, pero si se las diría a su madre, quien sabia lo difícil de ser mujer en un mundo de hombres.

—¿Ya estas lista?— le dijo su madre entrando a la habitación de su hija mayor.

—Bien sabes que no puedo dejar a mis hermanas solas con ese eminente peligro suelto en casa— le dijo Mercedes de forma directa y sin rodeos.

—No digas eso Mercedes, él es tú hermano— dijo ofendida su madre.

—¿Mi hermano? Se le puede acaso llamar así a quien ha puesto en peligro la vida de tus cinco hijas— la enfrentó Mercedes con la mirada fija en los ojos de su madre.

Era muy evidente que la sangre Richieri corría por sus venas pensó su madre, pues ese carácter solo era propio de la sangre de su padre.

—No te pido que lo entiendas, pues no es tú cabeza quien esta debajo de la guillotina— dijo Mercedes cerrando con brusquedad su pesada valija de cuero.

Los años pasaron y Arnoldo poco a poco comenzó a notar su poder en la familia. Al cumplir los dieciséis años, nadie podía detenerlo, ni siquiera a su propia madre obedecía. Con sus hermanas, las cuales todas estaban en el internado de las hermanas franciscanas, escasas veces habia tenido contacto, no representaban nada importante en su vida de príncipe. Pero todo cambio cuando su padre falleció ese 15 de marzo de 1978 en su viaje a New York.

—¡Son un eminente peligro!— me advirtió mi mano derecha Jonathan.

—¿Por qué lo serían?— pregunté con inocencia.

—Ellas llevan la sangre de su padre— me aclaró serio Jonathan.

—Son mujeres— le recordé.

—Me temo que tiene mucho que aprender sobre el juego del poder, mi señor— me dijo serio.

Yo mire un momento por el ventanal, si bien tenía los conocimientos de las interminables lecciones de mi padre, había muchas cosas que debía cambiar, pues yo sabia que mi progenitor había muerto por muchas razones, excepto por causas naturales.

2.2 Mí libertad y mí maldición

«Mercedes Richieri»

Cuando llegué al internado, ya hace quince años, me costo mucho adaptarme a la vida de humildad y obediencia. Con los años y una vez que mis hermanas se reunieron todas conmigo la vida aquí no resulto ser tan mala, lamentablemente eso cambiaría drásticamente una vez más.

Habia terminado de cumplir mi servicio en la lavandería y me estaba dirigiendo a la habitación que compartía con mis hermanas, con sabanas limpias.

Ludovica paso corriendo a la habitación gritando nuestros nombres y con una carta en la mano, pensé que era de nuestra madre, hace mucho no recibíamos cartas de ella y me alegraría saber noticias de casa.

—¿Qué ha sucedido?— preguntó Clorovida con su ansiedad de siempre.

—Es una carta de casa— dijo Ludovica emocionada.

Me la dio para que la abriera y al darla vuelta algo me sonó extraño, ese sello no era de mi padre, era de mi hermano y eso por alguna razón me daba miedo.

20 de diciembre de 1978

Para mis hermanas a quienes tengo el placer de dirigirme

Informarles el lamentable fallecimiento de nuestro amado y respetado padre que Dios lo tenga en la gloria.

Y haciendo uso de mi nuevo poder en la casa familiar, me temo debo tomar decisiones difíciles. A partir del lunes 2 de enero de 1979 cada una de ustedes serán trasladadas a los diferentes internados aquí abajo nombrados, a excepción de mi muy estimada hermana Ludovica quien seguida en el hogar de las hermanas franciscanas.

Los saluda cordialmente su muy apreciado hermano Arnoldo Richieri.

La carta habia tardado una semana y media en llegar a destino, eso significaba que solo quedaban tres días para el traslado de internado.

Todas nos quedamos en silencio, más por la noticia de que él voluntariamente nos habia separado que por que mi padre habia partido a la casa del Señor.

No es que no estuviéramos agradecidas con nuestro padre, pero tampoco se hacia querer demasiado y muchos menos extrañar con nostalgia.

—¿Qué haremos?— preguntó Susana luego de un largo silencio.

—Debemos empacar, de nada sirve ponernos rebeldes ahora— le dije y agarre la carta yendo en silencio a los baños.

Me encerré en un cubículo y tirándome al suelo llore amargamente. No había una solución real en todo esto, él se había asegurado de cada mínimo detalle.

Nos separaría a todas para no poder conspirar contra su poderío, nos enviaría a lugares alejados y extraños donde no conoceríamos a nadie que nos ayudará en nuestra desesperada situación, a la única que dejaría en el internado cerca de casa, o al menos lo más cerca de casa, sería a una niña de trece años que ni siquiera podría hacerle frente sola.

Odie con el alma a mi hermano ese día y por el resto de mis días.

«Arnoldo Richieri»

Ya habían pasado dos largos años de la muerte sorpresiva de mi padre.

No necesitaba que nadie me advirtiera la situación en la que estaba. Mi querida hermana Mercedes había encontrado una salida segura de su encierro, debía admitir que era casi tan inteligente como yo. La breve carta decía en pocas líneas que había encontrado la vocación de Dios en su vida y deseaba casarse con un hombre a quien amaba de verdad y deseaba mi bendición.

Era verdad que ya tenía treinta y un años, me sentía tonto al no reparar en esa cuestión antes que ella.

—¿Qué haremos mi señor?— preguntó Jonathan quien estaba sentado en uno de mis sillones del despacho.

—Le daremos la bienvenida a la feliz pareja— le dije girándome y mirándole fijamente.

—¿Y luego?— Jonathan me conocía y sabía que algo había planeado, no perdería la batalla tan fácilmente como mi padre.

Una serpiente como Mercedes era muy peligroso dejarla libre, debía controlarla hasta que su final llegará, y si era pronto mejor.

Yo me acerqué a mi colección de cuchillos y tome una daga fina muy afilada.

—Me temo que mi querido cuñado tendrá un accidente en una noche

oscura del cual no sobrevivirá— le respondí y le tire la daga a Jonathan.

Él me miro varias veces sorprendido, era la primera vez que le pedía que matara a alguien, yo sabia que seria su primer asesinato y tenia miedo, pero más miedo me tenia a mí.

Mi madre salió a recibir con un abrazo a su primogénita, yo había encerrado a esa mujer en su habitación para siempre, pues aunque me hubiera dado la vida sabia que seguía siendo mujer y estaría del lado de ellas siempre.

Mi hermana se acerco con una sonrisa brillante hacia mí, la pobre rata pensaba que me habia ganado.

—Hermano es un placer volver a verte— me dijo con un abrazo.

—Guarda tus halagos luego los necesitarás cuando deba elegir a tu esposo— le dije sin vueltas.

Ella me miro desconcertada pero no dijo nada y tomo con fuerza la mano de su prometido.

Yo no podía creer al idiota que habia elegido para formar parte del clan Richieri, dudaba que lo hubiera hecho llevada por los designios del corazón, tal vez otras mujeres si se dejaban llevar por eso, pero Mercedes hacia todo con conciencia y sabia que lo habia elegido especialmente para joderme las pelotas a mí.

—Mi nombre es Rodul— se presentó el idiota.

Yo fumaba en silencio en el sillón principal de la casa.

Mi hermana me veía con molestia y estornudaba de vez en cuando fingiendo que mi humo le molestaba.

Nadie haría nada por más que se ahogara ahí mismo la estúpida, ya hace mucho se habían acostumbrado a mis reglas en esta casa.

—Hijo puedes...— inicio mi madre con cautela.

Solo bastó una mirada mía y ella agacho la cabeza.

—¿Resulta molesto?— le dije tirándole el humo en la cara a mi progenitora.

Ella tosió débilmente y no dijo nada.

—¡No hagas eso!— dijo mi hermana levantándose furiosa de su asiento.

—Esas no son actitudes propias de una dama— le respondí sonriendo— ¿Estas seguro de casarte con una mujer chillona como ella?— le dije a Rodul quien no pudo evitar sonreír.

—No me ignores Arnoldo— me advirtió Mercedes enfurecida.

—¿Qué harás si lo hago?— le pregunte mirándola— recuerda lo que te dije en la entrada hermana, debes ser obediente conmigo o de lo contrario— le dije.

—¿De lo contrario que harás?— me preguntó desafiándome.

—No tendré compasión al elegir a tú esposo— le respondí mirándola fijamente.

—Yo ya tengo prometido— me dijo señalando a Rodul quien me miro confundido.

—¿Y aun crees que él será tú esposo?— le dije riendo y me fui con las manos en los bolsillos.

—¡No podrás evitarlo!— me grito a mis espaldas.

«Mercedes Richieri»

Estaba acostada en la cama mirando a mi futuro esposo Rodul.

Sabia que no lo amaba ni mucho menos, pero era lo suficientemente ambicioso para hacerle frente a mi hermano, lamentablemente en este mundo debía necesitar de un hombre para controlar a mi familia, nunca se aceptaría que una mujer fuera la cabeza del clan Richieri, pero me conformaba con ser la esposa del líder de la familia.

—Si no le caigo bien a tú hermano no me importa Mercedes porque tarde o temprano ocupare su lugar, pero tú deberías llevarte bien con él porque sino nunca lograremos abirnos paso hacia el poder— me aclaro acercándose a la cama.

—Yo no fingiré cariño con él— le dije seria.

—Ho nena debes hacerlo por el bien de tú esposo— me dijo Rodul con su asquerosa voz egocéntrica.

¿Con quien creía que hablaba? Yo era la hija mayor de la familia más

importante de Italia.

—¡No me faltes el respeto Rodul!— le aclaré furiosa.

Él se ríó y me agarró la mandíbula con fuerza.

—No muñeca, debes conocer tú lugar en esta relación, porque ni creas que compartiré mi poder contigo— me dijo, yo intentaba soltarme de su agarre me dolía pero no podía gritar— aunque si estoy dispuesto a compartir la cama con una belleza como tú— continuó y me beso a la fuerza intentando desabrocharme el camisón.

Yo quería gritar pero no podía, su boca me lo impedía, sentía sus manos tocando partes no deseadas y todo mi cuerpo luchaba por sacármelo de encima.

—Dale perrita, consumemos nuestro amor— me susurró con una risita y yo me queje con lágrimas en los ojos.

Lo único que escuche fue que la puerta se abrió y luego vi salir sangre de la boca de Rodul, este cayó en la cama bajo mi mirada atónita.

2.3 Muerto en vida

«Mercedes Richieri»

Mire aterrada hacia la puerta y mi hermano yacía fumando tranquilamente apoyado en el marco.

—Hermana esas cosas que estabas haciendo son pecaminosas ¿Acaso las monjas no te enseñaron nada?— me preguntó con burla.

Yo estaba observando el cuerpo de Rodul con la daga clavada en la espalda, lo único que atiene a susurrar fue un débil.

—¿Como?— lo mire desconcertada.

—¿Como qué?— me preguntó confundido por mi pregunta.

—¿Como sabias que él estaba intentando abusarme?— no recordaba haber podido gritar, Rodul me tenia tapada la boca en todo momento, era imposible que Arnoldo hubiera escuchado mis débiles quejidos desde la otra punta de la mansión.

«Arnoldo Richieri»

La inocencia de mi hermana era algo que no lograba comprender, opacaba

toda su inteligencia y la hacia parecer más tonta de lo que realmente era.

Creía que yo había ido a salvarla, iba a contarle la verdad pero mi cabeza, la cual siempre funcionaba de forma rápida me hizo ver una nueva forma de controlar a las personas más allá del miedo, hacerles creer que yo les estaba ayudando cuando en realidad ellas me estaban sirviendo solo a mi, su amo.

—No escuche tus gritos, pero era obvio saber que un hombre malvivido como él se dejaría llevar por sus instintos primitivos— le respondí.

Ella me miro desconfiada y yo actúe de la misma forma en que siempre actuaba con ella, con desdén y superioridad, porque si le daba un abrazo seria aun mas sospechoso.

—No creas que lo hice por ti, lo hice por el buen nombre de la familia, si dejaba que mi hermana tonta perdiera la honra antes del matrimonio seria una vergüenza para el clan— le aclaré y me fui.

Al otro día se enterró en una tumba sin nombre al que pretendió mi poder, en ese lugar muchos más serian enterrados, no me importaba quien, pero cualquiera que osara mi poder terminaría en ese campo, donde solo yo sabia su ubicación, con una lapida sin nombre, así nadie más los recordaba.

Cuando volví a casa mi madre estaba consolando a una Mercedes llorosa, se veía más fea de lo normal.

—¿Ha sucedido algo?— les pregunté, no porque realmente me interesaran los problemas insignificantes de las mujeres, sino porque odiaba no enterarme de algo que sucedía en mis propios dominios.

—Es solo lo que ha pasado a noche, esperó que el culpable de tal agravio haya tenido su debido castigo— me dijo mi madre.

Yo no entendía porque las mujeres eran tan sensibles con sus cuerpos, como si ellas no desearan tanto como los hombres el sexo.

—Nadie lo recordará ni sabrán donde está, ha sido condenado al olvido— le respondí y me dispuse a irme.

Estaba en ello cuando escuche la débil voz de mi hermana.

—Hermano— yo me gire para verla.

Ella se me acerco y se tiro de rodillas adelante mío.

—Gracias— me dijo besando mis zapatos.

Al ver a Mercedes así pensé en que haría si la hubiera dejado ser abusada y luego a ver matado al imbécil, porque podría haberlo hecho tranquilamente.

Ahora obtenía su lealtad sin siquiera haberme movido demasiado por ella, me reía de saber que tan fácil era manipular a un ser humano.

Era como criar perros, darles de comer y beber y serán leales a ti.

Le levante el mentón y le Sonreí.

—Ya sabes cual es el motivo de mi acción y no es precisamente tú bien estar— me burle mirándola fijamente.

—No importa, me haz salvado de la desdicha y te seré fiel— me dijo mirándome a los ojos.

Yo me reí y la volvió a mirar.

—Muy bien, espero que cumplas tú palabra, de lo contrario la próxima dejare que te traten como te lo mereces— le respondí y le di un beso en la frente.

Ese día aprendí una valiosa lección, no solo el miedo podía controlar a la gente, sino también la benevolencia de su amo.

Con los años me asegure que cada una de mis hermanas se casara con quien quería, ellas no ofrecieron resistencia en parte por miedo hacia mi y en parte por obediencia a su hermana Mercedes quien hasta el último día de su vida creyó que yo la había salvado de la desdicha.

—Debe conseguir una esposa— dijo sin previo aviso Jonathan.

Yo lo mire desconcertado, ahora que bicho le habia picado para que dijera esa estupidez.

—Debe tener un heredero que asegure su poderío— aclaró rápidamente cuando vio mi cara de disgusto.

—Un heredero— susurré pensado en mi padre y su estúpida obsesión por un hijo varón a quien dejarle su fortuna.

—Si, uno que sea varón como usted— volvió a aclarar Jonathan.

Yo me dediqué a ver en silencio por la ventanilla del avión.

Mi padre había sido convencido de tener un hijo y una vez que lo tuvo me criaron para remplazarle cuando el falleciera. Solo él no sabía que su muerte sería tan pronto como cuando yo pudiera cumplir la edad y la madurez para controlar al imperio económico Richieri. De hecho quien ahora era mi mano derecha, Jonathan había formado parte de la conspiración que acabo asesinando a mi padre en el "accidente" de New York, ya hace catorce años atrás.

Pero si no tenemos un hijo ellos sospecharan e igual intentarían matarnos, me recordó mi cabeza siempre adelantada a cada una de mis ideas.

Llegamos a Buenos Aires Argentina, era mi primer viaje a esas místicas tierras del fin del mundo. Mi plan era expandir el imperio Richieri y había descubierto que algún antepasado mío había comprado unas tierras que producían papa y maíz en este vástago desierto al que llamaban "La Pampa Argentina"

Al llegar conocí a quien luego se convertiría en mi fiel sirviente Carlos, un hombre de mediana edad perteneciente a una tribu extinta de aborígenes que custodiaban estas tierras antes que llegaran los terratenientes.

Carlos y Jonathan desde el primer momento no se llevaron bien, uno velaba por mi vida y el otro solo esperaba la oportunidad para aniquilarme.

Carlos aceptó gustoso guiarme por las enormes etarias de cultivos, donde miles de trabajadores cosechaban día y noche esas bastas tierras.

Era una tierra rica, pero necesitaba organización y trabajo duró.

Contraté a varios hombres que hicieron de capataces de una etaria de cultivos, tenían derecho a todo para que la producción fuera al máximo y de buena calidad. En esos momentos esos burdos cosechadores de papas y maíz me parecían insignificantes ¿O acaso alguien con dignidad y deseos de poder se humillaría a si mismo cosechando ante los pies de su amo? Lo dudaba, estos eran seres sin ambiciones y propensos a obedecer como perros, me aburría tanta obediencia y sumisión.

Deteste estar esos primeros años en esas tierras desérticas, estaba organizando todo para irme lo antes posible de allí. Por mientras tanto había mandado a Jonathan a Italia a controlar todo allí.

—Me tardare más de lo esperando— le dije ese día donde lo mande al aeropuerto.

—No se preocupe señor, no lo defraudaré— me dijo él.

Yo le Sonreí con falsedad y él se subió al avión.

—Vete maldito traidor y espero que el avión te tire al océano para que te coman los tiburones— susurré mientras lo despedía con un brazo extendido y veía como mi avión se iba de regreso a mi tierra.

Volví junto a Carlos en el auto, me dediqué a observar al pequeño hombre escuálido que siempre yacía en silencio a mis espaldas, no entendía porque me daba tanta paz.

—¿Qué piensas de Jonathan, Carlos?— le pregunte para probar su sinceridad.

Él arrugo el entre seño sin siquiera disimular su evidente disgusto.

—No es una persona con un aura pura— me dijo sorprendiéndome con sus palabras.

—¿Aura?— le pregunte confundido.

—El Aura es como el alma mi señor, un hombre puede pulir esa aura con buenas acciones para que brille o mancharla con malas acciones para que se oscurezca, un hombre como Jonathan tiene demasiado manchada su alma, me temo que la perderá en cualquier momento— me dijo mirándome a los ojos.

Carlos era el único que me miraba a los ojos y me sostenía la mirada.

—¿Y qué sucede cuando pierdes el aura?— le pregunte curioso.

—Te mueres en vida— me respondió tajante.

Es decir que yo ya estaba muerto hace muchos años. Esa idea me fascinaba, me hacia sentir inmortal y poderoso.

2.4 Mí debilidad

Cuando llegamos a la mansión nuevamente, un grupo de hombres estaba reunido en la entrada.

Yo baje del auto observando la situación, pero antes que pudiera dar un paso sentí un ruido ensordecedor y un dolor punzante.

—¡Señor!— escuche gritar a Carlos de algún lado.

La vista se me volvía borrosa y solo podía oír a lo lejos unos gritos.

“Muerte al amo” “Muerte a la esclavitud”

Sentía que un líquido salía de mi abdomen, era caliente y pegajoso.

Carlos se colocó de rodillas a mi lado y me sostuvo la cabeza, tenía la mirada preocupada.

—¿Quiénes son?— preguntó con mis pocas fuerzas, quería saber quien me había matado.

—Son cosechadores rebeldes— me aclaró Carlos.

Yo Sonreí débilmente y todo se volvió oscuro.

Cuando abrí los ojos, me recibió una melena de rulos anaranjados que caían desordenados hasta un poco más abajo de los hombros.

Observe un rostro femenino joven y pálido, ojos color miel, labios carnosos que estaban apretados, como si estuviera incomoda de estar allí.

Bajé mi mirada sobre esa figura desconocida, tenía unos pechos voluminosos y una cintura pequeña.

Estaba concentrada desinfectando con paños húmedos mi herida.

No pude evitar quejarme y ella me miró sorprendida, aun pensaba que seguía inconsciente.

Yo cerré los ojos un momento y luego los medio abrí para volver a ver al ángel que me estaba cuidando.

—¿Estoy muerto?— pregunté.

Ella negó varias veces con la cabeza y se levantó apresurada.

—Espera ¿A donde vas?— le intenté detener, pero un dolor punzante me hizo recostarme devuelta. Me coloqué la mano en la frente un momento respirando hondo para que pase el dolor.

Se abrió la puerta y mire ilusionado a que fuera esa mujer, pero mi desilusión se hizo ver al notar la figura regordeta de Carlos.

—¿Qué haces aquí?— le dije de mal humor.

—¿Como se encuentra señor?— me preguntó Carlos algo confundido por mi anterior pregunta.

—Estoy vivo, eso ya es bueno— le aclaré sin mirarlo con los ojos cerrados— ¿Quién es?— le pregunte, no me iba a quedar con la breve visita de esa mujer.

—¿Quién?— me preguntó Carlos.

—La mujer que me estaba cuidando— le dije con poca paciencia.

—Ella se llama Rosanela del valle mi señor, es la hija de un mercader— me respondió nervioso por mi actitud.

—Hija de un mercader— repetí en un susurró, la quería para mi y mi cabeza ya estaba planificando como hacer para obtenerla— ¿Cuántos años tiene?— insistí.

—18 años, es una niña aún— me aclaró Carlos como si adivinara mis intenciones.

Eso no me detendría, aunque fuera diez años menor sería mi mujer.

—Quiero que me cuide ella— le ordené y luego le hice señas para que se fuera.

Carlos hizo una mueca pero no se atrevió a decirme nada.

Al otro día Rosanela volvió a entrar a mi habitación, yo estaba semi sentado anotando en mi agenda los nombres de los rebeldes que intentaron matarme.

Yo la ignoré y ella se quedo parada junto a la cama como una bandeja llena de paños limpios y una cacerola de agua tibia.

—Quiero que los lleves al campo junto a los otros cosechadores— le dije a Carlos mirándolo fijamente.

—¡Si señor!— me dijo Carlos algo confundido con mi orden.

En su patética e inocente cabeza pensaba que yo habia perdonado a esos traidores, pero yo no olvidaba ni mucho menos perdonaba.

Mire a la escuálida mujer pálida a lado mío.

—¿Como te llamas?— le pregunte para escuchar su voz, ya que hasta

ahora no habia emitido palabra alguna.

—Rosanela del valle, señor— me dijo con una voz tímida sin mirarme a los ojos.

—Rosanela del valle no suena bien— le aclaré y ella me miro confundida— Rosanela de Richieri suena mucho mejor— continúe con una sonrisa.

Ella abrió sus ojos de forma desmesurada un momento y después poniéndose seria me dijo.

—Ya estoy comprometida— pobre e inocente niña, creía que eso me detendría a que fuera mía.

—¿Y ya eres su mujer?— le pregunte de forma directa.

Ella abrió los ojos y su rostro se volvió colorado, inclino la cabeza hacia un costado con vergüenza y negó sin decir nada.

—Entonces mientras seas virgen aún hay posibilidades de que seas mía— le aclaré y me deshice de la frazada que me cubría.

Ella se tapó el rostro con un grito, yo dormía en ropa interior y sin pijama.

—¡Ay! No seas exagerada más temprano que tarde vas a tener que verme desnudo— le dije molesto.

—Señor le exijo que me respete por favor— me dijo por primera vez firme y sin dudar.

Así que la niña si tenía carácter después de todo, eso me gustaba aun más.

—¿Acaso te he tocado?— le pregunte haciéndome el ofendido.

—No... Pero...— comenzó a decir ella.

—Entonces no te he faltado el respeto— la miré fijamente un momento deteniéndome en su cuerpo de porcelana— aún no lo he hecho— aclaré imaginándomela desnuda en mis brazos.

Ella se tapó con los brazos y eso le hizo gruñir, me molestaba su decencia.

Con ayuda temblorosa de Rosanela me cambie y agarre mi arma, la

cargue y luego la mire nuevamente aún con el arma en la mano.

—Te aconsejó que te quedes aquí, allí afuera correrá sangre— le dije y me fui, no sin antes ver su rostro asustado que quería provocar.

Al final el imbécil de Jonathan tenía razón, solo bastaba que llegara la indicada para que hasta el más fuerte cayera a sus pies.

Y pensar que inocentemente creí que yo nunca sucumbiría ante una mujer.

Rosanela era y siempre fue mi única debilidad en este mundo, ella lograba sacar lo mejor de mi y eso ya era un gran trabajo.

Adelante de los demás cosechadores mate uno por uno a los rebeldes que intentaron matarme.

—Que quede claro que quien intente acabar conmigo sufrirá las consecuencias de sus actos— grité y escupí sobre los cuerpos sin vida de esas escorias.

Todos murmuraron y agacharon la cabeza ante su amo, también a los perros había que educarlos para que supieran de lealtad.

Me subí al auto junto a Carlos para volver a la mansión.

—Quiero que traigas al señor del valle, me voy a casar con Rosanela— le dije.

Él me miró sorprendido y asintió lentamente.

Estaba sentado en mi sillón fumando un abanó, el señor y la señora del valle yacían sentados al frente mío, ambos estaban nerviosos e inquietos, creó que nunca habían estado en una casa tan imponente como la mía.

—¿Cuanto?— le pregunté.

—¿Para que señor?— me preguntó confundido él.

—Por su hija ¿Cuanto pide?— le volví a preguntar.

—Meredith es aun muy pequeña para casarse señor, solo tiene trece años— me aclaró él confundido.

Yo negué con la cabeza.

—Hablo de Rosanela— le dije.

—¿Rosanela?— preguntó ella y ambos se miraron.

—Señor... Rosanela esta comprometida ya— comenzó a decir él.

—Si eso ya lo sé, ella me lo dijo— les aclaré y ellos se volvieron a mirar—
¿Cuanto te dieron por ella?— le pregunte.

—No, ella...— dijo él negando con la cabeza.

—Te daré el doble de lo que te dieron— insistí sin dejarlo terminar de hablar.

Él me miro y miro a su mujer, trago saliva antes de hablarme.

—Es que señor ella...— volvió a decir.

—¡El triple!— le dije molesto.

Ellos se miraron sorprendidos y esta vez fue ella la que habló.

—Usted no entiende... Rosanela— comenzó a decir.

—Cuatro, cinco, diez veces más ¿Cuanto dinero quieren?— les grité ya al borde de mi paciencia.

Ellos agacharon la cabeza sin decir nada.

—Yo no me caso por dinero, sino por amor— escuche decir detrás mío.

Rosanela estaba bajando las escaleras con su uniforme de empelada y un fuenton con ropa sucia.

—¿amor?— le pregunte incrédulo.

—¡Si amor!— me volvió a aclarar Rosanela.

Yo comencé a reírme de forma exagerada.

—Los pobres son pobres porque tienen ideas ridículas como esas— le grité.

—Ridículo es querer comprar el cariño de una mujer— me respondió ella ofendida.

—¡Lárguense de mi casa ahora!— le volví a gritar.

Rosanela tiro el fuenton con ropa al suelo y con la mirada fija en mi me dijo.

—Esta bien ¡Renuncio!— me gritó y se fue junto a sus padres.

Yo la agarre del brazo antes de que cruzara la puerta principal.

—Entiende que serás mía algún día y solo te quedara aprender a amarme Rosanela— le escupí las palabras en la cara y luego la solté con brusquedad.

2.5 Conspiración de muerte

Estaba mirando un punto fijo en mi escritorio de roble macizo.

—¿Qué quiere que haga?— me preguntó Jonathan haciendo que salga de mis pensamientos.

Recién llegaba de New York y se habia enterado del altercado con la familia del valle, no hablaban de otra cosa en toda la mansión, esos repulsivos sirvientes con lengua de serpientes. Ahora la cuestión era personal, Rosanela habia lanzado el rumor de mi interés por ella y su rechazo al magnate, en su inocencia creía que solo habia sido un chiste pasajero pero a mi honor no lo manchaba nadie, ni siquiera ella. Le haría pagar sus deudas.

—Destruye su negocio, quema su casa y prende fuego su campo— le dije serio.

—No crees que es mucho— me dijo.

Mi cara de demonio hizo que inclinara la cabeza y se fuera lo más rápido posible de mi despacho.

Carlos me quedó mirando un largo rato.

—¿Y tú que quieres?— le pregunte molesto.

—El hombre rara vez se preocupa de los asuntos del alma y es ella la única que tiene verdadero valor en la otra vida— me respondió luego se inclinó y se fue.

Me eran insignificantes sus reflexiones, ya hasta me habia acostumbrado a ellas.

Luego de una semana, ya nadie hablaba del estúpido rumor. Todos inclinaban la cabeza al verme, sabiendo que la desdicha de la familia del valle era mi venganza.

—¿No temes a que te odien?— me preguntó esa noche Jonathan.

—En ocasiones vale más ser temido que amado— le aclaré mirando por la ventana.

Golpearon la puerta y entro Carlos en silencio, se inclinó ante mi como era su costumbre.

—Los señores del valle y su hija vienen a verlo, mi señor— me anunció y espero mis directivas.

Yo asentí y le hice señas para que se vaya.

Fui junto a Jonathan al salón de recibidor donde estaban las tres figuras sentadas en mis sillones.

—¿Qué sucede?— le pregunte.

—¡Incendiaste todo nuestro campo!— grito Rosanela y su madre la hizo callar sentándola nuevamente en el sillón.

—No sabia que era tan maleducada su hija— les dije a los señores del valle.

—Tú...— comenzó a decir Rosanela pero su madre le apretó el brazo y ella no continuó.

—Le ruego disculpe a mi hija Señor Richieri, ella esta algo nerviosa con la situación— se disculpo el señor del valle.

Yo asentí de mala gana sin decir nada y encendí un abanó.

—Nosotros... Queríamos hablar sobre la propuesta del otro día que usted nos hizo— el miro a su mujer y a su hija y luego me volvió a mirar— la de los diez ¿millones?— preguntó dudando.

—Yo nunca dije que eran diez millones— le dije serio— era diez veces más de lo que le habían ofrecido por su hija, pero como ella se casaría por amor y para mi el amor no vale absolutamente nada sería como diez veces nada— le aclaré.

El miro al suelo un momento resentido con su desdicha.

—Pero bien considerando que aun quiero a su hija de esposa, podríamos llegar a un acuerdo— le comenté.

Ellos me miraron sorprendido y esperanzados.

—¿Cuanto dice que quiere ofrecer?— pregunto apresuradamente él.

—Diez mil sería un buen número...— le dije.

—Si, si me parece muy bien— dijo él contento.

—Pero a eso deberíamos descontarle que cuando yo les ofrecí ese dinero estaba enamorado de su hija, ahora solo lo hago para reparar mi honor, el cual ella manchó con rumores y mentiras— le aclaré.

Ellos me miraron sorprendidos y luego miraron a su hija con cara de pocos amigos.

—Así que ahí serian dos mil menos, además hay que contar que ella me faltó y me sigue faltando el respeto, no esta bien educada y dudo que sea una buena mujer con falta de educación y disciplina, son cuatro mil menos— observe un momento en silencio a Rosanela y sus padres, me deleitaba observar la desesperación y agobió de las personas, porque harían y aceptarían cualquier cosa que los ayudara a salir de su situación— E incluso en estos momentos dudó si su hija siga conservando su honra— aclaré con malicia.

—¡Como se atreve!— inquirió furioso el señor del valle, levantándose con oprobio.

—Entienda que ella misma aclaró que amaba a su prometido y por eso se casaría con él ¿Acaso se a olvidado de lo que hace el amor en la juventud?— le interpele mirándolo fijamente.

—No le permitiré que ponga en duda el buen nombre de mi hija— me grito intentando acercarse.

Pero Jonathan en seguida reacciono y apunto con su arma a la cabeza del señor del valle.

La señora grito agarrándose a su esposo para de algún modo defenderlo, los guardias de la mansión se acercaron y esperaron mis directivas.

—Acompañen a los señores del valle y a su hija a las afueras de mis tierras— les dije con una serenidad practicada.

Ellos se fueron sin ofrecer resistencia.

Pasaron los días y yo espere con paciencia, sabía que ella vendría pues no dejaría que sus padres sufrieran las consecuencias de sus actos.

—Señor, la señorita Rosanela del valle pide verlo— me anunció Carlos.

Yo asentí en silencio y encendí un abanó, había esperado este momento.

—Buenos días— dijo de forma tímida al entrar a mi despacho.

—Tome asiento señorita del valle— le indiqué una de mis cómodas butacas que yacían al frente de mi escritorio.

Ella dudo un momento y se sentó con resentimiento.

—Vengo paran...— comenzó a decir.

—¿Casarse conmigo?— le pregunte.

Ella me miro un momento y luego inclinó la cabeza y asintió en silencio.

—De igual forma si no quiere dar nada a cambio de esta unión esta en su derecho ya que fue su honor el que se manchó...— continuó sin mirarme.

—Pero desearías que los ayudara ¿Verdad?— le inquirí.

Ella cruzo miradas conmigo por unos breves segundos y volvió a mirar al suelo sin decir nada.

—Si quiere puede hacerme las pruebas que deseé para confirmar que mi honra sigue estando intacta y no me...— inicio nuevamente.

—Te dejaste llevar por la ridiculez del amor— volví a completar su frase.

Esta vez ella ni siquiera se movió de su lugar, ni intento mirarme o volver a hablar, ya había llegado al límite de su vergüenza. Ahora debía dejar de humillarla y dominarla.

Abrí el cajón de mi escritorio, saque la pequeña caja de terciopelo negro y me levante de mi sillón. Di la vuelta y me pare a lado de su asiento, la giré para tenerla en frente mío y le levante el mentón para obligarla a que me viera a los ojos.

—Prefiero hacer la prueba de su honra yo mismo en nuestra noche de bodas— le aclaré con una sonrisa y coloque el anillo de compromiso que

yacía en la caja de terciopelo, en su delicada mano.

Ella estaba temblorosa y de sonrojo al oír tales palabras pero no dijo nada.

—Quiero que todos se enteren de la boda— le dije a Jonathan mientras me miraba al espejo para ver como iba quedando mi traje hecho por el sastre.

—Muy bien señor— me dijo él con una sonrisa.

Yo lo observe a través del espejo mientras se disponía a irse, debía encontrar a otro lacayo fiel y dispuesto a hacer cualquier cosa por mi antes de casarme, o de tener un hijo. Sabía perfectamente que el plan de Jonathan era asesinarme y controlar a mi heredero por los siguientes dieciocho años, si él controlaba como tutor a mi hijo adquiriría todo el poder del imperio Richieri y nadie podría sacárselo luego.

No importaba que Rosanela fuera inteligente y astuta, seguía siendo mujer y nadie la tomaría en serio después de mi muerte, su poderío dependía de que yo siguiera respirando.

Carlos era fiel, pero no estaría dispuesto a matar o herir, siempre tan enfocado en sus estúpidas creencias del alma y el más allá.

Debía encontrar a un lacayo sin alma o al menos que no le importara perderla.

Me subí a mi auto BMW y me fui al campo, debía organizar todo ya que me iría de luna de miel en menos de un mes y no volvería a casa por lo menos en quince días.

No pensaba dejarle mi imperio económico a Jonathan, ya había saboreado el poder en New York y sus aires de falsa grandeza me irritaban. No le daría la oportunidad de destronarme tan fácil.

Bien se decía que algunos nacen para ser líderes y otros seguidores, los segundos son fieles a su amo, pero mientras más le das mas quieren y con los años te exigen posiciones, creen que se merecen poder y se equivocan, te fallan y te traicionan.

2.6 Plan de conquista

Baje de mi auto y me recibió el capataz del campo, había decidido que lo mejor sería dividir el poder en varios cientos de hombres, nunca lograrían ponerse de acuerdo para traicionarme y ninguno por separado tendría el

suficiente poder para una revuelta.

—En un mes me casare— comencé a decirle al viejo alto y flaco capataz que tenia en frente mío.

—Lo hemos oído, felicidades señor— me dijo como buen lame suelas.

—Luego me iré quince días a Italia con mi mujer para nuestra luna de miel— continúe, no podía evitar sentirme vigilado y no entendía porque, a lo mejor estaba paranoico con el asunto de Jonathan.

—Espero lo disfrute mucho señor— volvió a abrir esa horrible boca el lame suelas.

Me gire un momento para asegurarme de mi paranoia, pero definitivamente si habia alguien vigilándome, un escuálido niño moreno, tostado por el sol del campo me miraba fijamente desde su lugar en la plantación.

¿Por qué me miraba así? Acaso no tenia algo mejor que hacer.

Cruzamos miradas y él inclinó la cabeza avergonzado, yo me acerque y odie que mis zapatos se ensuciaran con ese barro inmundo del campo.

Bajo la mirada atónita de todos me paré enfrente del escuálido chiquillo.

—¿Como te llamas?— le pregunté de forma directa.

—Nicolás Marshar señor— me susurro de forma tímida mirando al suelo.

—¿Y a ti te pagan por cosechar o por mirar?— le refute enojado, me habia hecho mancharme los zapatos, acaso no era un cosechador que es lo que yo tenia para dejar su trabajo y quedárseme mirando como si fuera payaso de circo.

—Hago cualquier trabajo que me de dinero señor— me aclaró haciendo alusión que se largaría en cuanto consiguiera algo mejor.— Una vez termine mis estudios me convertiré en un hombre rico como usted— me respondió cruzando ligeramente la mirada conmigo.

Todos los inútiles que estaban allí se rieron, pues confirmaban que lejos estaban de tener deseos de grandeza, solo se dejaban mancillar por su amo por unos míseros centavos. Pero este niño era diferente, si tenia deseos de poder y eso me era suficiente para utilizarlo a mi favor, solo debía alimentar esos sueños con falsas promesas.

—Si claro y luego serás el jefe de todos nosotros ¿Verdad?— se burlo el estúpido del capataz, si me llegaba a arruinar esta oportunidad de un

nuevo lacayo lo colgaría de las uñas en una viga.

—Si, y a ti te mandare a limpiar las letrinas por malo— le respondió el chiquillo enojado. No pude evitar sonreír, era una versión mía en pequeño.

—Como te atreves ¡Mocoso!— dijo el capataz enfurecido e intento golpearlo con el látigo. Para lo único que era bueno ese inútil sin futuro

Lo detuve y le Sonreí al niño, en mi mente le estaba dando la bienvenida a mi malevo juego de lacayos sin alma.

Le dije que me limpiara los zapatos, pude saborear como le dolió sacrificar su seguramente única remera para limpiar mis zapatos, pero debía enseñarle que yo siempre sería el amo, por más poder que él pudiera tener. Luego le tire con desprecio cincuenta pesos, así le demostraba que dinero me sobraba y le recordaba que a él le faltaba.

Esa noche le dije a Jonathan que mandara a unos lacayos a robarle los cincuenta pesos, debía enseñarle a su reemplazo otra lección, sólo yo podía protegerle, solo conmigo estaría seguro.

Se hizo tal cual lo ordené, al otro día invite a mi linda prometida a recorrer los bastos campos del clan Richieri.

La ayude a subir al mirador para que viera las plantaciones de papa y maíz, que parecían no tenían fin hasta el horizonte.

—¿Por qué tanto?— me preguntó y eso me descolocó.

—¿Como?— le pregunté.

— ¿Por qué quiere tantas tierras? No era suficiente con un pequeño campo para cosechar su propia comida y ya— me volvió a preguntar.

—Si yo hiciera eso no tendría tanto dinero ni poder y no tendría una mansión como la que tengo, una comitiva de sirvientes como la que existe actualmente aquí, un auto como el que esta aparcado en la base del mirador y...— le dije echándole una mirada a su sensual cuerpo— y una mujer seguramente deliciosa como tú a mi lado— finalice y la agarre de la cintura atrayéndola hacia mí.

Ella se intento liberar y al hallarse atrapada por mis brazos fuertes, coloco sus brazos tensos en mi pecho para mantener nuestros rostros separados.

Te voy a dominar pequeña, te guste o no, luego rogaras que te haga mía

cada noche.

—Con un campo pequeño que de lo suficiente para comer, una casa pequeña y acogedora, dos pies sanos que nos ayuden a caminar toda la vida y un buen esposo, respetuoso y amoroso yo soy feliz— me aclaró corriendo su rostro lo más lejos que podía del mío.

Y ella pensaba que eso me haría algún daño, me reía de su inocencia.

—No esperes un esposo amoroso, soy alérgico al amor— le aclaré y con mi brazo libre le agarre el mentón obligándola a verme— Respetuoso seré en público, pero en cuanto te tenga a solas conmigo como ahora haré uso de mi derecho sobre mi mujer— le finalicé y la besé a la fuerza.

Me abrí paso con mi lengua para inspeccionar su pequeña y delicada boca, rocé sus labios, su lengua, sus dientes. Ella temblaba en mis brazos, sabía que le gustaba aunque no dijera nada.

Escuché los ladridos de mis perros y eso me distrajo, maldije por lo bajo y mire hacia el campo. Mi nuevo lacayo estaba siendo perseguido por mis feroces perros, sabía que eso era cosa de ese inútil lame suelas que tenía de capataz del sector, definitivamente lo colgaría de las uñas más pronto que tarde.

Lance un silbido y mis perros reconociendo mi voz se frenaron de golpe en su lugar. El lacayo se arrojó al suelo exhausto.

—¡Ho cielos esta muerto!— dijo Rosanela con un instinto maternal que no le había visto antes.

—Lo dudó, hace falta mucho más para matar a un lacayo como él— le aclaré bajando para ver al escuálido chiquillo del otro día.

—¡Jonathan!— le grité, no entendía a donde se metía cada vez que lo necesitaba, parecía que se perdía a propósito.

—¿Señor?— me preguntó apareciendo de la nada por detrás de la escarpada piedra donde se alzaba el mirador.

—Lleva a la señorita Rosanela a su casa— le ordene serio y me dispuse a ir a ver al mocoso que aun yacía recostado debajo del sol.

—Pero ¿Usted donde va?— me preguntó Rosanela curiosa.

Acaso se había quedado con ganas de seguir con los besos, la mire serio.

—¿Tengo que responder?— le pregunté con sarcasmo— te veré en unos

días— le dije dándome vuelta.

—¿En unos días?— insistió ella.

—¡Si en unos días!— le dije con indiferencia y le hice señas de que se fuera de una vez por todas.

Sabia que eso la molestaría, pero era parte del proceso para que no pudiera dejar de pensar en mi en todo momento.

Me puse en frente del bollo de carne y hueso que estaba en el suelo polvoriento.

Él me miró, primero sorprendido y luego asustado y se levantó apresurado para reverenciarme.

—¿Qué hiciste con los cincuenta pesos que te di ayer?— le dije haciéndome el desentendido.

Él me miró un momento y luego sus ojos se llenaron de lágrimas, comprendí que le faltaba mucho para aprender pero yo personalmente le enseñaría a ser mi mano derecha.

—Los hombres no lloran— le dije serio y lo agarré del brazo flaco que tenía y lo metí en mi auto.

Debía entender que conmigo yo lo trataría como si fuera un hijo, siempre y cuando él me fuera fiel. Y debía ver con sus propios ojos que es lo que yo le hacía a los lacayos desobedientes.

Cuando le pedí a mis guardias que le quebraran los huesos a los culpables, pude observar como Nicolás se ponía pálido, me di cuenta que era la primera vez que presenciaba un castigo como ese y una muerte tan horrible.

Como si nada hubiera pasado me subí al auto y lo llame, él intercambia miradas con un muchacho igual de flaco pero más alto que él, ha juzgar por su parecido eran parientes. Tendría que mantener vigilado a ese pibe, me podría causar problemas a futuro.

Bien sabia yo que lo que hacía fuerte a esos inútiles lacayos eran los lazos de cariño que se tenían, nunca lo había entendido del todo, porque querer a alguien hasta el punto de arriesgar tu propia vida por el ¡Ridículo!

2.7 Somos iguales

Pasado el tiempo llegó el día de nuestra boda. La ceremonia se hizo en la mansión y el banquete en el pequeño parque artificial que había mandado

a construir cuando llegue aquí, me había costado mucho dinero, pero ese pequeño viñedo me hacía sentir en mi tierra, ya hace mucho no volvía y me temía que ya no lo haría.

—¡Un brindis por la feliz pareja!— dijo el que ahora sería mi suegro con una falsa sonrisa en su rostro, ese día había recibido la mitad del dinero acordado por su hija.

Yo no hice ademán de levantar mi copa, podría ser muchas cosas, pero jamás le sonreíría a un lame suelos interesado.

Para mi sorpresa mi esposa se quedó igual de tiesa que yo, no se que es lo que pasaba por su cabeza pero no movió ni uno solo de sus músculos.

Luego del evidente momento incómodo del brindis improvisado de mi suegro, todos comenzaron a comer y beber, seguramente sería la única vez que tendrían comida decente en sus mesas.

—¿Por qué siempre mira a todos con desprecio?— me preguntó mi esposa interrumpiendo mis pensamientos.

—Porque se que viven de mi y eso me causa asco— le respondí de forma mecánica.

—Ellos no viven de usted, trabajan para usted son dos cosas diferentes— me aclaró.

—Créeme que la mayoría de ellos vive de mí— le dije con la mirada fija en el peor de todos, Jonathan.

Ella me siguió la mirada y también miró sería un breve momento a Jonathan, luego desvió la mirada sin mayor importancia.

La fiesta pronto terminó e hice que llevaran a mi esposa al auto con su equipaje.

Yo organicé todo allí para que nadie pudiera realmente suplantarme, Jonathan parecía molesto al enterarse que no le dejaría el poder a él, pero no se atrevió a decirme nada. Le encargué el bienestar de Nicolás, ambos se miraron de mala gana e intercambiaron un obligado "Hola", luego me fui a mi luna de miel.

Al llegar luego de un largo y tedioso viaje, me sentí al menos por unos días, en casa nuevamente.

Mi esposa se fue al baño a refrescarse y yo me recosté en la cama en ropa

interior.

Ella luego de un rato salió y me miro un momento, yo estaba cubierto por la manta así que no notó mi falta de ropa. Confiada se acostó del otro lado de la cama envuelta en su fino camisón de seda.

Yo la envolví con mi brazo por la cintura y la atraje hacia mí para que sintiera mi hombría en sus nalgas desnudas.

Rosanela se removió incómoda, pues nunca había sentido a un hombre tan cerca de ella. Yo comencé a desatarle el camisón y metí mis manos en sus pechos desnudos, ella gimió débilmente, cerrando los ojos y dejándose llevar por el momento.

Mis manos invadieron delicadamente su cuerpo de porcelana, ella respiraba agitada, tenía los ojos cerrados con fuerza. Metí los dedos en su intimidad apretada y húmeda, sentí como sus tejidos se rompían dejándome el paso, ella se quejó agarrándome con fuerza mi brazo. Yo me acerque a su oído.

—Tranquila, relájate sino te dolerá aun más— le susurré.

Estaba atento a cada mínimo movimiento o gesticulación de mi linda mujer. Ella se quedó inmóvil sintiendo mis dedos que invadían su interior.

Me subí arriba de ella, envolviéndola con mis brazos y la hice mía, para siempre.

—Te dije que serias mía cariño— le dije en un susurró.

—Y yo te dije que te demostraría mi honra— me respondió ella de forma astuta.

Ambos sonreímos en la oscuridad de la noche, nuestra noche.

«Rosanela Richieri»

Luego de una luna de miel que cualquier mujer desearía, cualquiera menos yo, volvimos con mi esposo a la finca Richieri.

Yo sabia que Arnoldo era cruel, pero también entendía que su maldad debía tener un porque y yo descubriría ese motivo que lo hacia ser así.

No sabía como, pero habia logrado dominar al monstruo al que todos parecían tenerle miedo. Quería saber que es lo que habia visto en mi, que me hizo diferente a el resto de los mortales para él.

Mi objetivo desde ahora sería conocer a mi esposo, aunque mi vida se fuera en ello.

—¡Bienvenida señora Richieri!— me dijo Carlos el fiel sirviente de Arnoldo con una sonrisa.

—Gracias Carlos— le dije imitando su sonrisa.

—¡No hagas eso!— me aclaró Arnoldo por detrás sorprendiéndome, no sabía cuando había entrado.

—¿Qué cosa?— le pregunte confundida.

—Sonreír a los perros— me dijo mirando con desprecio a Carlos y subiendo las escaleras.

—¡Como se atreve a decirle así a un ser humano!— le dije con cólera, odiaba su actitud sobradora.

—Gritar no es una actitud propia de una dama— me dijo mirándome ligeramente y luego retomando su subida por las escaleras.

—¡El dinero no hace al hombre!— le refute mirándolo fijamente.

Él se detuvo en el último escalón y me miro hacia abajo.

—¿Así? Y entonces ¿Qué lo hace?— me preguntó con una sonrisa egocéntrica en el rostro.

Yo subí la escalera, al llegar justo a lado de él hice puntitas de pie, pues Arnoldo era más alto que yo y lo mire a los ojos.

—Se hace hombre aquel que respeta para ser respetado, se es hombre aquel que no trabaja por encima de sus pares sino con ellos, un hombre se hace valorar sin siquiera levantar la voz— me dolían los pies, pero igual me sostuve a su altura, me dolía aun más perder mi orgullo con ese orangután.

—Hasta ahora no he encontrado a ningún igual a mí— me aclaró sosteniéndome la mirada.

Era astuto ya me había dado cuenta, su cabeza repensaba cada cosa de su entorno miles de veces a máxima velocidad, definitivamente sería un enemigo difícil.

—¿Y yo qué soy?— le pregunte observando cada pequeña gesticulación

que él hacia.

—¡Mi mujer!— me dijo agarrándome de la cintura y besándome.

Luego me soltó y yo caí al suelo al no estar bien sostenida por mi pies.

—No eres igual a mi, aunque lleves mi apellido— me dijo sin verme, yéndose por el pasillo hacia la habitación.

—¡Oye vuelve aquí! No he terminado contigo— le dije levantándome furiosa y yendo tras él.

Cuando me disponía a abrir la pesada puerta de roble Carlos me detuvo.

—Déjeme llevarla a su habitación madame— me dijo aun sonriente.

—¿De qué hablas? Esta no es...— le dije mirando confundida la puerta que tenía delante mío.

—No señora, esta es la habitación del señor, sígame— me dijo yendo a una puerta de algarrobo que yacía al final del pasillo.

¿Dormiríamos en habitaciones separadas? Bueno eso era un alivio, lo que menos quería era compartir habitación con él, pero como se supone que haríamos nuestra vida marital durmiendo en camas separadas.

Negué con la cabeza volviendo a ver la puerta de roble macizó y me deje guiar por Carlos a mi habitación. No debía importarme esas cosas, total yo no quería tener sexo con él ¿O sí?

Me senté en mi enorme cama, todo era tan exagerado en esa casa, autos, bibliotecas, sillones, camas, incluso habitaciones enormes, quien hace todo grande es que tiene conflictos con él mismo pensé en mi cabeza, luego negué sabiendo que Arnoldo no era chico en esas partes, ya me lo había mostrado en la luna de miel. Aunque podía ser que ese conflicto de sentirse pequeño podría venir de otro lado, debía averiguar bien ello, eso me ayudaría a descubrir alguna debilidad de mi esposo, si es que tenía alguna.

Esa noche trabe por las dudas la puerta con llave y me metí en la cama, si no me quería ver entonces que no me viera. Sentí a media noche que alguien intentaba abrir mi puerta sin éxito y sonreí.

—Rosanela abre ahora— le escuche decir desde el otro lado.

Ya no era tan poderoso como decía ser, me volví a reír y me acerque a la

puerta.

—No se como hacerlo mi señor, recuerde que soy una inofensiva perra— le respondí imitando el maullido de un perro.

—¡Abre ahora!— me dijo molesto.

—Hasta que no me aceptes como una igual a ti no me tocaras un solo cabello— le grite.

Él golpeó la puerta con rabia y agradecí que estuviera esa pared dividiéndonos porque de lo contrario me hubiera matado en ese mismo momento.

—¡Como perra te penetraré cuando salgas de allí!— me grito.

—Entonces no saldré nunca— le respondí realmente asustada.

—Tarde o temprano tendrás que salir—me aclaró y se fue.

Sabia que tenia razón y eso me daba mucho miedo. Pero debía entender que yo no seria una más de sus títeres.

2.8 La señora de la casa

«Arnoldo Richieri»

—¿Sigue allí?— le pregunte a Carlos en cuanto entro a mi despacho, mientras escribía.

—Si señor— me dijo Carlos con la mirada hacia el suelo.

Me gire hacia la ventana, ya llevaba dos días encerrada en la habitación, tal vez habia sido muy duro con ella esa noche y realmente habia provocado asustarla, pero ella me habia provocado antes. Estaba empeñada en querer que yo la viera como a una igual a mi y eso era imposible ¿Por qué? Se cruzo por mi cabeza pensar, porque ella es una mujer y la mujer no es igual que el hombre, me aclare a mi mismo en mis pensamientos.

—Déjala allí, tarde o temprano saldrá por comida o agua— le dije a Carlos y le hice señas para que se vaya.

Él se inclino y se fue.

Escuche los pasos que entraron y me gire en mi sillón para ver quien era.

—Nicolás, no recuerdo haberte llamado— le dije confundido, que se supone que hacia aquí, debía estar con Jonathan entrenando cuerpo a cuerpo.

—¿Puedo sugerirle algo atrevido señor?— me preguntó desconcertarme aun más.

—¿Qué cosa?— le pregunte desconfiado.

—Mi padre siempre dice que a una mujer se le debe hacer caso o fingir hacerle caso así será feliz y hará feliz a su hombre— me dijo mirándome y luego mirando al suelo.

Yo lo quedé mirando fijamente, como se atrevía a darme consejos para con mi mujer este pendejo mal nacido.

—Pues tu padre es un idiota— le respondí con malicia y él me miro sorprendido.

—Tal vez, pero mi madre no lo deja fuera de la habitación nunca— me dijo mirándome ligeramente.

—¡Como te atreves!— le dije levantándome furioso.

Él salió casi corriendo del despacho para que no lo golpeará.

Debería castigarlo por su atrevimiento, pero no tenía ni el tiempo ni la paciencia para andar preocupándome por problemas menores como un pendejo mal educado, ya tendría tiempo para darle unas cuantas lecciones.

Salí del despacho y mire hacia la dichosa puerta de mi mujer y resople.

—¡Carlos!— llame a mi sirviente.

—Si señor— me respondió el subiendo corriendo las escaleras.

—Llévale de comer a mi mujer y dile que yo me he ido al campo, no volveré hasta bien entrada la noche— le ordene y él se inclino para retirarse— y déjale esto en la bandeja— le di una nota escrita de mi puño y letra— él se volvió a inclinar y se fue.

«Rosanela Richieri»

Me dolía el estomago por el hambre, pero no quería salir y que él me golpeará o peor abusara de mi por enfrentarme a su asqueroso régimen

autoritario.

Golpearon la puerta y ni siquiera hice ademán de acercarme a la misma.

—Señora soy yo Carlos, le traigo algo para que desayune...— dijo la voz de Carlos desde el pasillo— No se preocupe el señor ha salido al campo y no volverá hasta la noche.

No sabía si confiar en él o no, después de todo era el fiel sirviente de Arnoldo, pero el hambre podía más y abrí ligeramente la puerta. Carlos estaba parado mirándome con una bandeja de comida.

Abrí para recibirla y escuche a alguien subir la escalera y me asuste quedando paralizada con la bandeja en mis manos, subió el niño escuálido de tez morena y al verme se me quedó observando de forma extraña, luego se me acercó y me miro a los ojos con curiosidad.

—Es hermosa ¿Por qué se junto con el señor? ¿Por dinero?— me preguntó.

—Ya deja a la señora tranquila— le dijo Carlos empujándolo por el pasillo.

Yo no entendía porque Arnoldo había llevado a ese niño a la mansión, pero dudo mucho que tuviera buenas intenciones con él.

Trague saliva y volví a cerrar la puerta con llave, me devoré la bandeja de comida y recién luego encontré la nota con el sello de Arnoldo, y si estaba envenenada la comida se paso por mi cabeza pensar y abrí la nota con las manos temblorosas.

—Creo que hemos empezado mal querida mía, déjame remediar mis errores, no puedo verte como una igual porque aun no me haz demostrado tu valía de mujer, ya anuncie que tú en adelante controlarás la casa, enséñame tú carácter y demuéstreme que eres capaz de ser no solo mi mujer, sino mi compañera, firma atentamente Arnoldo Richieri— la nota estaba escrita con su puño y letra, al final la había firmado y sellado con su escudo familiar.

Me quede mirando la nada un buen rato, había logrado que él me diera la oportunidad que necesitaba para demostrarle que yo no era una simple niña de granja.

Salí de la habitación completamente decidida a actuar como la señora de estas tierras, no habría nadie que se atreviera a enfrentarme, podía sentir el poder en mis manos. Recordaba las sabias palabras de mi madre, ese día cuando marchamos a mi unión definitiva con Arnoldo Richieri.

—Detrás de un gran hombre hay una gran mujer hija mía, recuerda que en la vida deberás jugar a diferentes personajes, solo la mujer que logra disfrazarse de todos ellos a la perfección consigue sus objetivos—

Ahora me tocaba ser la dueña y señora del rancho Richieri, y no fallaría en ese papel.

—¡Carlos!— lo llame y el vino sorprendido.

—A partir de ahora yo controlo este lugar— le extendí la nota de Arnoldo— llama a todos los sirvientes de aquí— le ordene con autoridad y él salió casi corriendo a buscarlos a todos.

Me quede parada en medio de la ronda que habían formado el centenar de personas allí reunidas. Toda gente de mi pueblo, de mi tierra, a excepción de ese hombre misterioso con aires de grandeza al que parecía caerle mal a Arnoldo, aun no sabia su nombre.

—Bajo ordenes de su señor Arnoldo Richieri, yo ahora estoy acargo aquí— anuncie a los presentes mostrando la nota con el sello del escudo Richieri.

Todos me miraron sorprendidos a excepción nuevamente del extranjero y el niño de hace un rato, el primero me miraba con desgana, tenía los brazos cruzados, una pistola en la cintura y las piernas ligeramente abiertas, entendí en ese momento que él jamás me aceptaría como su señora, pero yo lo dominaría o me deshiciera de él. El segundo, el niño me miraba con una especie de complicidad que me agradaba, sabia que algo habia tenido que ver con el cambio repentino de Arnoldo y por ello le debía un favor que estaba dispuesta a pagar.

—Para los que no me conocen yo soy Rosanela Richieri la esposa legal de su señor— dije esto último mirando fijamente al extranjero, pero este ni siquiera fue capaz de correr la mirada, se quedó allí sosteniéndome la mirada como si yo no valiera más que él.

Hice una seña y todos se fueron a sus respectivos trabajos, cuando el extranjero se disponía a irse junto al niño lo detuve.

—¿Como te llamas?— le fui directa.

—Jonathan— me dijo con desgana y amago a irse.

—¿Sabes quien soy?— le pregunte.

—Ya lo dijo recién y si me disculpa debo ir a trabajar ¿No se si sabe lo que

es el trabajo?— me dijo tajante y de forma mal educada.

—¡No te permito que te vayas! Le respondí y me puse delante de él.

Habia dormido con el monstruo, enfrentado a la bestia por este lugar y no permitiría que un tipo egocéntrico se creyera más que yo por el solo hecho de que era una mujer.

—¡Inclina la cabeza ante tú señora!— le dije mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Disculpa?— me pregunto incrédulo.

—Creo que ignoras que desde ese día donde tú señor me aceptó como esposa, yo me convertí en tú señora. Por ende tú vida está en mis manos, no lo olvides— le aclaré mirándolo fijamente.

—No lo olvido...— me dijo mirándome y luego de un silencio— señora— dijo finalmente y se fue.

Yo me quede con la cabeza en alto mirando a la nada hasta escuchar el sonido de la puerta al cerrarse. Sentí la mirada fija de alguien y agache la cabeza, el niño me estaba mirando a la distancia sin parpadear, como si intentara llamar mi atención por alguna razón.

—¿Y tú eres?— le pregunte mirándolo de arriba abajo.

—Nicolás Marshar señora— me respondió con una sonrisa y luego se puso serio— un día tendré una mujer como usted— me dijo admirado.

—¿Como yo?— le pregunte confundida.

—Con el carácter de una reina y la fuerza de una guerrera— me aclaró y se fue, pero antes de cerrar la puerta me dirigió una nueva mirada de admiración. Yo Sonreí y me dirigí a mi habitación.

2.9 Amor y odio

«Rosanela Richieri»

Esa noche mientras pensaba en mi cama sobre los siguientes pasos a dar, escuche el auto de Arnoldo estacionar en la entrada. Me levanté orgullosa por como habia funcionado todo hoy en mi primer día como señora de la casa y lo observe por la ventana. Mi sonrisa se desvaneció cuando vi la figura de Jonathan recibéndolo, sabia que algo tramaba pues nuestro primer encuentro no habia sido del todo agradable. Me puse mi bata y salí

al despacho de Arnoldo.

—¡Es un desastre!— escuche decir a Jonathan.

Eso me hizo paralizarme en el pasillo cercano a la puerta del despacho.

—¿Él está bien?— preguntó Arnoldo con una voz sobria.

Me acerqué más a la puerta para escuchar mejor de que hablaban.

—¿Si esta bien? Le cayó paso por encima un caballo— le aclaró Jonathan.

¿De quien estaban hablando?

—Necesito que seas más específico Jonathan para saber que debo hacer para solucionarlo— le dijo molesto Arnoldo.

—Tiene varios huesos quebrados, pero descuide ya me encargue de darle dinero a la familia, más de lo que nunca vieron en su vida y él se va a recuperar— le dijo con un tono falso de preocupación.

—¡Esta bien! ¿Dices que fue ella la que lo mando?— le pregunto Arnoldo.

Mi corazón comenzó a palpar, el desgraciado de Jonathan le había dicho que yo había mandado a un sirviente joven e inexperto a guardar los caballos al establo, que él como buen samaritano me había dicho que no y yo me había enojado obligándolo a que inclinara la cabeza en mi presencia y luego un caballo por "accidente" había pasado por encima del pobre muchacho, quebrándole los huesos.

Era una estrategia bien planeada, pues tenía la prueba de nuestra discusión en la mañana donde yo si lo obligue a decirme señora, testigos, pruebas, todo para que fuera tachada de verdad la acusación.

Entre hecha una furia y mire a los dos interlocutores sorprendidos por mi entrada sin avisar.

—¿Rosanela?— preguntó Arnoldo levantándose de su sillón.

—¡Yo no hice nada de lo que se me acusa!— le dije con un tono alto de voz por los nervios que llevaba encima.

—¿Estabas escuchando detrás de la puerta?— dijo Arnoldo visiblemente decepcionado— Eso no es propio de un dama— me aclaró molesto.

Encima de la falsa acusación, yo le seguía dando motivos para que Arnoldo se enojara conmigo, entrar a su despacho sin permiso, gritarle,

escuchar a escondidas.

—Por favor Arnoldo yo...— intente explicarme.

—Crees tener el derecho de hablarme por mi nombre— me dijo y ahora si estaba enojado— Rosanela, puedo ignorar el hecho de que uno de mis sirvientes fuera herido por una negligencia tuya, pero que me levantes la voz, entres sin permiso a mi despacho, escuches a escondidas conversaciones ajenas y encima de todo pretendas creer que eres igual a mi ¡No te lo voy a permitir!— me dijo tajante.

Sentía que su mirada me calaba hasta los huesos, las lágrimas hacían presión por salir, era injusto todo ello, me ardía el alma por tanta injusticia, pero nada podía hacer, era una movida muy bien jugada, en un día había perdido toda la confianza que Arnoldo me había dado. Me retire en silencio a mi habitación, bajo la mirada furiosa de mi esposo y la sonrisa burlona de Jonathan, desde ese día me prometí a mi misma que me deshiciera de esa escoria.

Al otro día baje a desayunar, Arnoldo no me dirigió la palabra, yo estaba conteniendo el aire para pasar desapercibida, no quería discutir con él, sabía que me ganaría siempre.

En cuanto se fue, solté todo el aire contenido en mis pulmones e incline la cabeza hacia la mesa, lo había arruinado todo en menos de dos días.

—Buenos días señora— escuche la voz de Nicolás a una distancia de mí.

Levante la cabeza y él se puso serio al ver mi cara devastada.

—Se lo que paso y si me permite puedo darle un consejo para acabar con el responsable de todo esto— me dijo muy seguro de si mismo.

Este niño tendría un gran futuro en la horda de títeres de Arnoldo. Todo el pueblo sabía de la presencia de ellos, le teníamos miedo ya que ellos eran los responsables de quemar campos, hacer desaparecer incluso gente poderosa como terratenientes que osaban competir con Arnoldo en poderío y vigilaban cada centímetro del campo Richieri. Pero también era sabido que su vida no era un cuento de hadas, que debías ser astuto e inteligente para sobrevivir en ese mundo y especialmente pensar treinta veces el siguiente paso a dar para no caer en una trampa.

Nose si era lo más sensato aferrarme a un niño, pero al menos él podía traerme información de como funcionaba este mundo tan oscuro.

—¿Así? ¿Y como sería?— le dije fingiendo desinterés.

—No es necesario que finja, se que su mayor deseo es ver a Jonathan caer— me aclaró y no pude evitar poner una cara de sorpresa.

Este niño era un arma de doble filo y debía manejarlo con cuidado, pero por ahora era mi única esperanza.

—Y digamos que aceptó tú ayuda ¿Qué quieres a cambio?— le pregunté mirándolo fijamente a los ojos.

—Que hable bien de mi al señor, se que puede tener más posibilidades de eso que cualquier otra persona en esta casa— me respondió decidido.

Bueno no era difícil eso, pero debía aclararle que aunque yo hablara bien de él, Arnoldo seguiría teniendo la última palabra.

—Se lo que me dirá y se que él siempre tomara las decisiones, pero a mi solo me basta con que el señor me tenga en estima— me dijo como si adivinara mi pensamiento.

Yo asentí en silencio.

—Lo primero es no hablar más— me dijo y miro a su alrededor— las paredes escuchan, ven y hablan— me aclaró y se fue tirando un papel al suelo.

Yo sabia que su verdadero objetivo no era agradarle a Arnoldo, era convertirse en su mano derecha, ya que eso provocaría que tuviera mucha riqueza, pero para ello debía destronar a Jonathan. Ambos teníamos al mismo enemigo, y eso era más que suficiente. En este mundo todo se regia por alianzas de conveniencia mutua.

Me levante, fingí que me caía y agarre el papel del suelo, mire hacia todos lados y solo había una sirvienta que estaba mirando al suelo junto a la puerta de la cocina. Me fui a mi habitación, la cual se habia convertido en mi refugio en esa enorme mansión y leí la nota.

“Jonathan tiene un trabajo importante en dos semanas, debe ir a conseguir unas tierras de mucho interés para el señor, es ahí donde debemos colocar su trampa... Queme este papel en cuanto lo lea”

Fui a la chimenea y queme el papel, mientras veía como se consumía mi cabeza maquinaba como hacer para destruir a Jonathan en su mismo juego.

2.10 Es su venganza

«Arnoldo Richieri»

Sabia que la historia que me había contado Jonathan no era verdad, o al menos en su mayoría era una falacia. Pero debía fingir creerle, era la única forma de alimentar el odio de Rosanela hacia su mayor obstáculo en esta casa, Jonathan. Sabía que ni mujer tenía lo que se tenía que tener para vencer a alguien con él, pero la única forma en que Rosanela usaría todo su potencial sería alimentándose de odio, yo ya había pasado eso en mi juventud cuando aun conservaba la inocencia de crear un mundo mejor. Era difícil entender que el mundo ya estaba podrido hace mucho y no había forma de salvarlo ahora.

Estuve todo el día afuera, la soledad le ayudaría a alimentar esas ideas asesinas que sabía tenía ya por Jonathan.

A la anochecer volví a casa y fui a su habitación, la idea era seguir alimentando mi supuesto enojo por ella, el cual solo bastaba con una pequeña discusión fingida. Cuando entre en su habitación ella no estaba allí, me gire sobre mis propios pies y vi a esa figura pálida, delgada y de cabello rojo. Se acercó a mí con sensualidad, yo no podía hacer que mi cuerpo huyera de allí, ella debía seguir creyendo que yo estaba enojado por lo que supuestamente había hecho. Pero no pude, su dulce aroma me envolvió y su cuerpo totalmente desnudo y delicado, se unió con mis manos ásperas por el trabajo de campo. La atraje por la cintura hacia mí y ella me besó con pasión. Ambos teníamos el deseo el uno por el otro y no podía controlarlo más, yo no entendía que me pasaba, jamás había sentido lo mismo por una mujer. Ella me había conquistado y ya no había marcha atrás, mi cuerpo, mi alma y mi corazón le pertenecían para siempre. Nos fundimos haciéndonos uno en esa tormentosa noche de invierno, sus gemidos se hicieron unísono con los míos, éramos dos lobos cantándole a la luna llena.

Pasaron los meses y llegó la noticia que todos esperaban, todos menos yo, Rosanela estaba embarazada. No es que no me agradara la idea de ser padre, más aun cuando ella, mi musa, mi todo era la madre de mi hijo, solo que eso dificultaría mi plan de destruir a Jonathan. Este se había vuelto un peligro eminente, su poder era demasiado grande y tenía a casi la mitad de los sirvientes de su lado, podía hacer una revuelta en cualquier momento y ahora si temía que pudiera ganar la contienda.

Los meses pasaron y tanto los ánimos de Rosanela como los de Jonathan estaban apaciguados, es como que ambos esperaban la llegada del nuevo Richieri para actuar. Yo no dejaba de pensar en las posibles consecuencias de ello, despertaba cada noche alterado sonando pesadillas como ver a mi reina muerta en el suelo con nuestro hijo en sus brazos.

—¿Arnoldo?— abrió los ojos delicadamente—¿Sucede algo?— me pregunto

preocupada.

Yo negué con la cabeza y me quede sentado en la cama reviviendo la pesadilla que había tenido.

Ella se levantó con dificultad, su abdomen había crecido demasiado y estaba a punto de dar a luz, me envolvió con sus brazos y me acurrucó como si fuera un niño, yo no recordaba que mi madre hiciera eso conmigo nunca, me deje llevar por la agradable sensación de bienestar que infundía el aroma del cabello de mi mujer, cerré los ojos y me volví a dormir.

Me desperté por los gemidos de dolor de ella, era hora de que mi hijo venga al mundo. Me levante con presura y llame a Carlos, este vino con rapidez y al ver a Rosanela salió corriendo a buscar al doctor. Yo había hecho que el mejor médico de Argentina se hospedaría con nosotros hasta que Rosanela diera a luz, no quería que ella sufriera ningún daño.

El médico vino apresurado y me sacó afuera, yo quería estar presente pero dos guardias me detuvieron, no podía estar allí dentro, sería peor para ella. Intente calmarme caminando de un lado hacia otro, alguien me acercó un vaso de agua y levante la cabeza, Nicolás estaba con su fusil en una mano y un vaso en la otra, ahora hacía las rondas de vigilancia de la mansión y siempre estaba armado, acepte el vaso y me quede a su lado, debía recuperar la compostura pero no sabía como hacerlo, los gritos de ella desde adentro de la habitación no me ayudaban a calmarme, era mi primer hijo y todo mi mundo se revolucionaba en ese momento. Iba a ser padre.

«Rosanela Richieri»

Cuando nació mi hijo mi mundo solo se enfocó en él y mi esposo, ya no quería luchar, no quería poder, solo los quería a ellos dos, mis dos amores eternos.

Arnoldo estaba tan alucinado por Matías como yo, nuestro mundo giraba alrededor de él. Pero bien es sabido que el mal no descansa y muchos menos sus servidores, Jonathan estaba planeando mi caída y utilizaría a mi hijo en mi contra, pues sabía que sería mi debilidad.

Nadie vio venir el triste desenlace, ya los años habían pasado y Jonathan supo aprovechar cada valioso segundo que logró obtener con Matías. Yo no le permitía estar con él, pues sabía la clase de hombre que era Jonathan, pero en cuanto Matías se iba con Arnoldo y Jonathan a algún lado, mi corazón desfallecía, pues sabía que esas oportunidades Jonathan no las dejaría pasar.

Mi mayor temor se cumplió y Matías se unió a un grupo de rebeldes armados que en teoría defendían a los verdaderos dueños de estas tierras, nosotros éramos sus enemigos. Arnoldo se enfureció por ello y aunque él me amara con locura, nada era más fuerte que ver a su propio hijo luchar contra él. Yo le intente advertir a Matías que dejara todo ello por el amor a su familia, pero la influencia de Jonathan era aun mas poderosa.

Todo acabó ese día donde la tragedia se hizo presente, aun lo recuerdo y lo revivo constantemente. Un hijo esta listo naturalmente para enterrar a sus padres, pero una madre nunca estará lista para enterrar a su propio hijo.

No quisieron siquiera darme el cuerpo de mi hijo aunque grite e implore que así lo hicieran.

—¡Déjenme verlo! ¡Quiero verlo!— grite desesperada sostenida por Nicolás y Carlos de ambos brazos.

Mis lágrimas recorrían como ríos mis mejillas pero a nadie parecía importarle realmente.

Corrí a donde Arnoldo, era el único que podía entender mi dolor pues él también habia perdido un hijo ese día.

—¡Arnoldo! Necesito verlo, por favor tráelo aquí lo necesité— le implore con los ojos hinchados de tanto llorar.

—Lo siento, ya lo han enterrado junto a los demás rebeldes— me dijo con demasiado dolor en sus ojos, pero a diferencia de mí, él no podía llorar, si Arnoldo caía todos caíamos con él.

Sentí como mis piernas no lograban sostenerme más y caí de rodillas antes Arnoldo en un áspero y doloroso grito de agonía.

—¡MATIAS!— sentía que por más que gritara ese dolor jamás de iría de mis entrañas donde lo habia llevado por mas de nueve meses.

Arnoldo me intento agarrar de los hombros pero yo era un costal de peso muerto, ya no tenía fuerzas para ponerme en pie.

«Nicolás Marshar»

Mi señora no salía de la habitación ya hace un mes, todos estábamos preocupados, sabíamos que con su carácter impulsivo era capaz de cualquier cosa.

El señor me pidió que la vigilará día y noche, pues incluso él temía lo que ella era capaz de hacer.

Entre en su habitación en silencio, ella estaba parada en la ventana mirando algo del jardín fijamente.

—Buenos días señora— le dije tanteando su ánimo.

—Él fue quien derramo su sangre, mi sangre— me dijo en un susurro casi inaudible.

No podía ver a quien observaba tan fijamente desde la ventana, pero sabía de quien hablaba.

—De la orden y lo mataré con mis propias manos señora— le respondí, Jonathan había ido demasiado lejos al provocar la muerte del heredero Richieri, aunque aun no entendía porque el señor no hacía algo al respecto.

—Tráelo esta noche, yo misma me encargaré de él— me ordenó sin siquiera mirarme, estaba concentrada en la figura de Jonathan trabajando en el jardín.

Yo asentí y salí de la habitación.

Al salir me choque con la figura esbelta y fuerte del señor Arnoldo y me incline en señal de respeto.

—¿Qué ha dicho?— me pregunto de forma directa mirándome fijamente.

Yo dude un momento, no estaba seguro si debía decirle las ordenes de la señora y trague saliva dudando.

—Se que lo quiere muerto, pero esta es su venganza y no quiero interferir en ello ¡Dímelo!— me aclaró como si adivinara mis pensamientos.

Yo lo mire sorprendido y luego agache la cabeza nuevamente.

—Quiere que lo traiga aquí esta noche— le respondí.

—¡Bien! Hazlo, yo me iré y no veré nada de lo que suceda aquí hoy— me dijo y entro a la habitación.

Yo me quede tildado un largo rato, parado en ese enorme pasillo de madera y metal precioso.

2.11 Una de cal y una de arena

«Rosanela Richieri»

Esa noche me puse un vestido de color rojo sangre, un tapado de plumas de cisne negro. Me maquille en tonos rojo y negro con una base de maquillaje blanca, para hacer alusión a la muerte, me pinte los labios de un rojo casi tirando a bordos y me deje el pelo suelto, lo tenía corto hasta los hombros en un imperfectocarree desmechado. Me coloque un collar de rubís con cadena de oro y un anillo de granate con puntas de diamante.

Mire la foto de mi hijo en su cumpleaños numero uno y la acaricie con delicadeza un momento, era lo único que tenía para recordarle, pues ni siquiera su cuerpo pude ver antes de ser enterrado en una tumba sin nombre en un lugar donde nadie sabe.

—¡Hoy tendrás justicia!— le susurré y me dirigí a la puerta de la habitación.

Bien sabido era que las deudas de sangre con sangre se pagaban, él había derramado mi sangre y yo hoy derramaría la suya con mis propias manos.

Camine por el pasillo en penumbras, en la planta baja se escuchaban murmullos, eran mis aliados quien esperaban a su anfitriona.

Las deudas de vida con vida se pagan, quien mata a muerte se lo recibe. Me repetí en mi cabeza, podía saborear mi venganza en los labios, nuestra venganza.

Baje las escaleras como las actitudes propias de una dama y al llegar a la mitad de la misma observe a mis aliados, todos me miraban admirados, nadie podía entender como me había levantado tras este duro golpe. Pero yo sabía que lo que me había hecho volver a respirar era la sangre de mi hijo que reclamaba justicia.

Nicolás me ayudo a bajar los últimos escalones y allí estaba, parada en medio de una ronda de sirvientes, como aquel primer día donde Arnoldo me declaro la señora de esta mansión. Pero yo sabía que ahora las cosas eran diferentes, esa niña inocente de esa época había muerto con mi hijo, ahora la que estaba parada aquí era una mujer que haría cualquier cosa por proteger a los suyos y vengar a sus muertos.

Mire a Nicolás y este hizo un chasquido con los dedos, al instante trajeron a la rastra al auspicio de la decadencia de mi sangre, tenía la cara tapada y las manos atadas.

Me acerque a él y luego de un segundo le quite la capucha de la cabeza, estaba amordazado y al verme de inmediato supo que su muerte estaba próxima. Intento buscar entre los presente a alguien que lo ayudara, pero nadie había allí que pudiera prestarle una mano salvadora, todos sus aliados habían sido colgados hace una hora de los postes del granero, solo él quedaba aun con vida.

Su mirada se detuvo ante Nicolás, hasta ahora él creía que Nicolás estaba con él, pues yo había planeado que ellos dos tuvieran confianza para así poder saber cada movimiento del bastardo que ahora yacía a mis pies arrodillado.

—Haz matado a mi hijo y con ello haz derramado mi propia sangre y la sangre de tú señor— le dije en alta voz, todos murmuraron a mi alrededor afirmando mi aclaración.

Él se retorció intentando liberarse sin dejar de ver a Nicolás con desesperación, ahora era su única esperanza.

Era increíble como el ser humano hasta sus últimos segundos de vida lograba ver esperanza donde realmente no había nada.

—Ahora yo te reuniré con mi hijo y el creador para que pagues tus deudas pendientes— le grite y le clave un puñal en el corazón.

Él se retorció de dolor y grito aunque estuviera amordazado, saque la daga y lo volví a clavar, una y otra vez.

Cuando acabe con él tenía las manos cubiertas de sangre, pero aunque fuera de quien derramo la sangre de mi hijo, entendí que nada ni nadie podía calmar ese dolor punzante de una madre que había perdido su mundo, cuando su único retoño dio su ultimo suspiro de vida en este mundo.

Me acerque a Nicolás y me apoye en su hombro un momento, él me sostuvo y me miro preocupado, yo le Sonreí.

—¡Deshazte de él!— le dije y subí las escaleras.

Sentí su mirada observándome hasta que llegue arriba y ya no supe nada sobre Jonathan o Nicolás.

«Arnoldo Richieri»

Estaba mirando fijamente la puerta de la habitación que compartía hace ya algunos años con Rosanela, ella nunca había aceptado dormir separados y yo había llegado a un punto de amor en que estar lejos de

ella una noche me resultaba imposible.

Después de su venganza ella parecía incluso totalmente más recuperada, había vuelto a ser la señora Richieri que tanto amaba y todo poco a poco volvía a su normalidad. Hasta la noche anterior, donde en medio de la cena ella se desvaneció en su asiento sin causa aparente.

El médico salió de la habitación y me miro, por su cara supe de inmediato que no eran buenas noticias.

—¿Qué tiene?— le pregunte con ansiedad.

—Me temo que la Señora Rosanela tiene un tumor cancerígeno en la columna— me dijo con la mirada baja.

En ese momento sentí que mi mundo se volvía a derrumbar, estaba volviendo a suceder, como aquella vez donde me entere que mi único hijo había recibido un escopetazo en el pecho. La diferencia era que su agonía solo había durado treinta minutos, la de su madre podían ser incluso años, pero el final era casi seguro.

—No existe un tratamiento que garantice su recuperación, pero haremos todo lo que este en nuestras manos— me dijo finalmente el médico y se retiró.

No me iba a quedar con esa típica frase “Haremos todo lo que este en nuestras manos” a mi amor, a mi todo la atenderían los mejores profesionales de la medicina, aunque tuviera que traerlos del otro lado del mundo para que la atendieran.

Entre en silencio, sabía que ella ya sabía el diagnóstico, tenía la mirada perdida en algún punto de la pared, al sentirme entrar me sonrió.

—Amor mío, haz venido— me dijo con esa bella sonrisa perfecta que tenía.

—Por supuesto, no te dejaría sola— le dije sonriendo y me senté a lado de ella en la cama.

Ella se acurrucó en mi pecho y yo la envolví con mis brazos.

—Se que en tus brazos nada me podrá pasar, tú siempre me protegerás— me dijo en un susurro.

Hubiera deseado poder protegerla de esta enfermedad, aunque todo mi dinero se fuera por ello, pero ahora entendía que había cosas que ni

teniendo todo el poder del mundo se lograban conseguir.

Nos quedamos en silencio, uno aferrado al otro, así, por un largo rato.

«Rosanela Richieri»

Ese día el medico me habia dado dos noticias, una buena y una mala.

Estaba esperando un nuevo bebe la mala no se sabia si mi cuerpo resistiría el embarazo, pues como todo en la vida habia una de cal y una de arena, un cáncer amenazaba mi existir en este mundo.

Le habia pedido al medico que no le contará sobre el embarazo a Arnoldo, porque aunque sabia que mi esposo era un hombre fuerte, no lograría afrontar estas dos noticias al mismo tiempo, tenia nueve meses para contarle sobre su hijo.

El primer trimestre paso sin complicaciones, aunque Arnoldo ya no dejaba que hiciera nada sola.

Nos habíamos mudado a una habitación en la planta baja para que no tuviera que usar las escaleras. Y habia ordenado tanto a Nicolás como a Carlos que me acompañaran siempre en todo momento.

Nicolás de habia convertido de un niño escuálido a un pequeño hombrecito que estaba recién saliendo de la adolescencia y afrontando la juventud, yo lo habia criado junto a mi hijo primogénito, y sabia que aunque se llevaran siete años, mi hijo seguramente se vería como él ahora, sino lo hubieran asesinado a sangre fría con a penas quince años.

No podía decir lo mismo de mi cuerpo, estos últimos tres meses ya casi no me respondía del todo, no podía mantenerme en pie y me dolían tanto los brazos como los pies.

Arnoldo entró junto al medico a la habitación y ha juzgar por la cara del segundo algo no andaba bien.

—¡Hemos encontrado a un experto que te puede curar mi reina!— anuncio emocionado Arnoldo.

Yo estaba observando la cara del médico y sabia cual era el motivo de su preocupación.

Arnoldo miro al medico y luego a mí confundido.

—¿En que consiste el tratamiento?— le pregunte al médico.

—Un medicamento que es extremadamente nocivo mi señora— me aclaró.

Sabia perfectamente que significaba eso en mi situación, no hacían falta más explicaciones.

—Pero los efectos se irán con el tiempo, lo importante es que te curarás mi vida— dijo Arnoldo con la inocencia de la ignorancia.

—Señora... Esto no es conveniente para...— me intento aclarar el médico.

—¿Conveniente para qué? ¿De qué hablas?— pregunto molesto Arnoldo, mirando al medico de arriba abajo.

—Pueden dejarme a solas con mi esposo por favor— les dije a todos los presentes y estos se fueron.

«Arnoldo Richieri»

—¡No puedes hacer eso!— le dije levantando la voz, estaba demasiado alterado.

—Me temo que si bien haz decidido sobre gran parte de mi vida, en esto ya no tienes poder— me dijo ella sin mirarme.

—¡Pero Rosanela!— le intente insistir.

—Necesito que entiendas Arnoldo— me dijo y se toco el vientre algo abultado— No estoy lista para perder un nuevo hijo— me aclaró con lágrimas en los ojos.

—¡Pero si no lo pierdes morirás!— le dije con desesperación.

—No puedo perderle a él también— me respondió llorando y aferrándose a su pequeño vientre abultado.

—Y yo no puedo perderte a ti, la más bella de las mujeres de este mundo— le dije acercándome con los ojos brillosos y sosteniendo su rostro entre mis manos— No soy tan fuerte para soportar perderte— le respondí.

—Tendrás un pedacito de mí aquí— me dijo colocando una de mis manos en su vientre.

—No quiero un pedacito, te quiero a ti completa— le dije levantándome y alejándome, sentía que no podía respirar bien. Me estaba ahogando en

esa habitación, ya no tenía oxígeno, debía salir de allí.

Me fui sin escuchar razones, no podía concebir el hecho de perder a mi mujer para tener un hijo, no podía, no era tan fuerte para ello.

2.12 La danza de la vida y la muerte

«Arnoldo Richieri»

Esa era la prueba más difícil que el creador me había enviado. No solo no tenía el poder de salvar a mi mujer, sino que este me había obligado a ver segundo a segundo, como mi mujer se deterioraba. Su cuerpo, su salud, su bello rostro, iba perdiendo la vida que tanto había tenido hace tan solo seis meses atrás.

Me sentía inútil, observar como la vida de mi mujer se iba agotando como la cera de una vela que la llama de la enfermedad iba consumiendo lentamente.

Esto no debía ser así, no quería tener un hijo a costa de perder lo único que amaba en este mundo.

Los próximos meses me dediqué a los negocios, pasaba todo el día en el despacho y dormía en una habitación a parte, no quería ser el testigo constante de la decadencia de ella.

Rosanela no escuchaba razones, estaba convencida de tener a ese ser aunque su vida fuera arrebatada por ello. No solo yo, los médicos y sirvientes insistíamos en que desistiera de esa idea, ni siquiera se sabía si llegaría a resistir el parto en su condición, había altas posibilidades de que tanto ella como el bebe murieran antes de ese momento.

Los nueve meses más horribles de mi existencia pasaron como un crudo invierno en esas cierras pampeanas, hasta que llegó el momento decisivo donde mi destino y el de ella se marcarían para siempre.

Esa horrible noche de tormenta, ella gritaba con desesperación, las sirvientas corrían con paños de sangre y paños limpios a la habitación. Yo estaba parado mirando fijamente la puerta, no me atrevía a entrar en ese turbio lugar, donde la vida y la muerte danzaban una danza llamada destino. Nicolás se quedó junto a su señora todo el tiempo, yo sabía que no lo hacía porque yo le había ordenado hacerlo, él se había aferrado a Rosanela como un niño se aferra a su madre. Los médicos gritaban, trabajaban, luchaban por mantener a ambos con vida.

Casi sin saber que hacía, recorrí el enorme pasillo de la mansión, baje las escaleras como si de un zombi me tratara, sin conciencia, sin razón, entre a mi despacho y me apoye en mi escritorio, no lograba hacer que mis

piernas me respondieran, ellas ya no me podían sostener en pie.

Falle en proteger al único ser que amaba, ni mi dinero, ni mi poder habían logrado mantenerla con vida.

En un arranque de ira, tire todo lo que había encima del escritorio, sus gritos en la planta alta me calaban los huesos, la muerte iba ganando ante la vida, en esta eterna lucha llamada creación.

Me agarre la cabeza intentando inútilmente no escuchar más esos horribles gritos de ella, gritos de dolor, de pánico, de angustia. No, no podía aguantarlo más, yo le había prometido días felices, me agarre el cabello con fuerza, ya no más por favor, ya no más, gritaba en mi cabeza.

Los gritos cesaron de un momento a otro sin aviso, yo caí de rodillas al suelo, un débil llanto resonó en la mansión en penumbras y un relámpago se hizo notar en el cielo nocturno, mi cara estaba empapada de lágrimas, aún tenía la vaga esperanza de volver a escucharla, daría lo que fuera por escuchar esa voz, su voz, pero no sucedió.

Comencé a llorar sin control, mientras me inclinaba hacia delante y atrás, la había pedido, finalmente se había ido de una vez para siempre.

Pasaron varias horas hasta que me atrevía a salir de esa habitación, que no era la primera vez que me servía de refugio.

Camine en silencio por la mansión, todos me miraban preocupados, era la primera vez que me veían tan desalineado y sin siquiera peinarme o perfumarme.

Subí las escaleras y me dirigí a esa horrible habitación, donde mi mujer había sufrido la agonía y destino final.

Al acercar mi mano al picaporte de la puerta, note como esta temblaba débilmente, respire hondo y entre sin pensarlo dos veces, estaba seguro que si lo pensaba saldría corriendo de allí sin siquiera ver hacia atrás.

En un rincón estaba Nicolás con una manta en sus brazos, esa cosa era lo que había provocado la muerte de mi mujer. Volví a respirar y me acerque hacia la cama, una manta blanca cubría el cuerpo tieso y ya frío de quien había logrado robar mi corazón.

Aun con la mano temblorosa corrí la manta, su dulce cuerpo que tanto me había deleitado en las noches y enamorado en los días, ahora estaba tieso, frío y blanco. Ese tono rosáceo había desapareció por completo, la sangre ya no corría por sus venas, su sonrisa ya no volvería a aparecer, la

había perdido para siempre.

Apreté los dientes y me gire sobre mis pies, mire fijamente a Nicolás y este sin que yo emitiera palabras empalideció. Se aferró al pequeño bulto que aun sostenía en sus brazos, yo recorrí la habitación, sentía arder mi corazón, la furia invadía mi alma, acabaría con ese maldito ser que me había arrebatado al amor de mi vida.

—¡No señor! ¡Deténgase!— me advirtió Nicolás dando marcha atrás y protegiendo a ese monstruo.

—¡Ni siquiera te atrevas a defenderlo!— le grite encerrándolo en una de las esquinas de la habitación.

—¡Es su hija!— me grito él y saco un arma de su chaqueta— No me obligue a disparar por favor señor— me volvió a advertir.

—¿Como te atreves a amenazarme maldito infeliz?— le grite furioso y me acerqué agarrando la manta.

Sentí como Nicolás le saco el seguro al arma mientras aun protegía a esa cosa, la manta cayó al suelo y unos bellos ojos color avellana me miraron curiosos.

Ese instante pareció eterno, de inmediato supe que amaba a ese diminuto ser de ojos color avellana.

Luego de lo que parecieron eternos segundos, donde nadie se movió en ese lugar, la pequeña criatura me sonrió y acerco su pequeña manita a mi mejilla. Era tan inofensiva, tan inocente, estaba acariciando a quien hace un segundo atrás le deseaba la muerte, pero que también le había dado la vida junto a su madre.

Tome en brazos a esa delicada niña de ojos saltones, era idéntica a mi flor, a mi reina, a mi todo.

—¿Señor?— me preguntó confundido Nicolás que aun me apuntaba con su arma.

Yo no le dije nada y comencé a mecer a la beba en mis brazos sin dejar de mirarla ni un segundo. Ella se fue quedando dormida, aun con su manito en mi mejilla.

—¿Como se llama?— le pregunte a Nicolás sin mirarlo.

—Aun no tiene nombre señor— me respondió Nicolás guardando su arma,

pero siempre atento a mis más mínimos movimientos.

—Eres la conexión entre el cielo y la tierra, entre tú madre y tú padre, por eso tú nombre será Rebeca— le dije dándole un beso en su pequeña cabecita llena de pelusas castañas que con el tiempo se transformarían en la rebelde melena ondulada de mi única hija.

2.13 Mujer empoderada

«Nicolás Marshar»

Hoy el clima estaba tenso en la mansión Richieri, como cada año en esta fecha. Ya habían pasado diecisiete años de la trágica y bendecida noche donde murió la señora Richieri y nació la señorita Rebeca.

El señor andaba como cada año melancólico y de pocas palabras, en esta fecha solía desaparecer todo el día, nadie sabía a donde iba realmente. En la mansión creían que se iba al campo y en el campo creían que se quedaba en la mansión, pero yo que solía acompañarlo a todos lados, sabía que a ninguno de esos lugares iba. Me daba el día libre y solo me dejaba a lado del río Atuel.

Estaba caminando por allí cuando decidí descansar en el único árbol que había a kilómetros de distancia, el sol estaba demasiado fuerte a esa hora. Me subí con habilidad y me acosté en una de las ramas más altas del mismo, allí me quede dormido hasta que bajara el sol y pudiera volver caminando a la mansión.

Siempre dormía con mi fusible agarrado con las dos manos, la única vez donde no lo traje creyendo que no pasaría nada, pues estábamos en el medio de la nada, unos matones me asaltaron y me dejaron como Dios me trajo al mundo. Cerré los ojos y reposé exhausto de caminar casi dos kilómetros desde el lugar donde me dejó Arnoldo hasta mi árbol de descansó. Ya no estaba para estos ruidos, después de los treinta la cosa cambia demasiado para el cuerpo, me sentía viejo aunque para mis compañeros fuera aún un niño, pues era el más pequeño allí, el más pequeño y el que más sangre cargaba en sus manos. No era sencillo ser el mano derecha de un terrateniente y muchos menos de uno como Arnoldo.

Me despertaron los gritos de una mujer, eso fue extraño pues acá no solían andar muchas mujeres, era un lugar demasiado inhóspito y desolado. Observe con cautela la situación, no iba a ser que fuera una de esas mulas odiosas que casi siempre terminaban siendo unas prostitutas que te engatusaban, te llevaban a donde sus dueños, te drogaban y te quitaban hasta los calzones, si no era un lugar muy seguro éste, pero es que tampoco le tenía miedo, sabía como defenderme, Arnoldo me enseñó

a disparar cuando tenía seis años.

Había una niña de no más de veinte años corriendo tras una capelina de color beige, gritaba mientras corría y detrás de ella venían dos hombres más. A ellos los reconocí, eran hombres de Arnoldo, podía identificarlos muy bien ya que todos teníamos en nuestros uniformes el escudo del Clan Richieri.

La capelina se enredó en una rama de mi árbol y la niña maldijo en un susurro, yo sonreí pues nunca había visto a una dama como ella maldecir.

Agarre el sombrero y baje de un salto.

—¡Ay! Me asustaste— grito ella tocándose el corazón.

Los hombres se me acercaron con mano en las armas.

—¿Le hizo algo señora?— le preguntaron.

Yo me reí de forma exagerada y los tres me miraron confundidos.

—Primero recupérate de la corrida osito cariñosito— le dije y apunte con mi mentón la enorme barriga de uno de los guardias— y luego te haces el héroe conmigo— finalice y le ofrecí el gorro a la mujer.

—¡Oye tú! ¿Quién te crees que eres?— se intentó hacer el malo el aludido ofendido.

Lo mire de arriba abajo antes de volver a subirme al árbol.

—Nicolás Marshar— le dije sabiendo que todos conocían mi nombre, el niño que se ganó la confianza de su señor y lo acompañó fielmente en cada momento difícil, el que siempre disparaba y luego preguntaba.

Ambos guardias se quedaron mirando el suelo avergonzados por su actitud de hace un rato.

—Bueno señor Nicolás Marshar, gracias por alcanzarme mi capelina— dijo la mujer.

Yo me coloqué mi gorra en la cara y me volví a acomodar en mi rama con las manos en el rifle.

—Solo intenta no perderla de nuevo, no es un lugar muy seguro para una señorita como usted— le dije sin mirarla.

—¿Señorita como yo?— preguntó con un tono ofendido.

Casi sin darme cuenta la tenía parada en la misma rama que yo con las manos en la cintura.

—¿A qué se refiere con eso?— me dijo aun indignada.

Yo la mire sorprendido y los guardias se rieron, ellos ya conocían a la mujer seguramente.

—Pensé que era una dama delicada— le dije mirándola aún sin entender como había hecho para subir en falda y tacones.

—¡Y lo soy!— me dijo y extendió su mano para saludarme— Rebeca Richieri mucho gusto— finalizó con su mirada fija en mi.

No podían culparme de no reconocerla, yo me iba temprano con Arnoldo cada día al campo y a la noche él me llevaba a mi pequeño departamento donde dormía junto a mis demás compañeros. A su hija la había dejado de ver cuando era una piojosa de tres años.

Le extendí la mano aún serio.

—EL gusto es mío— le respondí y me volví a acomodar fingiendo desinterés nuevamente.

Ella así como subió se bajo con facilidad, se calzo el sombrero y se fue junto a los hombres.

Cuando se fue me acomode en mi rama y me toque el corazón, latía desesperado ¡Que mujer! Ya hasta me caía bien el linaje de Arnoldo. Negué con la cabeza y me volví a dormir.

«Rebeca Richieri»

Estaba en los establos junto a mi caballo de un color negro azabache, papá me lo había regalado en mi cumpleaños numero quince.

—Muy bien Lorenzo come la zanahoria— le dije y el obediente comenzó a masticarla.

Luego me subí en el y comencé a dar un pequeño paseo.

—Señora deberíamos volver, estos lados son peligroso— me advirtió un guardia preocupado.

Aun no entendía porque mi padre insistía en colocarme seguridad, yo

sabia defenderme sola.

—No te preocupes Sebastián, no pasará nada— ellos parecían más delicados que yo.

“Debes comportarte como una dama Rebeca”

Solía decir mi padre, lamento decepcionarte papito, pero haz criado una mujer demasiado aventurera para ser una delicada flor.

Cuando baje de mi caballo así tomaba agua del río Atuel, una oleada repentina de viento me voló mi capelina.

—¡Ay no!— grite con desesperación y comencé a correr tras ella.

—¡Señora vuelva! No corra— dijeron al unísono los guardias siguiéndome el paso como podían, no es que estaban en un buen estado físico esos dos.

—¡No puedo! Pertenece a mi madre es lo único que tengo de ella— les grite a la distancia mientras seguía persiguiendo el sobrero.

Con la mala suerte de los dioses el mismo fue a dar en la rama más alta de un árbol, maldije por mi mala pata.

Primero un viento del demonio me volaba el único recuerdo que tenía de mi madre y segundo ¿Un árbol? ¿Acá? ¿En el medio de la nada? Debía de ser una broma del creador con mucha seguridad.

Me estaba preparando para subir a buscarlo cuando un hombre de un salto cayó a lado mío desde el árbol. Me pegue tal susto, no me había dado cuenta que había alguien allí arriba ¿Qué se supone que hacía allí este loco?

—¡Ay! Me asustaste— le dije cortante.

Los guardias se asustaron y se acercaron listos para defenderme de cualquier agravio del desconocido. Pero este los humilló haciéndolos agachar la cabeza y luego no conforme con eso se metió con mi género, era un engreído y yo le iba a demostrar que yo no era una mujer como cualquier otra.

Me subí al árbol con habilidad y me pare enfrente de él, su mirada confundida y la risa de los guardias que ya me conocían fue lo más satisfactorio del día.

—Rebeca Richieri mucho gusto— me presente orgullosa de quien era, de

seguro no había mujer que tuviera tanto amor como yo por mi misma.

—El gusto es mío— me respondió él serio, no le había agradado que le cambiara la jugada a mi favor.

A ningún hombre le gustaba y a mi me encantaba provocarlos. Sorprendentemente en eso mi padre no se ponía en contra como otros padres que parecían desesperados por casar a sus hijas con hombres de bien. Mi padre me quería tener junto a él hasta que yo cumpliera ochenta años y el cien, tenía actitudes demasiado raras que me causaban gracia en más de una ocasión.

Luego baje con la misma habilidad con la que subí al árbol, sabía que aunque se hacia el que no me estaba mirando la curiosidad siempre podía con el ser humano cuando algo le llamaba la atención y no todos los días se veían mujeres escalando arboles con pollera y tacones.

Me fui sin mirar hacia atrás acompañada de mis guardias, me subí al caballo y sonreí de forma disimulada, era sexy el desconocido del árbol.

2.14 Ella no conocerá el amor

«Arnoldo Richieri»

Estacione el auto y me quede viendo el volante un buen rato, era increíble que me costara tanto trabajo entrar a ese lugar después de tantos años, sospechaba que ese dolor punzante en mi corazón no se iría nunca más de allí.

Respire hondo varias veces y baje algo tembloroso, sentía el cuerpo gelatinoso y tenía muchas ganas de salir corriendo de allí, pero hice caso omiso y saque la pequeña llave que guardaba con celo en mi reloj de bolsillo.

Al abrir el enorme edificio subterráneo un olor a humedad y vainilla me envolvió por completo, sabía que había pasado un año desde que no entraba a ese lugar.

Volví a respirar y encendí las luces, baje con cuidado las enormes escaleras de cemento y llegue al lugar que siempre me provocaba taquicardia. Hice una mueca inconsciente y me quede parado un momento sin atreverme a acercarme.

Cuando por fin encontré la fuerza necesaria avancé sin detenerme, toque con la punta de los dedos el sarcófago de oro donde yacían los restos de mi mujer.

Cuando ella murió le mande hacer una cripta de mármol pulido con incrustaciones de rubí, su joya preferida, la puerta era de hierro negro y la cerradura formaba un corazón con polvo de rubí triturado y cadenas de plata de color plateadas. Dentro estaba el sarcófago de oro, siempre envuelto en rosas rojas que expedían ese olor que la había caracterizado a ella en vida. En medio del sarcófago había un doble cristal y allí yacía mi amada Rosanela o al menos lo que quedaba de ella, junto a los recuerdos de su vida, fotos, ropa, joyas, perfumes, en el ambiente había miles de incineradores que quemaban flores de vainilla, su flor favorita en vida.

Le cambie el ramo de claveles blancos que yacía en el cristal simbolizando su pureza, también descarte y cambie las rosas rojas y coloque nuevo incienso de vainilla, lo suficiente para que dure un nuevo año, hasta su próximo aniversario.

Luego me quede acariciando el grueso cristal un buen rato, no quería alejarme de ella, pues allí residía mi fuerza.

—No te imaginas cuanto te extraño mi bella reina— le dije, teniendo la esperanza de que estuviera donde estuviera me escuchara.

Un vez todo ordenado y limpio, suspire y comencé a caminar hacia la salida, ignoraba el tiempo que había pasado, siempre solía quedarme todo el día aquí en su aniversario. Antes de subir las escaleras que nos separarían un nuevo año, volví a mirarla y le dije un débil "Te amo", luego me retiré para no volver en trecientos sesenta y cinco días.

Cuando llegue a la mansión note como Nicolás venía caminando lentamente desde el campo y me fui a esperarlo a mi despacho, el cual lo había cambiado lejos de la mansión, mientras menos estuviera en esas paredes que todo el tiempo con malicia me recordaban a ella, mejor.

—¡Señor!— me dijo Nicolás a modo de saludo.

—¿Por qué no pediste que te fueran a buscar?— no entendía porque le gustaba tanto estar sólo.

—Prefiero hablar conmigo mismo— me aclaro sentándose en uno de los sillones al frente de mi escritorio.

—¿Hace cuanto que no vez a tu familia Nicolás?— le pregunte, me resultaba curioso que nunca me hubiera pedido verlos.

Él contó con sus dedos.

—Ya van a ser veinte y siete años— me respondió sin demasiada

importancia.

—¿No los extrañas?— le pregunte curioso.

—A mi madre tal vez, pero aprendí que las relaciones sociales solo te hacen débil señor— me respondió dejándome sorprendido.

—¿Como así?— le pregunte para que me dijera a que se refería.

—Vera, si se enamora y esa persona se va el que sufre es usted, si convives con tu madre y esta muere el que sufre es usted y así con todo, tenerle cariño a la gente te hace débil— me respondió de forma muy segura.

—¿Es decir que yo te parezco débil?— le pregunte y lo mire atentamente.

—No lo se ¿Usted se siente débil?— me respondió a su vez mirándome.

Como siempre Nicolás parecía tener la respuesta justa para cada momento.

—Hay algo en lo que concuerdo contigo y es que el amor es una mierda— le dije mirando por la ventana.

—Yo lo veo más bien como una enfermedad— me dijo él.

Yo lo mire y él se acomodo en su asiento.

—Te inhibe los sentidos, vez a esa persona perfecta y única y luego sufres al darte cuenta de...— me intento explicar su punto de vista.

—Al darte cuenta de que es un simple ser humano— le complete la frase y él me miro.

No era necesario seguir hablando sobre eso, tanto él como yo sabíamos que a lo que yo me refería era al amor incondicional que había tenido por Rosanela y lo mucho que sufrí y sufro su pérdida cada día.

Me recline hacia atrás en mi asiento y observe por la ventana como Rebeca estaba escribiendo en su diario sentada a pierna abierta en el patio de la mansión. Había criado a un hombre en empaque femenino, pues de dama no tenia nada.

—Ay algo de lo que estoy seguro Nicolás y es que a mi hija no le permitiré pasar por ello— le dije sin mirarlo.

—¿Por qué cosa? señor— me preguntó él sin entender.

—¡Por el amor!— le dije y él me miro, yo me levante y encendí un abanó— es sencillo Nicolás, si ella no conoce el amor, nunca sufrirá por amor— le aclaré y el asintió lentamente.

Luego me fui sin decir nada, le había dado el día libre así que podía rascarse las bolas tranquilo.

Me acerqué con el abanó encendido a donde mi hija y le pateé la pierna con delicadeza.

—¿Quieres que todos vean tú ropa interior?— le pregunte mirándola.

—Pues que la vean total solo obtendrán eso de mi— me respondió sin verme concentrada en su diario.

Yo resople y me senté a lado de ella en el pasto.

—No lograre hacerte una señorita ¿Verdad?— le pregunte observando la posición encorvada, pierna abierta y pelos parados de mi hija.

—Pensé que ya te habías rendido de eso— me respondió con astucia y siguió escribiendo.

Yo solté el humo del abanó y mire al horizonte.

—¿Qué escribes?— le pregunte.

—¿Tienes una foto de mamá?— me preguntó ignorando mi pregunta.

Eso me hizo tensar y la mire fijamente.

—¿Por qué quieres una foto de ella?— todas sus fotos estaban en la cripta.

—¿Es raro que quiera tener una foto de mi madre a la cual nunca vi?— me dijo ella y me sostuvo la mirada.

Yo resople y desvíe la mirada sin decir nada.

—¿Tienes o no?— me insistió.

—Debería fijarme— le respondí cortante sin mirarla.

Ella refunfuñó y luego me saco el abanó de la boca, marco un circulo en

su diario y me lo devolvió.

Yo la quede mirando sin entender lo que había hecho y porque me había apagado el abanó.

—Necesitaba una luna llena— me dijo mostrándome un dibujo de un paisaje en luna llena.

—¿Y no podías simplemente dibujarla?— le pregunte molesto volviendo a encender el abanó.

—Si sigues fumando así te enfermaras— me dijo ella sin mirarme.

—Si no lo hago igual me enfermo— le aclare recordando como su madre nunca había tocado un cigarrillo y le había dado cáncer de todas formas.

—¿Era linda?— me preguntó distrayéndome de mis pensamientos.

—¡Era como tú!— le respondí.

—¡A entonces era hermosa!— me dijo.

—Yo no dije que era hermosa, dije que era como tú— le aclaré mirándola con malicia.

—Y yo tampoco te pregunte si yo era linda, eso ya es bien sabido, soy hermosa y me amo— me respondió con una sonrisa y me dio un beso en la mejilla, luego se levantó y se fue.

La observe irse y sonreí, era tan hermosa como su madre.

2.15 Nicolás el héroe

«Rebeca Richieri»

No entendía porque mi padre se rehusaba a hablarme de ella, podía ver en sus ojos, cada año en esta fecha su dolor. Dudo que mi padre hubiera querido a alguien más como la quiso a mi madre.

Al entrar a la mansión me quede viendo un enorme cuadro de la señora y el señor Richieri, realmente si se parecía a mí o yo a ella. No pude evitar pensar que sentiría mi padre al verme cada mañana y encontrarme igual a ella, yo era el mayor recuerdo de su muerte, pues había dado su vida por mí, eso bien lo sabia yo.

—Señorita...— me distrajo Carlos.

—¿Sí?— le pregunte desviando la mirada del cuadro y mirándolo a él.

—No pude evitar escuchar que quiere una foto de su madre...— comenzó a decir y miro nervioso hacia la puerta del patio donde estaba aun mi padre.

—¿Tú tienes una?— le fui directa.

Él se puso más nervioso y si hubiera tenido más confianza hasta me hubiera pedido silencio.

Luego de mirar un buen rato hacia la puerta me volvió a mirar.

—Sígueme— dijo en un susurro.

Subimos las escaleras juntos y él me llevo a esa habitación donde nadie se acercaba nunca, más por miedo a mi padre que por respeto a los muertos. Yo conocía bien el dicho "Más vale tenerle miedo a los vivos que a los muertos" porque aquí todos le tenían más miedo a mi padre que al posible fantasma de mi madre.

Carlos entro de forma sigilosa yo lo seguí con curiosidad, nunca había entrado aquí antes, mi padre era capaz de matarme si me veía aquí dentro.

Carlos agarro un cuadro de la mesita de noche y me lo dio envuelto en una tela.

—Ella se saco esa foto cuando se entero de usted— me dijo con una sonrisa.

Yo le imite la sonrisa y me fui a mi habitación, desenvolví el cuadro, era una foto de ella parada en el patio de la mansión con sus manos en el pequeño vientre redondeado a penas. La acaricie un momento mientras la observaba, mi nacimiento y su muerte era una de esas crueles ironías de la vida, un ser que nace y otro que muere. Siempre sucedían ironías como esas en el mundo, pero no las notamos porque por lo general pasan en dos partes del mundo distintas, mientras unos despiden a un ser querido, una familia recibe a un nuevo hijo. Pero ese día hace diecisiete años atrás en esta misma casa se despedía a un ser amado y se recibía a un nuevo ser por querer.

Guarde el cuadro debajo de mi cama, si mi padre lo veía me mataría o mataría a Carlos por tenerlo escondido y por dármelo luego, tenia una extraña obsesión por no tener nada de ella en esta casa, a excepción del cuadro de la sala principal.

Al otro día se festejaría mi cumpleaños, como cada año mi padre guardaba respeto por la memoria de mi madre y al otro día festejaba el nacimiento de su hija. Yo me había acostumbrado tanto a esto que consideraba mi cumpleaños un día después de mi día de nacimiento.

Me coloqué el vestido que me había regalado mi padre. Era de color rojo, encajado al cuerpo, con una cola de plumas negras y diseños bordados en hilo de oro. Me pinte los labios de rojo y me coloqué el antifaz, la temática era de noche de máscaras.

Cuando baje junto a mi padre todos me aplaudieron con sonrisas y halagos, más allá de mi egocentrismo era de verdad una mujer con belleza natural.

—Cada vez te pareces más a tú madre— dijo Carlos al borde del llanto.

Él me había criado, yo le sonreí y le di una palmada en el hombro.

—Disculpe señorita Rebeca, esperó la este pasando muy bien— dijo una voz masculina detrás mío.

Yo me gire creyendo que era algún socio de mi padre, pero la verdad que no lo había visto antes, de igual forma le sonreí para mostrar mi agradecimiento, le había prometido a mi padre comportarme como una dama en la fiesta.

—Es usted una mujer muy bella— insistió el desconocido.

—Gracias lo sé— le dije con mi acostumbrada actitud egocéntrica.

Él se ríó y me miro de forma intensa.

—¿Me permite bailar esta pista con usted?— me preguntó.

La verdad no quería, solo deseaba que quien quiera que fuera este tipo me dejara sola, pero acepte bailar para así poder deshacerme de él.

Comenzó a sonar la música y baile con el desconocido, luego él me ofreció una bebida y por educación la tomé, nose como, pero de un momento a otro me sentí mareada, el tipo o nose quien me llevo a tomar aire afuera, no lograba coordinar bien los movimientos de mis piernas, el desconocido me agarro de forma atrevida de la cintura, yo le intente quitar la mano, pero mis propios brazos no coordinaban los movimientos.

—No...— intente decir de forma inútil.

—Vamos preciosa, se que quieres tanto como yo— insistió él acercándose

su rostro con aliento a alcohol y perfume barato.

Yo intente colocar mis manos en su pecho para que no se me acercara, pero las sentía flácidas y sin fuerza, sea lo que sea que me había dado este tipo era demasiado fuerte y ya no lograba mantenerme en pie.

Él me sostuvo los brazos con fuerza y yo mire con desesperación hacia todos lados, me había llevado al patio de la mansión, a un lugar oscuro y sin gente, estábamos solos él y yo. Pensé que sería mi fin hasta que note una figura sentada en el suelo junto a un poste, rogué que fuera alguien conocido o algún guardia de mi padre y con todas mis fuerzas grite.

—¡Ayuda!— él tipo me tapó la boca y yo intentaba alejarlo pero no tenía fuerza.

«Nicolás Marshar»

Estaba buscando señal con mi radio vieja a lado de un poste de electricidad cuando escuche el grito ahogado de una mujer. Me levante con la velocidad de costumbre y me acerque a donde estaban las dos figuras oscuras. Había un tipo corpulento sosteniendo a la fuerza a ¿Rebeca? No dude ni un segundo y lo agarre del cuello, el tipo intento golpearme pero mis rápidos reflejos lo detuvieron, lo tire al suelo y le puse el pie en el pecho. El renacuajo comenzó a ahogarse y escuche el grito de ayuda de Rebeca.

Rápidamente un grupo de hombres junto a Arnoldo llegaron a la escena.

Arnoldo miro al tipejo en el suelo y luego a mi.

—¿Qué sucede aquí?— me preguntó tajante.

—Señor... Él me atacó, yo solo estaba hablando con la señorita— dijo el mal nacido de rodillas al frente de Arnoldo.

Yo mire a Rebeca que aun estaba en shock y luego a Arnoldo.

—¿Es eso cierto?— me preguntó este con evidente molestia.

—Yo...— no sabia que responder, había escuchado a Rebeca pedir ayuda y cuando me acerque el tipo la tenía agarrada de las muñecas, pero realmente no tenía pruebas de que hubiera sucedido algo malo.

—¿Yo qué?— me reclamó Arnoldo enojado y se me acerco a centímetros de mi cara.

Vi como se llevaban a Rebeca algo mareada, pero ya no importaba me

había metido en problemas sin razón aparente.

Al otro día Arnoldo seguía molesto porque había golpeado y casi asfixiado a uno de sus sirvientes. Como castigo me había hecho ir al campo a cosechar papas, recordándome de donde había salido, siempre hacia eso cuando estaba enojado.

Estaba molesto arrancando papas de forma molesta, ya no me importaba si me azotaban luego por arruinar la cosecha, sentía mucha calor y tenía sed, ya hace mucho no hacia esto.

Una sombra me cubrió un momento y me ofreció una botella de agua fresca, cuando mire hacia arriba Rebeca Richieri me estaba mirando fijamente.

—¿Ya esta mejor?— le pregunte recibéndole el agua sin mirarla.

—Gracias a usted si— me dijo.

—¿Gracias a mí? Creí que solo estaba charlando con ese señor ayer— le aclaré, era el motivo de porque yo estaba aquí hoy.

—Ambos sabemos que no es así— me dijo ella cortante.

—Bueno pero su padre cree eso y aquí solo su opinión vale— le aclaré mirando el suelo concentrado en una papa.

—No por mucho ¡Levántate!— me ordeno con autoridad.

Yo me le quede mirando un momento y ella se fue a su auto.

—Vamos a ver a mi padre— me dijo antes de subir al coche.

Yo la seguí de forma obediente y en menos de diez minutos llegamos a la mansión.

Arnoldo estaba parado afuera hablando con unos guardias, su cara se transformo cuando me vio bajar del auto de su hija y yo deseaba que me tragara la tierra en ese instante.

—¡Padre!— dijo Rebeca con un tono firme que nunca había oído a nadie hablarle así a Arnoldo.

—¿Qué significa esto?— le pregunto este a su vez mirándome fijamente.

Yo me dedicaba a ver mis zapatos, estaba seguro que me quería comer

vivo en estos momentos.

—Eso mismo me pregunte yo esta mañana cuando me entere que mandaste al que protegió mi honra y buen nombre a cosechar papas— continuó Rebeca con firmeza.

—¿De qué estas hablando?— le pregunto Arnoldo confundido.

—El tipo de anoche intento abusar de mi, me colocó una sustancia en la bebida y luego me llevo a un lugar apartado, sino fuera por Nicolás hoy capaz que incluso hubieras estado en el velorio de tú hija— le explicó seria Rebeca.

2.16 Un niño armado

La cara de Arnoldo se transformo, parecía un demonio en pinta. Se giro a donde los guardias y grito furioso.

—¡Traigan a ese maldito aquí!— ambos guardias salieron corriendo.

En menos de diez minutos volvieron con el tipo de anoche a la rastra. Este no entendía nada pero cuando nos vio a los tres de inmediato entendió la situación.

—¡Maldito! Di tus ultimas palabras— dijo Arnoldo sacando su arma de la funda y apuntándole la cabeza.

—¿Señor? No entiendo que ha sucedido— dijo este haciéndose el desentendido.

—Crees que mi padre me tiene como a una niña cuya palabra no tiene valor alguna, pero te equívocas— le dijo Rebeca luego agarro el arma y sin pensarlo le dio un tiro en la pierna, se notaba que nunca había usado un arma pues perdió el equilibrio y cayó encima mío.

Yo la volví a poner en pie y ella de la pura ira que tenia quiso agarrar el arma devuelta, pero su padre la agarro de los brazos y la abrazo. Ella se aferro a él llorando de indignación.

—¡Ya sabes que hacer!— me dijo Arnoldo y yo asentí en silencio.

El tipo aun herido intento agarrar el arma que había dejado caer Rebeca al perder el equilibrio, pero yo se la patee y lo agarre del cuello de la remera, lo arrastre hasta el granero y lo até de los tobillos dejándolo colgado boca abajo.

—Morirás desangrado lentamente como el cerdo que eres— le susurré al

oído y le toque la herida de la rodilla.

El tiro se Rebeca no había sido más que un corte, pues había fallado con la puntería, pero era suficiente para que en un parte de horas el renacuajo muriera desangrado y en agonía.

—¡Déjenlo ahí y avísenme cuando se muera!— le ordene a los guardias y estos se pusieron firmes en su posición.

Llegue al despacho de Arnoldo y este ya estaba allí mirando al ventanal de la habitación de su hija.

—¿Ya lo hiciste?— me pregunto sin mirarme.

—Morirá lentamente como un cerdo desangrado— le dije aun parado en la puerta.

—¡Bien!— me respondió y se quedó un momento en silencio— Quiero que luego le muestres a todos el cadáver, así nadie se vuelve a atrever a hacer algo parecido— me dijo tajante.

—Cuenta con ello— le dije con una inclinación de respeto.

—Creo que te debo una disculpa— me dijo y esta vez si me miro— sino fuera por ti no se que hubiera sido de ella— finalizo.

—Hice lo que cualquiera hubiera hecho en mi lugar señor— le dije— Además, y disculpe mi atrevimiento, pero tiene una hija muy fuerte y valiente— le aclaré aun recordando como agarro el arma y disparo sin dudar ni un segundo.

—¡Lo sé! No es necesario que lo digas— me respondió y miro hacia la habitación de Rebeca— pero sigue siendo una niña que no conoce la maldad del mundo realmente— continuó.

Yo no dije nada y me dedique a mirar el suelo.

—Quiero que a partir de ahora seas su guardia personal— me anunció mirándome fijamente.

Yo levanté la cabeza sorprendido, no me esperaba eso.

—Eres bueno en artes marciales y uso de armas, ella estará segura contigo— me aclaró.

Yo asentí dudando, no sabia si era bueno cuidando a una niña y no me

agradaba mucho la idea de ser niño, pero no tenía más opciones.

Vi como el auto de Arnoldo se alejaba por el camino de tierra levantando una enorme peladera en ambos lados de la calle, tenía ganas de salir corriendo tras él, quería estar haciendo cualquier cosa menos ser el niño de una niña rica.

—Buenos días señor Nicolás— dijo una voz femenina detrás mío.

Me gire para ver sabiendo que sería ella y me quede alucinado con lo que veía.

Rebeca Richieri estaba bajando las escaleras principales de la casa. Usaba un capi de jean color azul oscuro que le llegaba a las rodillas, una camisa sin mangas de color blanca con volados del mismo color en el cuello, la tenía con dos botones sin abrochar dejando ver parte de su escote, pero no lo suficiente para verla de todo, tenía puesto lentes de sol y pintado los labios de rojo, su melena castaña, alocada por naturaleza yacía desparramada a ambos lados y se notaba que ni siquiera se había molestado en peinarla.

—Buenos días señorita Richieri— le dije con respeto, ya acostumbrado a las reglas de la casa.

Ella saco el auto del garaje y me hizo señas para que me subiera del lado del acompañante. Recién me estaba dando cuenta que ni siquiera Arnoldo manejaba su propio auto, normalmente un chofer lo hacía por él, excepto en ocasiones especiales como el aniversario del fallecimiento de la señora Rosanela, donde desaparecía todo el día.

—Puedo hacerle una pregunta atrevida— le dije llevado por la curiosidad.

—Hágala y yo decido luego— me respondió sin mirarme.

—¿Decide luego?— le pregunte confundido.

—Si le doy una cachetada o le respondo— me aclaró esta vez mirándome a los ojos.

Yo no pude evitar sonreír y la mire.

—No le faltaría el respeto nunca, la pregunta era si su padre no le molesta que usted conduzca sola— le dije más por curiosidad que otra cosa.

—Si le molesta o no ya no es mi problema, yo seguiré haciéndolo— me respondió cortante.

—Si me pregunta yo preferiría que usara chofer, porque mi vida depende de que usted vuelva cada día sin ningún rasguño a casa— le dije de forma sincera.

Sabia que Arnoldo me pegaría un tiro sin dudarle si le pasaba algo a su hija.

—No sé preocupé, se lo que hago— me respondió con la mirada atenta a la calle.

Llegamos a un edificio bien cuidado al que nunca había ido antes. No sabía que hacíamos ahí y todo este cambio me ponía nervioso, me hacía estar atento en todo momento.

Cuando entramos nos hicieron sentar en unos asientos acolchados y le dieron a Rebeca un cartel de madera con un número en medio, estábamos en una subasta. Bueno supongo que era normal para una mujer venir a estas cosas, debía acostumbrarme a ello.

Fue extraño cuando apareció el primer objeto a la venta. Un niño desnutrido de unos diez años o tal vez menos, tez oscura, atado de pies y manos, solo miraba al suelo.

Era una subasta de esclavos, aquí estaban personas desdichadas que habían perdido todo y no supieron pagar sus deudas, o gente de tez morena que había nacido sin derechos.

Rebeca gastó una suma de dinero que yo no lograba armar en mi cabeza y compró a diez de ellos, siete de tez oscura y tres de tez clara.

No entendía porque ella necesitaba esclavos, viviendo en una casa con tantos sirvientes.

Cuando salimos de allí, ella puso en fila a las diez personas escuálidas y las comenzó a mirar una a una, con esa mirada intensa que la caracterizaba.

—¿Qué dices Nicolás? ¿Qué hacemos con ellos para ayudarlos a ser libres?— me pregunto sorprendiéndome.

Arnoldo nunca me preguntaba que hacer, él solo daba las órdenes y yo las ejecutaba.

—Usted es su dueña señora, puede liberarlos cuando guste— le respondí.

—Si... A los tres de tez clara ya los libere— dijo entregando unos papeles

a ellos.

La cara de desconcierto y pronta felicidad de esas personas te daba años de vida.

—Pero a ellos me temo que si los liberó los cazadores de esclavos los volverán a atrapar— me dijo por los siete de tez oscura que aun yacían cabizbajo en fila.

—Creo que existen refugios para ellos— atine a decir, nunca había salido más allá de mi casa o el campo de Arnoldo.

Ella se ríó y me ordeno que la siguiera.

Subimos al auto y junto a una camioneta de Arnoldo que llego cuando salimos de allí, llevamos a los esclavos a una construcción que estaba a más de cincuenta kilómetros de cualquier punto urbano. Sin gente estaban seguros.

Los esclavos fueron liberados y luego Rebeca bajo de la camioneta cajas con medicamentos, comida y agua que le entrego al encargado del refugio.

—Gracias señorita Rebeca, Dios la guarde por su servicio— le dijo este con una confianza que denotaba que Rebeca hacia esto muy seguido.

Esa noche me acosté exhausto en mi cama, pero era un cansancio bueno y me agradaba tenerlo. Había ayudado a hacer una buena acción, sonreí en la oscuridad dándome cuenta que la señorita Richieri era muy diferente a cualquier mujer, incluso que su madre.

2.17 Encuentros furtivos

«Rebeca Richieri»

Cuando conocí a Nicolás creí que era uno más de los involucrados hombres de mi padre, que aun seguían creyendo que una mujer solo servía para ser la esclava de un hombre. Pero mientras más tiempo pasábamos juntos, más podía ver su excéntrica y llamativa forma de ser.

—¿Crees en el amor Nicolás?— le pregunte una tarde mientras paseábamos a caballo.

—Creo que existe pero es muy peligroso— me respondió sin dudarlo.

—¿Peligroso?— le pregunte con una sonrisa.

—Te inhibe los sentidos y te hace débil— me aclaró serio.

—¿Y no será que en realidad te deja ver una realidad que los demás no pueden ver y por eso te tachan de débil?— le pregunte.

—¿Como sería eso?— me pregunto curioso.

—Piénsalo un loco es alguien con capacidades excéntricas que a los demás le parece extraño y por eso lo califican de loco, un visionario se lo tacha de tonto porque puede ver más allá de su propia nariz, un enamorado se lo tacha de débil porque deja de preocuparse por si mismo y comienza a preocuparse por alguien más, hace todo lo contrario a lo que...— le intente explicar.

—... A lo que el mundo te dice que hagas— completo él mi frase y supe que lo había entendido.

Continuamos el camino en silencio, Nicolás parecía divagar en sus pensamientos y yo decidí dejarlo ser.

Al otro día acostumbrada a que él siempre me esperara en las escaleras principales de la casa, baje casi corriendo a buscarlo, me agradaba su compañía.

Pero para mi sorpresa él no estaba allí, mire hacia todos lados y no lo vi por ningún lado. Me fui al despacho de mi padre, hoy era domingo y como era costumbre de él se quedaba todo el día encerrado allí.

Golpeé la pesada puerta de roble y esperé.

—¿Si?— escuche la voz gruesa de mi padre del otro lado.

—Padre soy yo ¿Puedo pasar?— le pregunte.

Él tardó al menos unos segundos en responder, seguramente lo había desorientado pues yo nunca iba a su despacho.

—¡Adelante!— dijo finalmente.

Yo entre y me lo quede viendo un momento.

—¿Sabes donde está Nicolás? Suele siempre esperarme en la escalera principal de la mansión, pero hoy no estaba allí— le aclaré.

Él miro su calendario y luego su reloj de bolsillo.

—¡Es domingo! Hoy descansa, pero si necesitas salir puedo pedir a uno de

los guardias que te acompañe— me respondió.

—Ha, esta bien, no hay problema— le dije y me fui hacia la mansión.

Note la mirada de mi padre por la ventana, pero lo ignoré.

Me acerqué a la cocina donde sabía que encontraría a mi más fiel cómplice y me apoye en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

Carlos me miro con miedo, ya sabia que algo le pediría y no seria del agrado de mi padre si esté se enteraba.

—¿Señorita?— me recibió.

—¿Sabes donde pasa el tiempo Nicolás cuando no esta trabajando?— le fui directa.

Él pensó un momento con la mano en la boca y luego me miro.

—Solo suele estar en dos lugares, en su habitación en el fondo del terreno o en el campo, se suele subir a un árbol que se adueñó de allí y no vuelve hasta la noche— me respondió.

—¡Gracias!— le dije y no le di oportunidad de advertirme nada, sabía que lo intentaría y no planeaba escucharle.

Dude un momento antes de avanzar por ese lugar al cual nunca me había atrevido a ir. Era el conventillo de todos los sirvientes que trabajaban tanto en la casa como en el campo Richieri. Si mi padre me veía allí me castigaría por un mes.

Camine lentamente y a medida que avanzaba notaba como todos se quedaban en silencio y me miraban curiosos, era evidente que no encajaba en ese lugar, pues mi ropa extranjera, mi maquillaje y mi piel blanca y sin tostar por el sol me delataban.

Fui caminando por lo enormes pasillos llenos de casas una pegada a la otra, eran construcciones de ladrillos con techo de chapa sin pintar y piso de tierra. Llegue a lo que parecía un patio interno lleno de ropa colgada, una mesa de jardín desgastada por los años con varias sillas de fierro a juego. Había a una cocina de tamaño mediano donde estaban reunidas unas mujeres cocinando algo en enormes ollas de acero y una escalera que daba a unas habitaciones de la planta alta.

Un hombre salió de lo que parecía un baño de uso público y me miro al igual que los otros sorprendido.

—Disculpe... ¿Conoce a Nicolás Marshar?— le pregunte con cautela.

El hombre no dejaba de mirarme de arriba abajo y eso me hacia sentir incómoda, luego de un eterno minuto me apuntó con un diario arrugado y viejo las habitaciones de la planta alta del lado derecho de la escalera.

—Gracias— le dije y subí nuevamente con cautela las desgastadas escaleras que en sus mejores tiempos tenían azulejos de color naranja con diseño de flores marrones, ahora poco quedaba de los mismos y en su mayoría era cemento rudo al aire.

Al llegar a la planta alta y rogando encontrar a Nicolás aquí avance lentamente por el pasillo, las habitaciones eran del mismo material que las de la planta baja pero a diferencia de esas aquí no habían familias, sino hombres solos.

Me acerqué a uno que estaba fumando apoyado en la puerta de su habitación y le pregunte por Nicolás, luego de su evidente mirada de curiosidad sobre mi persona me apuntó la ultima habitación del pasillo.

Llegue esperanzada de que al fin lo pudiera encontrar y golpee la puerta.

Para mi decepción salió un hombre de rulos con ojos saltones en pijama o lo que parecía un pijama.

—¿Usted dirá?— me dijo sin prestarme mucha atención.

Algo que me pareció extraño ya que no hizo lo mismo que los demás.

—Estoy buscando a Nicolás— le aclaré.

—Ese anda en el campó, no le caigo bien y huye de su pobre compañero de cuarto— me dijo fingiendo tristeza.

Yo le agradecí y él me sonrió con una dentadura que a penas tenía tres dientes y con suerte.

Me fui casi corriendo de ese lugar al que no quería volver nunca más, no podía creer que alguien tan bien educado como Nicolás viviera en esas condiciones.

Me subí a mi caballo y me fui al árbol que había mencionado Carlos y yo sabia perfectamente donde quedaba, pues Nicolás ya me había llevado en otras ocasiones.

Cuando llegue lo encontré desparramado en su rama profundamente

dormido.

Sonreí sabiendo que por fin lo había encontrado.

—¡Nicolás!— le grite despertándolo.

Casi se cae del susto que le di y me quedó mirando atontado.

—¿Rebeca?— me pregunto desorientado.

—Te estuve buscando toda la mañana, creí que no querías verme— le reproche como niña caprichosa, lo cual me salía muy bien.

—No quería ofenderla, disculpe— me respondió.

—¡Soy buena actriz a que si!— le dije riendo y me subí al árbol.

Él me imito con una débil sonrisa y me ayudo a subir.

Nos quedamos toda la tarde solos, ahora entendía porque solía escaparse de la mansión, este lugar traía paz mental, sin ruido, sin gente molestado, solos.

2.18 El inicio de la tormenta

Nuestros encuentros en aquel árbol siguieron sucediendo.

Era extraño lo que sentía por Nicolás, me sentía alegre y completa cuando él estaba conmigo, pero al mismo tiempo sentía que estaba haciendo algo ilegal y rebelde. Y era un sentimiento que admito, se sentía muy bien.

Mirando el atardecer.

—¿Crees que haya otra vida después de está?— le pregunte recordando las viejas historias de Carlos sobre el más allá.

—¡Es posible!— me respondió él acomodándome un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Si es que existe un lugar más allá hay dos cosas que deseo...— le dije mirándolo a los ojos.

—¿Qué cosas?— me preguntó él curioso.

Nuestros rostros estaban muy cerca el uno del otro, era nuestro momento, solo nuestro.

—Conocer a mi madre y a tenerte a ti nuevamente— le respondí.

Él me acarició la mejilla con su dedo pulgar y me dio un dulce beso. Nunca un hombre me había besado, un nuevo sentimiento brotó en mi corazón, no sabía como describirle, pero sentía hundirme en un río de estrellas azules y renacer bajo una nueva luz. Fue el momento perfecto.

Cuando bajamos del árbol para volver a casa fue cuando escuche ese carraspeo tosco, ambos nos giramos y vimos a un hombre de estatura mediaba y ojos achinados, nos estaba mirando fijamente.

—¿Interrumpo algo?— preguntó mirando a Nicolás.

Al observar el rostro del aludido note que algo andaba muy mal y eso me hizo poner nerviosa.

—¿Qué sucede?— le pregunte.

—¿Qué haces aquí?— le pregunto Nicolás al recién llegado ignorando mi pregunta.

—¿Por qué no me respondes?— insistí aun más nerviosa.

—Estaba paseando por aquí, sentía curiosidad de porque venías tan seguido a estos lados tan inhóspitos, pero ahora entiendo porque eres de tanta confianza para el señor ¿Ahora eres su yerno?— eso me hizo mirar al hombre con sorpresa, que se suponía que estaba insinuando.

—¡No te metas en lo que no te incumbe!— le dijo Nicolás apretando los dientes, era señal de que se estaba poniendo nervioso y eso no estaba nada bien.

—¿Qué se supone que harás si lo hago?— le desafío ese hombre despreciable.

—Te cortare la lengua con mis propias manos— le advirtió Nicolás.

Yo me aferre a su brazo, nose porque tenía miedo del desenlace de esta situación.

—Eso suponiendo que vivas luego que el señor se entere de la noticia— dijo el desconocido y me apuntó a mi.

Si mi padre se enteraba de Nicolás realmente no sabia que esperar. Sería la primera vez que le llevaría un pretendiente y podría reaccionar de miles de formas, incluso las peores.

—¡Maldito!— grito Nicolás y fue tras él.

Pero el sirviente fue más rápido y se fue en su caballo hacia la mansión.

Nicolás se agarró la cabeza un momento para poder controlar su estado de ánimo. Yo me acerqué y aunque no era un buen consuelo lo abracé, lo que menos quería era que me alejaran de él y conociendo a mi padre sabía que podía existir esa posibilidad.

—No te preocupes Rebi, todo saldrá bien— me dijo Nick intentando consolarme mientras me abrazaba— Ahora ve a casa y date un baño yo le explicaré a tu padre— me dijo y me ayudó a subirme a mi caballo.

Yo estaba desorientada y solo hice lo que él me pidió, no sabía realmente que sucedería, pero de algo estaba segura, no dejaría que me separaran de Nicolás, aunque me tuviera que poner en contra de mi propio padre por ello.

«Nicolás Marshar»

Llegué a la mansión y me bajé como pude del caballo. Me sentía mareado y no lograba coordinar mi cuerpo del todo, se asomaba una tormenta de la que no sabía si saldría vivo.

Me dirigí al despacho de Arnoldo y golpeé la puerta.

—¡Adelante!— dijo su voz gruesa.

Al entrar estaba el canalla que nos había visto en el campo, seguramente le había contado ya toda su versión de la historia.

Arnoldo estaba serio y me dirigió una mirada que me caló los huesos en un segundo.

Le hizo señas de que se fuera y el mal nacido se fue regalándome una sonrisa con sus dientes amarillos.

—Señor, no sé que es lo que le han dicho, pero yo...— comencé a decirle, sentía la garganta seca y me dolía.

—¿Es cierto que te has reunido con mi hija a escondidas?— me interrumpió y se puso en pie.

Yo asentí lentamente y antes de poder explicarme le tenía encima mío, me agarró del cuello y comenzó a asfixiarme con fuerza.

—¿Como te atreves a siquiera mirar a mi hija con calentura? ¡MALDITO!—

me grito.

Yo intente liberarme pero él era más fuerte que yo.

—¡INI CREAS QUE ESTE RIDÍCULO CUENTO VA A SEGUIR!— continuó haciendo más presión en mi cuello—¡ERES UN MALDITO TRAJIDOR! ¡ABUSASTE DE MI BENEVOLENCIA!— no dejaba de gritarme y ahogarme. Cuando sentía que dejaría este mundo para siempre me soltó y caí al suelo, tosiendo y buscando aire con desesperación.

—¡Quiero que te alejes de ella!— me ordenó cortante.

—¡No puedo!— le respondí aun en el suelo masajeándome el cuello.

Él se giro y me miro con los ojos llenos de ira.

—¡Nos amamos! Y no podría hacerle eso— me volví a negar.

Él se me acercó y me agarro del pelo haciéndome apoyar la frente contra el suelo.

—¡NUNCA OLVIDES DE DONDE HAZ VENIDO BASURA! ¡JAMAS PERMITIRÉ QUE MI HIJA SE QUEDE CON UNA ESCORIA COMO TÚ!— me grito— Si no te quieres ir yo te obligare a hacerlo— me dijo tajante y me soltó.

Unos guardias me llevaron a la rastra y me dieron una buena paliza en el granero, luego me arrojaron en el patio del conventillo donde vivía.

Subí las escaleras como pude y me arrastre a mi habitación, cuando llegue golpee débilmente la puerta y mi compañero abrió.

—¡Nicolás!— grito y me ayudo a acostarme— ¡Señora Gertrudis! ¡Señora Gertrudis!— salió corriendo a buscar ayuda.

Yo perdí el conocimiento. Cuando volví en si, vi a la mujer con rostro arrugado que con concentración me curaba las heridas con vendas y ungüentos hechos por ella misma con yerbas medicinales, era lo más parecido al servicio de salud al que teníamos ascenso los títeres de Arnoldo.

—¡Dime que no es cierto lo de la señorita Rebeca!— me enfrentó mi compañero de habitación.

—¡No me importa morir por ella!— le aclaré.

—¡Pues hoy estuviste muy cerca!— me dijo señalándome con el mentón.

Yo cerré los ojos, me dolía todo el cuerpo y sabía que este era el principio de la tormenta.

Verni me cuidó toda la noche, siguiendo fielmente las indicaciones de la curandera.

«Arnoldo Richieri»

Estaba caminando de un lado a otro de mi despacho, no podía creer que hubiera sido tan estúpido para no ver a un oportunista como él.

Los guardias entraron a mi despacho y yo los mire de arriba abajo.

—¡Ya hemos cumplido sus órdenes!— me anunciaron al unísono.

—¡Muy bien! se pueden retirar— les ordene, necesitaba estar solo para poder pensar mejor las cosas.

—¿Como proseguimos señor? ¿Quiere que lo matemos?— me preguntaron de forma mecánica.

—No, aun le debo sus largos años de servicio— les aclaré.

Él al fin y al cabo me había servido con fidelidad durante estos largos años, protegió a mi mujer en cada una de sus batallas hasta el final. Y defendió a mi hija cuando yo mismo intenté asesinarla por ser la causa de la muerte de mi amor.

Le debía una vida, la de Rosanela y otra vida la de mi hija. Pero una falla más sería suficiente, mis deudas quedarían saldadas y otro sería el cantar.

—¡Llévenselo lejos de aquí!— les dije finalmente y ellos se fueron haciendo una reverencia de respeto.

2.19 Sin Nicolás y sin Rebeca

«Rebeca Richieri»

Al otro día un poco más recuperada de la situación de ayer, me fui a buscar a Nicolás, al no encontrarlo en ningún lado me fui al conventillo donde era mi última esperanza de encontrarlo. No era necesario que nadie me dijera nada para notar los climas tensos del lugar, llegue a la habitación de Nicolás y un hombre alto y delgado estaba sacando las sabanas ensangrentadas de Nicolás.

—¿Qué a sucedido?— por mi cabeza pasaba la peor escena de todas,

sabia que mi padre no era un santo ni mucho menos.

Él me miro sorprendido un momento y luego carraspeo.

—Señorita...— atino a decir mirando el suelo, aun con las sabanas en las manos.

Yo le agarre las sabanas con manchas de sangre y lo mire a los ojos.

—Nicolás está...— le comencé a preguntar.

Él negó varia veces con la cabeza.

—Ayer le dieron una golpiza los guardias y llego mal herido, junto con la señora Gertrudis lo curamos a medias, pero hoy temprano los guardias se lo llevaron...— me respondió.

—¿A donde se lo han llevado?— insistí con la mirada desorbitada.

Él se encogió de hombros y negó varias veces, sabia que entendía mejor que yo la situación, pero no era el tiempo ni lugar para aclarar nada. Me gire y me fui directamente a donde mi padre, ahora si me escucharía aunque lo tuviera que obligar a hacerlo.

Entre al despacho sin previo aviso azotando la puerta contra la pared.

Mi padre me quedo mirando con un abanó encendido, su rostro mostraba sorpresa pues nunca había entrado de esta manera a su refugio.

El metiche buchón del día anterior yacía sentado en uno de los sillones con el rostro aun más sorprendido que él de mi padre.

—¿En donde está?— le dije de forma directa.

—Esa no son formas de...— comenzó a decir él.

Yo estaba harta de que me quisiera obligar a ser lo que él creía que era correcto, lo mire fijamente a los ojos y arrojé las sabanas ensangrentadas en el suelo del despacho.

—¡YA BASTA! ENTIENDE DE UNA VEZ Y PARA SIEMPRE QUE NO, NO SOY UNA DAMISELA EN APUROS Y NUNCA LO SERÉ— le grite, sentía como el furor de las venas se hacia presenté.

—REBECA RICHERI NO TE PERMITO...— me levanto la voz él por primera vez.

—¿Qué cosa? ¿Ser quien soy acaso? pues te cuento una noticia. Llevo tú sangre en mis venas y llevo la sangre de mi madre Rosanela del valle Richieri, sino querías engendrar a una mujer como yo, entonces no te hubieras casado con mi madre— me acerque a centímetros de él para que me viera bien de cerca— Y aunque sepas como volver a la vida a mi madre soy la única hija que tendrás ¡PADRE!— sabia que le había herido mencionando la muerte de mi madre, pero con un hombre como él no había otra forma de que entendiera el dolor de ser alejado de un ser amado, sin provocarle el mismo dolor.

—No te permito que hables de Rosanela— me dijo tajante pero con la voz más baja, ya no tenia el tono autoritario de recién.

—Y yo no te permito separarme de Nicolás— le respondí y me fui golpeando la puerta nuevamente.

Nunca habíamos tenido una discusión tan atroz como esa, en parte su avallasante forma de ser era porque nunca nadie se le había enfrentado, pero conmigo seria diferente, yo también era una Richieri de sangre.

Entre en la mansión y me fui a mi habitación, sin tiempo que perder arme mi equipaje y me coloque la capelina de mi madre. Fui a donde Carlos y le entregue una nota escrita con mi puño letra.

—Se la darás a mi padre cuando venga está bien— le explique.

—Si señorita— dijo él mirando mi valija pero sin atreverse a preguntar donde iba.

Agarre mis cosas y me fui de la mansión, si él no aceptaba a Nicolás entonces no volvería a ver a su hija nunca más.

«Arnoldo Richieri»

Despache al inútil lame suelas del despacho y pateo las sabanas con la inmunda sangre de ese traidor.

Mis nervios estaban a flor de piel, no podía creer que mi propia sangre se rebelara de mi por un patético sentimiento de amor.

Lo peor de todo es que sabia que yo hubiera hecho lo mismo si intentaban separarme de Rosanela. Me agarre la cabeza y saque mi reloj de bolsillo, ahí guardaba la única foto que había conservado de ella, la acaricie un momento y después levante la cabeza serio.

¡No era tiempo de esto! Prefería que mi hija me odiara toda la vida a que

sufriera por amor toda su vida.

Fui a la mansión a dejarle mi decisión de forma clara, para mi sorpresa cuando llegue solo encontré a Carlos apoyado en el respaldo del sillón llorando como si fuera un niño pequeño.

—¿Qué ha sucedido?— le pregunte mirándolo, creo que nunca lo había visto así.

Él me extendió una nota con la mano temblorosa sin decir nada.

Al abrirla me di cuenta que era de Rebeca.

Padre, es hora de que entiendas que ya no soy la niña de tus ojos, soy una mujer con derechos y poder de decisión. Así que he decidido que si no aceptas a Nicolás en mi vida, no puedo vivir allí en ese lugar. Te saluda atentamente Rebeca Richieri.

Arrugue el papel en mis manos, como se atrevía a irse sin mi autorización.

Subí las escaleras de dos en dos, camine velozmente a su habitación y entre sin golpear.

Todas las cosas había sido removidas y en su lugar había un cuadro de Rosanela embarazada en la mesita de noche, no sabia desde cuando y donde había encontrado ese cuadro Rebeca, pero si sabia que era la prueba de que lo que decía era real, no volvería al menos de que fuera con ese bastardo.

«Rebeca Richieri»

Me reuní con Verni en el centro, así se llamaba el compañero de cuarto de Nicolás y junto a él apareció el buchón y quien había iniciado con todo eso.

Sabia que el dinero todo lo pagaba, le di unas cuantas monedas a unos matones para que golpearan al desgraciado que había provocado la desdicha de Nicolás y la herida de ausencia en mi corazón. Al igual que mi padre, yo no tenia piedad con los que me herían.

Luego junto a Verni nos pudimos en la tarea de buscar a Nicolás, sea donde sea que estuviera. Estábamos perdiendo la esperanza de encontrarlo cuando un hombre nos dijo que había visto como se llevaban a un chico parecido a las descripciones que nosotros le mencionábamos.

—¿Hacia donde?— le pregunte impaciente.

Él miro la mesa del bar donde estábamos un momento y luego me miro a mi, sabia lo que quería.

Arroje una bolsa con monedas en la misma y lo mire fijamente a los ojos.

—Llévanos a donde él y te daré dos bolsas más como está— le aclaré.

El hombre nos llevo a un descampado, yo estaba usando una capucha que me cubría todo de pies a cabeza, incluyendo mi rostro, tenia una pistola debajo de la ropa, una que Nicolás me había enseñado a usar en uno de esos muchos encuentros que habíamos tenido y que tanto extrañaba en estos momentos. Sabia que Verni igual estaba armado, pues junto a Nicolás ambos eran vigías en la mansión, así que entrenamiento y destreza no el faltaban.

Cuando llegamos un hombre medio moribundo yacía recostado en el suelo, solo lograba quejarse débilmente y estaba en posición fetal, tenia la ropa desgarrada y los cabellos ensangrentados, lo había vuelto a golpear cuando lo dejaron ahí.

Me acerque de forma rápida y lo di vuelta, definitivamente si era Nicolás, pero su rostro estaba hinchado y estaba cubierto de sangre, respiraba con sopor y no lograba moverse sin quejarse, dudaba que nos pudiera escuchar realmente, pero le susurré que todo saldría bien que ya estaba a salvó.

2.20 Cartas de amor

«Nicolás Marshar»

No sabia cuanto tiempo había estado tirado en ese suelo mohoso, me dolía cada centímetro de mi cuerpo y no lograba moverme. Podía notar como cada segundo de ese infierno me acercaba a la que ahora era la más ansiada muerte. Quería que todo acabará pronto.

Estaba en medio de mi delirio de dolor y sufrimiento cuando escuche una dulce voz, tal vez de un ángel, pues no lograba verle el rostro.

Me sostuvo con sus manos frescas y me susurro que ya todo estaría bien, que ya estaba a salvó.

Cuando abrí los ojos estaba en lo que parecía una habitación, me intente incorporar y un dolor punzante me detuvo, estaba completamente vendado de pies a cabeza. Mire a mi alrededor y no logre reconocer nada

de lo que allí había.

¿Dónde estoy? Se me cruzó por la cabeza pensar.

Se abrió la puerta y ya tenía miedo de saber quien entraba por allí, pues las últimas dos veces habían sido guardias que me golpearon hasta perder el conocimiento.

—¿Nicolás?— dijo la voz dulce de Rebeca, así que ella había sido mi ángel en mi sopor.

—¿Rebi?— pregunte incrédulo.

¿Qué hacía allí? Espera un segundo, si ella estaba aquí entonces significaba que...

La mire asustado, pero ella como adivinando mi pensamiento se me acercó y me acurrucó con sus brazos, dándome una paz inexplicable.

—No te preocupes, él ya no volverá a hacerte daño— me dijo firme.

Tarde casi dos semanas en recuperarme de las heridas, con ayuda de Rebi y Verni me subí al auto de la primera y nos fuimos al lugar que menos quería ir, pero debíamos enfrentar al demonio tarde o temprano.

Cuando el auto estaciono al frente de la mansión, todos salieron a vernos, incluyendo Arnoldo. Ya no sentía el mismo respeto por él, pero curiosamente tampoco le tenía miedo, esta experiencia cercana a la muerte me había hecho ver que ni siquiera él, un ser tan poderoso podía acabar con mi vida tan fácil.

Rebeca me ayudo a bajar del auto y Arnoldo al vernos juntos se giro y entro serio a la mansión, yo sabia que una nueva tormenta y esta vez eléctrica se asomaba. Si algo había aprendido de los muchos años que había trabajado bajo la sombra de Arnoldo, es que él nunca perdía ni daba el brazo a torcer, esta guerra recién empezaba.

Rebi me ayudo a sentarme en el sillón de la sala y luego se sentó a lado mío, ambos nos agarramos la mano, era lo único que nos daba seguridad a ambos.

Arnoldo se sentó al frente nuestro y los tres nos miramos fijamente en silencio por unos cuantos minutos.

—Así que haz vuelto— dijo Arnoldo.

—Eso depende de ti— le dijo Rebeca.

—El dinero no dura para siempre— dijo Arnoldo, haciendo alusión de que si Rebeca no volvía tarde o temprano el dinero se acabaría.

—¡Prefiero vivir sin dinero pero con Nicolás a mi lado!— le dijo Rebeca ofendida.

Yo le apreté la mano en señal de que no lo provocara aún más de lo que ya lo habíamos provocado.

—¡Nunca permitiré que mi sangre forme parte de la servidumbre!— le dijo tajante Arnoldo.

—Entonces esta en tú decisión lo que en mi futuro se depare— le aclaró Rebeca con una extraña tranquilidad que ni yo lograba reconocer.

Arnoldo se quedó en silencio y luego de un rato se levantó y se fue.

Nosotros dos nos quedamos viendo la puerta por donde se había ido el señor de esta casa.

—Bueno no ha sido tan malo después de todo— comenzó a decir Rebeca después de un suspiro.

Yo le había visto la cara a Arnoldo, era la misma cara que ponía cuando sellaba el destino de algún desdichado que había osado ponerse en su camino, nadie debía decirme que en su cabeza ya había tejido nuestro destino.

Le agarre las manos a Rebeca para que esta me pusiera atención.

—Rebi, es mejor que vuelvas a casa y yo me vaya a algún otro lado— le comencé a decir.

—¿Qué cosa?— me preguntó ella confundida.

Debía evitar que él le hiciera daño a ella, ya no me importaba si quería matarme a mi, pero no podía sobrevivir sabiendo que yo había provocado la muerte de quien más amaba.

—Debes hacerle caso a tú padre, él nunca me aceptara en su familia— le intente explicar de la mejor manera.

—Pues si no lo hace ¡Nos vamos!— me dijo ella seria.

Yo negué varias veces con la cabeza, ojala fuera tan sencillo.

—Yo conozco a tú padre... Y él... Él no nos dejara solos— le respondí.

—Yo también conozco a mi padre Nicolás, se que cometió errores graves contigo, pero ya no los volverá a hacer ¿Esta bien?— me respondió ella.

Yo estaba temblando, su mirada me había quedado grabada en la cabeza, sabia que nada bueno saldría al enfrentarnos a él ahora.

—Rebi, por todo el amor que me tienes ¡Debes alejarte de mi! — le dije desesperado.

—¿Acaso no me quieres Nicolás?— dijo ella con los ojos brillosos.

Yo negué varias veces.

—Te amo con locura, pero nuestro destino no es estar juntos— le dije y le di un beso apasionado.

Luego me aleje de ella y comencé a correr hacia los establos, escuche la voz de Rebeca detrás míollamándome, pero la única forma de mantenerla viva y segura a ella, era alejándome de aquí.

Agarre un caballo y me fui lo más rápido que pude, lejos de allí, para siempre.

«Rebeca Richieri»

—¡Nicolás!— le grite.

No entendía que le estaba sucediendo y sentía en mi corazón como algo me presionaba y me ardía.

Cuando me acerque al establo Nicolás salió con un caballo y yo caí al suelo intentando correrme. Lo vi irse así sin más y sin entender lo que sucedía en su cabeza.

Al otro día me quede sentada en mi cama sin comer ni beber nada, no podía solo aceptar la idea que él me había abandonado.

Mi padre vino varia veces a verme e intentar convencerme de que Nicolás se había ido y no volvería.

Pero yo me negué a escucharlo y lo hacia irse de mi habitación.

Así pasaron dos largas semanas de dolor y angustia, ese maldito vacío no se iba de mi corazón, no había forma de llenarlo con nada, Nicolás me

había arrancado una parte de mi y se había ido sin más.

Estaba acurrucada en un rincón de mi habitación cuando escuche que alguien golpeaba la puerta. Al no darle respuesta Carlos entro en la habitación y me dejo la bandeja de comida que sabia que no comería, me miro preocupado y sin decir nada se fue, sabia que no había forma de convencerme de comer, ya lo había intentado todos estos días.

Luego de lo que parecieron horas me levante y me fui a mi cama, ahí fue que note esa carta en la bandeja.

Por la letra desprolija y desordenada sabia que era de Nicolás.

Amor de mi alma, no podía permitir que ese oscuro ser te convenciera de mi falta de amor hacia ti, no te imaginas el infierno que e vivido sin ti a mi lado, estrella mía, amor mío. Pero ahora no podremos estar juntos, tan pronto como pueda defenderte con mi poder te iré a buscar y huiremos juntos. Con mi corazón en las manos me despido, Nicolás Marshar.

Las cartas seguían llegando cada lunes en la bandeja de mi desayuno, pero yo no podía responder, pues no existía ningún remitente al que hacerlo.

Aunque le preguntara a Carlos el no me decía nada de donde salían, simplemente me aclaraba que él las traía en la bandeja, porque allí aparecían las noches del domingo.

varias veces intentaba descubrir al mensajero, pero siempre que lo intentaba esperar, las cartas se atrasaban o no llegaban el día propuesto.

¡Ay! Nicolás no te imaginas cuanto te odio y amo al mismo tiempo.

2.21 ¿Infidelidad?

«Arnoldo Richieri»

Esa extraña paz que yacía en la mansión era por mucho sospechosa.

Conocía lo suficiente a mi sangre para saber que Rebeca no se conformaría con el simple hecho de que el cobarde de Nicolás hubiera huido luego de que ella lo ayudo.

—Vas a investigar cada paso que de Rebeca ¿Ok?— le dije cortante.

—¡Si señor!— me dijo mi nuevo lacayo.

No tardo mucho en venir con nuevas noticias.

—Parece que se escriben cartas cada lunes— me comento mostrándome unas cuantas hojas arrugadas que había encontrado en la basura.

Yo tenia la mirada fija en ellas, a simple vista parecían simples papeles arrugados y amarillentos, pero para mi representaba que mi propia herencia había decidido traicionarme por un don nadie sacado de la basura, eso me hacia hervir la sangre.

—¡Llama inmediatamente a Carlos y Rebeca aquí!— le dije con un grito.

El lacayo se fue casi corriendo hacia la mansión y en menos de diez minutos tenia a los conspiradores en frente mío.

Carlos yacía mirando el suelo agarrándose sus manos regordetas nervioso.

Rebeca me miraba a los ojos con resentimiento y molestia con una mano en su cintura, era evidente que compartíamos sangre sin dudarlo.

—¿Me pueden explicar que significa esto?— les pregunte tirando los papeles al suelo.

Carlos al observarlos abrió los ojos de forma desmesurada y comenzó a tartamudear.

—Señor... Yo... Yo... Ella... Ellos...— no logró coordinar una sola frase completa y Rebeca le toco el brazo para que haga silencio.

Perfecto seria ella entonces quien me explicaría su evidente traición.

—Son de Nicolás ¿Hay algún problema?— me dijo tajante.

—¿Si hay algún problema? ¡Por supuesto que lo hay!— le dije totalmente exaltado por su actitud irreverente.

—¿Cual?— me respondió.

Ahora resulta que no emitía más palabras, me acerque a ella mirándola a los ojos para que recordara quien mandaba en esta casa aún.

—Te advierto que no me provoques Rebeca, no sabes quien soy realmente— le advertí.

Ya no podía controlar mi furia con su actitud desobediente y caprichosa, ni ella que era mi hija iba a abusar de mi paciencia como quisiera ni yo me

iba a dejar pisar tan fácil.

—¿Qué harás? ¿Golpearme hasta medio matarme como lo hiciste con él? ¿Mandarme a matar como se que ya lo haz hecho en otras ocasiones?— me preguntó enfrentándome como nunca lo había hecho antes.

Yo la quede mirando incrédulo, hasta ahora creía que ella ignoraba todo ese mundo, me había esforzado para que eso fuera así.

—iDebería ser demasiado idiota para no saber que clase de padre tengo!— me aclaró y se fue del despacho así sin más.

Carlos la siguió casi corriendo.

—iRebeca ven aquí! iNo he terminando contigo!— le grite desde adentro, pero era inútil ya se había ido.

Me agarre la cabeza, sabia que todo se había ido de control y no tenia la menor idea de como volverlo a controlar.

Solo existía una opción que me golpeaba la cabeza y no quería aceptar.

Piénsalo sino lo hacemos tú hija terminara con ese bastardo. Insistió mi cabeza quien era en esos momentos mi peor enemigo.

No puedo hacerlo es mi hija. Insistí sentándome en mi sillón de cuero. Le prometí a su madre que la cuidaría.

Y es eso precisamente lo que estas haciendo, cuidándola de no arruinar su propio futuro. Me aclaro mi cabeza nuevamente.

Mi vasallo colocó el pequeño dispositivo encima de mi escritorio. Yo lo mire con resentimiento.

—¿Estas seguro que no la matara?— le pregunte sin mirarlo.

Tenia la mirada fija en esa cosa metálica de color rojo y gris.

—iSi señor! Solo causará daños menos en la rueda del auto haciendo que pierda el control, a lo sumo sufrirá heridas menores— me explicó el experto en bombas que tenia enfrente mío.

Yo asentí lentamente, no estaba seguro de hacer tal cosa, pero debía controlar a mi hija de lo contrario su inoportuna forma de ser la llevaría más temprano que tarde a la ruina irremediable.

El plan era sencillo, cite a Clara la hija de un banquero que había entrado en desdicha hace unos años al cual yo había ayudado a prosperar luego

de la caída, razón por la cual me debían su vida.

Clara se acercó con paciencia y dedicación a donde Rebeca, debíamos actuar de forma tranquila e inteligente, mi hija podía ser una chiquilla caprichosa pero al igual que su madre no tenía un solo pelo de tonta.

Con el tiempo Clara ganó la confianza de mi hija y me anunció donde estaba escondido el canalla que había embrujado a mi sangre de esa forma, ya para esto yo sabía perfectamente que hacer con él, pero primero debía ejecutar el plan de conversión de mi herencia.

Esa noche, una más de tormenta y oscuridad, envié a Clara a casa de Nicolás, él ya la conocía pues ahora ella era la mejor amiga de la que él creía era su prometida ¡Ridículo!

Mientras Clara iba ya sabiendo que hacer en todo momento, llame a Rebeca una vez más a mi despacho, sería la última vez que la llamaría por este asunto si todo salía de acuerdo al plan.

Me senté a esperarla con las manos en mi chaqueta para que no notara mi evidente temblor de nervios que tenía en las mismas, no es que estuviera acostumbrado a mentirle a mi propia hija.

Ella entró con su actitud altanera y desconfiada, era el clima perfecto que necesitaba que tuviera, de lo contrario el plan no funcionaría como debía ser.

—¿Qué quieres padre?— me interpeló impaciente.

La observe de arriba abajo, estaba usando un enterizo de jean con una remera de color amarillo de mandas cortas y unas zapatillas negras. Tenía el pelo atado en una cola alta. Era una réplica de mi querida Rosanela.

—Uno de mis sirvientes vio algo que creo deberías de saber...— comencé a narrar el discurso que había practicado por las últimas semanas, ya me lo sabía de memoria.

—¿Así? ¿Qué vio?— me preguntó ella desconfiada.

No lograba contener mi actitud serena, porque debía ser tan porfiada, si me hubiera hecho caso desde el principio, nunca debíamos haber llegado a este punto, espero que logres perdonarme hija mía por lo que haré, pues sabes que no lo hago más que por proteger tu propia vida de ti misma.

—Vieron a Clara entrar en la casa de Nicolás varias veces en este último tiempo— le fui directo y le mostré unas fotos que había sacado con

antelación.

Ella miro las fotos y luego a mi.

—¡Es verdad! Ella nos esta ayudando a organizar nuestra boda— me explico diciendo lo último con su mirada fija en mis ojos.

Sabia que me molestaba todo ese asunto de la supuesta boda.

Negué con la cabeza y le mostré una ultima foto.

—¡No creo que lo este ayudando mucho! O tal vez si...— le dije y observe su reacción.

Rebeca vio la foto donde Clara aparecía dormía completamente desnuda a lado de un Nicolás que estaba inconsciente por unos fármacos que había metido Clara en su bebida ese día. Todo eso era una escena, a simple vista parecía que ambos dormían desnudos en una misma cama y era justo lo que quería que mi hija creyera.

—¡Yo no puedo creer que allá llegado a tal punto!— me grito furiosa Rebeca tirándome la foto en la cara— Acusar de algo tan grave a Nicolás y herir a tú hija con malas intenciones— me escupió cada palabra en la cara.

—¡Yo no soy el que esta allí con Clara!— le aclaré ofendido.

—No se cual es tú plan pero te advierto que no funcionará padre— me grito ella.

—¿Ahora que se supone que esta haciendo Clara y Nicolás? ¿Te haz preguntado?— la interpele.

—¡Clara esta en su casa y Nicolás descansando!— me aclaró furiosa.

—¿Segura?— le volví a preguntar.

Ella me miro un momento y agarro su teléfono.

—¡Los llamare para que sepas que todo esto esta en tú mente retorcida!— me grito furiosa.

Yo observe como marco el numero que tanto ansiaba que llamara en esos momentos.

—¿Hola?— contesto Nicolás del otro lado de la línea.

—¿Quién es mi amor?— se escuchó la voz de Clara detrás.

—¿Qué?— se escuchó decir a Nicolás.

—¿Nicolás?— pregunto Rebeca confundida mirándome desconcertada.

Podía escuchar su palpitar frenético, podía preservar su nerviosismo y angustia.

Cerré los ojos y lance un suspiro, lo único que quería evitar era que mi hija sufriera por amor como yo había sufrido, pero ni siquiera había logrado esa simple tarea, me sentía patético.

—Vuelve a la cama amor— siguió el guion Clara.

—¿Qué? ¡No!— se escuchó la voz confundida de Nicolás.

Rebeca tiro el teléfono al suelo y salió de mi despacho.

En ese momento odie tener una hija tan obstinada.

2.22 La versión de Clara Luver

«Clara Luver»

Cuando Arnoldo me citó en su casa aquel día a través de mi padre, yo sabía que nada bueno podía salir de allí. Conocía muy bien al monstruo que se había alimentado de una deuda tan vieja como mi vida en este mundo. Arnoldo era sin duda la representación del mal en este mundo.

Un tal Marcus hombre alto y serio me llevo hasta donde la bestia sedienta de poder me esperaba.

—Buenos días Clara— me saludo con una falsa sonrisa al verme.

Yo deseaba estar en cualquier lugar menos allí, pero la deuda de mi familia para con Arnoldo era demasiado alta para negarme a su invitación.

—Buenos días señor Richieri— le saludo a mi vez con educación.

—Bueno sabrás que si estas aquí es por una cuestión en la que me debes ayudar ¡Y lo harás! ¿Verdad?— me fue directo.

Me hacia poner nerviosa sus miradas intensas y observadoras. Prácticamente me sentía desnuda delante de este hombre.

—Lo ayudaré en lo que pueda hacerlo— le aclaré.

Era raro que me llamara a mi para un trabajo, siempre solía llamar a mi padre para esos trabajos ilegales e injusto con cuentas de empresarios que habían osado meterse con el imperio Richieri.

—¡Así me gusta!— respondió mi interlocutor sonriendo y mirando a su lacayo Marcus quien a su vez sonrió a su señor.

La tarea era sencilla pero desconcertante, debía hacerme amiga de su hija, sin que esta supiera realmente que él me había mandado.

No entendía muy bien que es lo que lograría con esa amistad, pero yo no tenía porque saberlo, solo debía hacer mi trabajo y deshacerme de ese tipo al menos por un tiempo.

Rebeca no parecía una mala mujer, lejos estaba de ser la misma escoria de su padre, pero me temía que mientras más viviera bajo la sombra de este, más de su alma perdería, hasta ser una réplica exacta de él.

Sus actitudes y formas de ser eran las de su madre, a quien todos admiraban por desempeñar un papel de reina en unas tierras donde sencillamente una mujer solo servía para trapear pisos y cuidar niños.

Fue más difícil de lo que creí lograr la confianza de Rebeca, tarde menos completos en lograrlo, era una mujer que incluso llegaba a desconfiar de ella misma en ciertas ocasiones.

—Sabrás que tienes su confianza cuando te hable de Nicolás— fue la indicación de Arnoldo.

Dicho y hecho un día sin más me contó que estaba comprometida con un hombre, este se llamaba Nicolás Marshar, pero que su padre nunca le había aceptado.

—Pero dentro de dos meses no le quedara más opciones— me aclaró de forma inocente.

Planeaba casarse con ese tal Nicolás aunque su padre no quisiera que ella lo hiciera. Había dos cosas que debía destacar de esta mujer, tenía ovarios para enfrentar a un monstruo atroz como su padre sin miedo alguno y era demasiado tonta para creer que él no opondría resistencia a algo que no era de su agrado.

Ya sabiendo cual era la situación de Nicolás Marshar, fui entendiendo cual era el plan macabro de Arnoldo.

—¿Debo hacerlo?— le pregunte seria.

Era mi imagen la que quedaría manchada con ello.

—¿Es necesario que preguntes?— me preguntó a su vez él.

—Pues es mi imagen la que debo proteger— le aclaré yo molesta.

—¿Imagen? ¿Los endeudados tienen imagen?— me dijo riendo.

Mi cara profundamente ofendida y molesta le dijeron todo, yo me levante para irme, no formaría parte de esto así.

—¿A donde crees que vas? Todavía no te he dicho lo que harás— me detuvo él.

—¡No haré nada que me afecte a mi vida personal!— le dije tajante con la mano en el picaporte de la puerta.

—¡No te puedes negar a seguir mis órdenes! De lo contrario...— me advirtió.

Ya conocía ese cuento y estaba cansada de escucharlo una y otra vez, de mi padre y de él. Me gire para mirarlo a los ojos y que comprendiera mi cansancio con esta situación.

—¡Escúchame! Desde que tengo memoria me han carcomido la cabeza con una vieja deuda que yo no contraí, que yo no fui responsable, ¿Y sabe una cosa? ¡Ya estoy cansada! No haré nada que manche mi imagen y si lo prefiere mande a mi padre a ser el mejor amigo de su hija, pues es él quien le debe dinero a usted no yo— le respondí y me fui.

Para mi sorpresa nadie me detuvo al salir. Una semana después Arnoldo me volvió a llamar, dude un momento en ir a verlo pero en el último segundo decidí ir, ya había llegado hasta aquí, era medio tonto dar marcha atrás ahora.

—¡Yo me aseguraré de proteger tú imagen!— me aclaró Arnoldo serio y observando cada mínimo gesto mío.

—Siendo así dígame que debo hacer— le pregunte de forma directa.

Mientras menos estuviera con él mejor.

El plan era sencillo, debía conocer a Nicolás y entrar en confianza con la "Feliz pareja".

No me resulto tan difícil por el lado de Rebeca quien consideraba que yo era su mejor amiga. Pero Nicolás era un hueso duro de roer, él al igual que yo había trabajado años junto a Arnoldo y sabía tanto como mi persona que en este mundo hasta las piedras conspiran contra ti.

Fue difícil pero no imposible, no necesitaba tanto su confianza, solo debía acercarme a él para hacer dos trabajos. Fotos y supuesta infidelidad.

El día de las fotos, Arnoldo me preparó como si fuera una mujer callejera con experiencia, cuando ningún hombre me había tocado aún, pero era increíble como un par de ropa y un poco de maquillaje podían hacer su magia. La droga no la suministre yo en la bebida, las bebida y venían así y los tres nos dormimos lentamente. Nose que paso luego, solo se que desperté en casa en mi cama y con un sobre de dinero en mi cartera, eso significaba había hecho bien mi trabajó ese día.

Y luego vino la noche final del plan, o al menos eso creí yo ese día.

Estaba atormentando y me costo trabajo llegar a donde Nicolás.

¿Estas segura que estamos haciendo bien? Era la pregunta que mi cabeza me repetía constantemente desde que me había subido a mi auto ese día.

Creo que ellos se aman de verdad, insistió mi mente. Pues eso no es de mi incumbencia, solo sigo ordenes, me repetí a mi misma.

Baje del auto y respire hondo varias veces para calmar mis nervios, no tenia tanto tiempo para hacerlo así que debía apurarme.

Golpee la puerta y un Nicolás desorientado me atendió.

—¿Clara?— me preguntó.

—¿Rebi ya esta aquí?— le pregunté fingiendo inocencia y entrando en la casa.

—¿Rebi?— preguntó él desconcertado.

De lo único que debía cuidarme allí es de que Nicolás no me mate cuando descubriera todo, y yo sabia que había altas posibilidades de que lo hiciera, así que me quede cerca de la puerta por mi propia seguridad.

—¿Ella no te dijo que hoy nos juntaríamos para organizar algunas cosas de la boda?— le pregunté fingiendo confusión.

—¡No! Ella no me dijo nada— me aclaró entrecerrando los ojos.

Ya había comenzado a sospechar, yo rogaba que sonara ese maldito teléfono de un vez por todas, ya no me quedaba diálogo en el guion.

El teléfono sonó y Nicolás lo dejó así un momento mientras me observaba detenidamente.

—¿No vas a atender?— le pregunté controlando lo mejor que podía mis nervios.

Él descolgó el teléfono sin dejar de mirarme.

—¿Hola?— preguntó a su interlocutor quien yo sabía que era Rebi.

Era hora de actuar, resople un momento y dije mi parte del guion.

—¿Quien es mi amor?— lo dije fuerte y sonoro así me aseguraba que Rebeca escuchara del otro lado de la línea.

Nicolás me miro furioso y estaba segura que y había comprendido todo en ese instante, me iba a matar eso era seguro.

Comencé a caminar hacia atrás cuando escuche su pregunta.

—¿Qué?— lo preguntó más por la situación que a mi.

—¡Vuelve a la cama mi amor!— termine de decir y corrí hacia afuera de la casa antes de ser asesinada por Nicolás.

Sabía perfectamente que Nicolás era aun más peligroso que Arnoldo, pues había sido quien se había encargado de mancharse las manos de sangre por éste en los últimos veinte tantos años de servicio.

—¿Qué? ¡No!— escuche decir a Nicolás detrás mío.

Me subí al auto y vi como Nicolás salió a buscarme a la entrada. Arranque el auto y me fui sin dudarlo, estaba agitada y sudada, de inmediato comprendí que me había metido en un problema del que no saldría tan fácilmente.

2.23 La versión de Nicolás

«Nicolás Marshar»

Cuando decidí irme del lado de Rebeca sólo una cosa pasaba por mi cabeza, debía protegerla.

La mirada de Arnoldo ese día me había dado a entender que si no me sometía a su voluntad, él solucionaría las cosas de la única forma que

sabia hacerlo. Yo sabia perfectamente como Arnoldo solucionaba sus problemas, había trabajado durante años bajo su sombra y había visto muchas cosas que otros ni siquiera se imaginaban.

Al volver a mi casa materna me entere que mi padre había fallecido ya hace unos años y que quien sostenía a la familia era mi hermano mayor.

—¿Qué haces aquí?— me enfrento molesto.

—Vengo a ver a mi madre— le respondí tajante.

—Sabes que es peligroso que estés aquí, ellos te buscan— me aclaró mirando hacia la casa.

—Lo se, pero al menos déjame verla una ultima vez— le imploro.

Él hizo una mueca y luego se hizo a un lado.

Al entrar una mujer avejentada me recibió con una sonrisa, los años de campo le habían cobrado factura y ahora yacía en esa cama postrada sin poder moverse.

—¡Madre!— le dije agarrándole sus arrugadas manos.

Su olor a jazmín y menta y su sonrisa maternal eran todo lo que había deseado en los últimos veinte años.

—Al fin hijo mío ¡Haz vuelto!— me respondió con una débil sonrisa— Nunca perdí la esperanza de que volvieras— continuo y me abrazó.

Me quede en su regazo minutos, quizás horas, no lo supe realmente.

Una vez que se durmió me fui, no sin antes darle un beso en la frente, sabia que no la volvería a ver nunca más, si volvía Arnoldo la descubriría y sin dudarlo la usaría en mi contra.

Le deje dinero de los ahorros de toda mi vida a mi hermano y me fui para no volver nunca más.

Así pasaron los meses, me escondía e intentaba no llamar la atención de nadie más de la cuenta, los hombres de Arnoldo estaban desperdigados por todos lados para buscarme y llevarme vivo o muerto a donde su amo.

Sentía que mi corazón desfallecía cada día sin ella, la única que lograba alimentar mi alma, mi ser, mi todo.

Eres la flor más bella en medio de este desierto mi querida Rebi.

Eres una mística belleza en este mundo de horrible existencia.

Te amo amada mía, te extraño querida mía.

Ya en la cúspide de mi decadencia no resistí más, le envíe una carta contándole sobre mi desfallecer continuo sin ella, a estas alturas ya no tenía esperanzas de que me siguiera amando, seguramente Arnoldo la había convencido de que yo la había abandonado y no volvería por ella jamás.

Verni mi fiel amigo fue nuestro mensajero en esas ilegales noches de letras a distancia. Para mi sorpresa un día me entrego una carta de ella.

“Mi querido Nicolás, el amor de mi vida el todo de mi mundo, mi corazón desfallece y mis pulmones sin aire quedan al no sentirte cerca mío ¿Sera que algún día pueda verte nuevamente? Siempre tuya Rebi”

Dormí con esa única carta entre mis brazos. Ese fue el error punzante que el demonio uso en nuestra contra.

Arnoldo espero paciente, pues aunque no quisiera hablar de amor lo entendía a la perfección, Rosanela era su Rebi. Sabia que los dos tórtolos enamorados se volverían a encontrar y como perro sabueso, paciente y perspicaz espero su momento.

El día que conocí a Clara supe de inmediato que ella no estaba ahí por pura casualidad, sus formas de ser eran típicas de un títere.

Espere atento a sus movimientos, cosa rara fue que no me vinieran a buscar en cuanto supieron mi ubicación, pero ese suspenso me helaba la sangre, si el demonio ya no me quería a mi, entonces ¿A quién?

No sabia cual era su plan, pero protegería a mi reina con mi vida si fuera necesario, hasta que la ultima gota de sangre cayera de mis venas.

Esa maldita noche donde Clara apareció en mi casa, no pude detenerla, todo fue tan rápido. Había destruido al amor de mi vida con dos simples frases.

Salí corriendo detrás de Clara, tenia ganas de asesinarla con mis propias manos, pero algo hizo clic en mi cabeza en ese momento. Esto recién empezaba.

Salí corriendo al teléfono, debía calmar a Rebi, en su estado cualquier

cosa era posible.

«Rebeca Richieri»

El teléfono se soltó de mis manos y comencé a caminar hacia atrás.

Mire a mi padre buscando una explicación sobre todo ello, sabía que él tenía algo que ver, pero no sabía en que.

Me fui desorientada hacia la mansión, mi corazón palpitaba furioso, me ardía la sangre, me dolía el alma.

Agarre la llave del auto y me subí sin pensarlo, Nicolás me debía explicaciones y se las pediría ahora mismo.

El cielo sonó y se desató la tormenta, la ruta estaba oscura, solo la luz de los relámpagos alumbraban la vasta penumbra de la noche.

Sonó un teléfono en el auto, me distraje para buscarlo y encontré en el Boucher del mismo el teléfono que le había dado a Nicolás hace un tiempo.

Atendí sabiendo que era él.

—¿Qué quieres?— le dije directa.

—Por favor Rebi escúchame...— me imploró él del otro lado de la línea.

Los limpia parabrisas cumplían su función en un intento desesperado por evitar que el vidrio se mojara.

—¡Te estoy escuchando!— le conteste tajante.

—No se que alcanzaste a oír... Pero... Ella dijo que tú la habías mandado...— me intento explicar agitado.

Encendí las luces altas del auto, la ruta se hacia cada vez más oscura y me costaba trabajo maniobrar el auto, la calle estaba demasiado húmeda.

—¿Por qué mandarías a Clara a esta hora a tú casa Nicolás?— le pedí explicaciones.

Sus palabras no eran continuas, carecían de coherencia.

—No lo se, no se que planea él con esto...— me dijo nervioso.

—Estoy cansada de tus sospechas paranoicas para con mi padre— le grite alterada.

Un camión me toco bocina, yo hice caso omiso a su aviso.

—Rebi...— me llamo.

—¿Qué?— le pregunté cortante.

—¿Donde estas?— me preguntó desconcertándome.

—En la ruta ¿Por qué?— le respondí.

—¡No! ¡Vuelve! ¡Ni vengas! ¡Te harás daño! ¡Vuelve!— me comenzó a insistir alterado.

—Tú y yo vamos a hablar Nicolás, así que no creas que te vas a librar de esto— le aclare furiosa.

No evitaría enfrentarme por más tormenta que hubiera.

—¡No Rebi! Por favor vuelve... Por favor...— fue lo último que escuche de él.

Luego una explosión sonó en la parte de atrás del auto.

Vi una llamarada de fuego, lo siguiente, fue oscuridad.

2.24 Dolor y venganza

«Nicolás Marshar»

—¡No Rebi! Por favor vuelve... Por favor...— fue lo último que le dije.

Luego escuche una horrible explosión de fondo y se perdió la llamada.

Todo paso por mi cabeza en ese momento.

¿Accidente?

¿Choque?

¿Muerte?

Me agarre la cabeza, no la había sabido proteger. Había dejado que el monstruo acabara con ella.

Mi reina, mi bella, mi mundo. La había perdido.

Quería correr pero mis piernas no respondían, quería gritar pero mi boca ya no funcionaba, quería pedir ayuda, por favor... Alguien... Ayúdela... Por favor... Sálvenga...

«Rebeca Richieri»

Este es un llamado de emergencia del sistema 911, mujer mal herida con aparente ataque cardíaco, necesitábamos asistencia en el área de inmediato.

—¿Hola? ¿Me escuchas?— escuche una voz masculina hablarme a la distancia.

—¿Como te llamas nena?— me preguntó y una luz blanca me encegueció.

Intente hablar pero no logre hacerlo, un liquido salado y acuoso salió de mi boca.

Sentía mi corazón palpar lento y luego rápido, muy rápido, demasiado rápido.

Luego una oscuridad me envolvió nuevamente.

«Nicolás Marshar»

Entre a la clínica, sentía mis piernas flácidas, como gelatina.

Camine lentamente por el pasillo, la gente me miraba, seguramente mi estado desarreglado llamaba la atención.

A mi lo único que me importaba era saber que ella estaba bien, solo quería saber que ella seguía con vida.

Llegue a la ventanilla de observación. Mi querida Rebi estaba conectada a varias máquinas, había tenido dos paros cardíacos en menos de una hora, uno en la ruta y otro cuando llego a la guardia.

Apoye mi mano temblorosa en el cristal, las lágrimas corrían por mis mejillas, dicen que cuando un hombre llora es porque realmente siente dolor.

Como pude y con mis escasas fuerzas que aun conservaba entre en la habitación, me acerque a ella y sin resistir más me arrojé encima de su cuerpo inmóvil.

Llore como si de un niño me tratará, me aferre a sus manos, imploraba que abriera sus ojos, que me dijera que me amaba, que me regalara solo una sonrisa más, esa sonrisa tan hermosa que ella tenía.

Cuatro manos pesadas me agarraron de los brazos y me arrastraron afuera de la habitación, yo gritaba con desesperación.

—¡No! ¡Déjenme con ella! ¡No me alejen de ella! ¡No!— estiraba mis brazos, hacia fuerza con mis pies, no quería que me alejaran de Rebi.

—Debes ser muy idiota para venir luego de todo lo que hiciste— me dijo esa horrible voz que tantas pesadillas me había causado este último tiempo.

Yo tenía la cabeza colgando hacia el suelo, lo que hace un rato parecía debilidad ahora poco a poco se convertía en un nuevo ímpetu de fuerza, fuerza que se alimentaba del odio y deseo de venganza por ella.

—¡Maldito! ¿Como se atrevió a hacerle eso a su hija?— le grite intentando soltarme del agarre de sus hombres sin éxito.

—Bien haz dicho ¡Ella es mi hija! Y hago con ella lo que se me cante la regalada gana ¡Idiota!— me escupió en la cara.

—¡Te mataré! ¡Lo haré con mis propias manos! ¡Maldito!— le grite e intente golpearlo.

Pero los hombres me detuvieron.

—¿Así? ¡Quiero ver que lo intentes!— me provocó.

Luego chisteo los dedos y los hombres me soltaron. Yo me tire encima de él pero mi cuerpo estaba débil por el shock emocional de hace un rato y él me empujó tirándome al suelo.

—¡Ridículo! Llévense a esta basura podrida de mi vista, ya saben que hacer con él— dio las órdenes como siempre.

Me deje arrastrar por el pasillo sin siquiera intentar defenderme.

Ya no me importaba lo que hicieran conmigo, ya había perdido al amor de mi vida allí.

Me encapucharon, ataron y amordazaron, me metieron en un auto y condujeron. Yo me deje manipular en todo momento, solo podía pensar en Rebi postrada en esa camilla de hospital.

Me bajaron con brusquedad, ni un quejido salió de mi boca, me sacaron la capucha.

Toda mi familia, desde mi madre hasta el menor de mis hermanos estaba arrodillados delante mío, uno a uno les dispararon en la cabeza.

Mi sangre hervía al ver el cuerpo de mi madre caer sin vida en esa tierra reseca. Pero ya no tenía la fuerza para seguir llorando, o siquiera gritar.

Había entrado en una profunda agonía donde el dolor y la angustia danzaban un baile interminable y cruel.

Me arrastraron nuevamente al auto, escuche las ruedas chirrián en esa oscura noche de tormenta por la acera mojada. El auto freno y me bajaron, alcance a distinguir una fila de barrotes de hierro negro, estábamos en un puente, sabía que es lo que eso significaba.

¿Cual era la mejor manera de deshacerse de un cuerpo sin vida?

Pues tirándolo por un acantilado, luego la naturaleza haría lo suyo.

Me colocaron de rodilla delante del puente y me apuntaron con el arma en la cabeza.

Para ese momento yo solo podía pensar en una cosa, Rebi.

Solo sentía una sensación, dolor.

Podía solo pensar en una cosa, venganza.

Apreté los puños y cerré los ojos, al sentir el seguro del arma desbloquearse me levante en un rápido movimiento, de esos que Jonathan me había enseñado en las largas tardes de entrenamiento físico cuando era un niño. Rápidamente desarme a mi contrincante y apunte a los otros dos que tenía a mis lados.

Sin dudar dispare al hombre desarmado y cuando los otros se distrajeron me tire por el puente hacia el río Atuel.

Ese río que me había visto nacer, que me había visto convertirme en esto que era ahora y que ahora observaba silencioso mi muerte temprana.

Al caer al agua turbulenta y tibia por la temperatura invernal de la Pampa Argentina que no bajaba de veinte grados, sentí los disparos desesperados de aquellos que sabían que habían fracasado su misión, ese ya era motivo suficiente para su muerte próxima.

Me concentre en contener la respiración debajo del agua, pues si salía a la superficie era blanco fácil y allí me quede hasta perder el conocimiento por falta de oxígeno.

«Arnoldo Richieri»

Estaba observando por la ventanilla de la habitación, mi única hija yacía acostada inconsciente en esa camilla de hospital.

Aunque sabía que yo había provocado todo ello, tenía bien claro que mis motivos siempre habían sido los mismos.

Era capaz de cualquier cosa por evitar que lo único que aun conservaba de Rosanela no sufriera la maldita enfermedad del amor.

Las heridas superficiales del accidente podían curarse con el tiempo, pero las heridas del corazón no bastaban una vida para cerrar.

No podía evitar pensar ¿Hasta que punto estábamos dispuestos a llegar por mantener una decisión?

Pues yo ya sabía hasta que punto había tenido que llegar yo, rompiendo incluso la última palabra que le había hecho a mi amada esposa.

Marcus mi nuevo títere se me acercó en silencio y me susurró al oído.

—No está muerto— esas simples palabras lograron hacerme salir de mi trance.

Lo mire confundido y me aleje con él por el pasillo.

—Parece que lo llevaron al puente donde debían ejecutarlo y logro escapar— me aclaro nervioso mi lacayo.

Yo incline la cabeza hacia abajo y luego lo agarre del cuello golpeándolo contra la pared de la clínica.

—¿Como se supone que lo dejaron irse vivo? ¿Acaso no sabes que Nicolás vivo es capaz de cualquier cosa?— le grité.

Mi cabeza no dejaba de mostrarme todas las posibilidades de este situación.

Nicolás volviendo y matándonos a todo.

Sin duda era mucho mas peligroso ahora, porque a diferencia de cualquiera de nosotros, Nicolás Marshar ya no tenía nada que perder, incluso estaba seguro que ni siquiera tenía el menor interés en conservar

su propia vida en estos momentos.

Una persona como él, era capaz de todo con tal de cumplir su último deseo y aquello que lo hacía seguir respirando, venganza.

2.25 Todo lo que amo cae en desgracia

«Rebeca Richieri»

Me sentía flotar, estaba recostada en una especie de nube.

¿Dónde estoy?

A mi alrededor no había nadie, solo un inmenso vacío y yo.

—¡REBI! NO, DEJENME CON ELLA, NO ME ALEJEN—

Esa voz me sonaba conocida.

¿Nicolás? ¿Dónde estas?

Mire hacia todos lados, nada, no había nadie allí, solo yo.

—Doctor ¿Mi hija perderá la memoria?—

¿Padre? ¿Por qué preguntas eso? ¿Dónde éstas? ¿Dónde estoy yo?

Por más que preguntara parecía que nadie lograba escucharme, estaba encerrada en ese vacío sentenciada a ser ignorada para siempre.

—No para nada, tendrá lagunas propias del shock emocional pos accidente pero luego se ira recuperando.

¿Accidente?

Una luz brillante, ruido fuerte, la voz de Nicolás rogándome que volviera a casa, ruido de frenos, acera mojada.

—Creo que no me entendió doctor ¡Ella perderá la memoria!— escuche a mi padre insistir.

Ese tono lo conocía, era el que ponía cuando quería que algo se hiciera tal cual lo ordenaba él.

¡No padre! ¿Por qué quieres que pierda la memoria?

¡Padre! ¡No lo hagas!

—Podríamos inyectar una solución que hará que las lagunas se vuelvan permanentes, pero debo advertirle que si ella tiene un nuevo shock emocional esas lagunas podrían romperse y ella recordaría todo nuevamente— explicó el médico.

¡No! ¡No lo hagan!

Sentí un pinchazo muy doloroso en la cabeza y caí de rodillas.

¡No! ¿Qué hacen? ¡Nicolás sálvame!

Un nuevo pinchazo punzante me hizo agarrarme la cabeza con desesperación.

¡No! ¡Nico no lo permitas!

Nico... Nic... Ni...

¿Quién soy?

¿Qué hago acá?

¿Qué me paso?

¡Tengo miedo!

Abrí los ojos, estaba en una habitación completamente blanca.

Arrastre mis manos con delicadeza por las sábanas de lo que parecía una cama. Intente pararme pero unas mangueras me lo impidieron.

Un chillido comenzó a sonar, me molestaba, me hacía dolor los oídos.

Unos enfermeros entraron corriendo y me sostuvieron mientras controlaban las máquinas que al parecer estaban conectadas a mí.

—Tranquila, todo está bien, no te preocupes— me decía un enfermero con la voz calmada.

Yo miraba con desesperación a todos los presentes ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía allí?

Luego de un rato me desconectaron varias máquinas y me dijeron que esperara al médico.

Me senté en la camilla con ayuda de un enfermero pues no sentía las piernas y espere.

—Buenos días hermosa— dijo un hombre vestido de medico sonriente.

Lo mire de arriba abajo sin responder.

—¿Sabes como te llamas?— me preguntó aun sonriendo.

Intente recordarlo pero algo en mi cabeza me lo impedía, era como una especie de nube negra que me bloqueaba y no podía pensar.

Me toque la cabeza y sentí una cicatriz, corrí la mano de inmediata y mire al medico asustada.

—Tranquila, con el tiempo sanara, tuvimos que hacerte una cirugía allí— me aclaró él con voz pausada.

Según él me llamaba Rebeca Richieri, hija de alguien llamado Arnoldo Richieri, vivía con él en la pampa argentina donde había nacido y era hija única.

Un hombre entro a la sala y me quedo mirando fijo desde la puerta.

Yo lo imite y por un momento ambos nos miramos sin decir nada.

—¿Rebeca?— me preguntó.

—Eso dicen— le aclaré dando alusión de que no lograba recordarlo.

Él sonrió y se me acerco, me agarro las manos y me dio un beso en la frente.

—¡Claro que eres mi Rebeca!— dijo con ternura.

Yo lo quede mirando y recordé lo de mi supuesto padre.

—¿Padre?— le pregunté dudando.

—¿No me recuerdas?— me dijo Sorprendido.

Yo negué con la cabeza y él hizo un mueca de disgusto.

—Lo siento...— intente disculparme, tampoco quería haberlo olvidado.

—No es tú culpa mi niña— me dijo acariciando mi cabello enmarañado.

«Arnoldo Richieri»

—Debía olvidarse del traidor ¡No de mi!— le grite golpeando el escritorio.

—Lo siento señor Richieri, la mente humana es impenetrable, no podemos controlar lo que ella va a recordar o no, la dosis fue suficiente para hacerla olvidar todo su pasado, luego deberá hacer ejercicio para recordar lo que usted quiera que ellos recuerde— me explico el medico asustado.

—¿Ejercicio?— le pregunté confundido.

—Muéstrole fotos de su infancia, de usted, de la casa, o vídeos si tiene, momentos importantes de su vida, pero recuerde que la mente humana decide que recordar por si solo, sino quiere que recuerde al tal Nicolás Marshar debe evitar todo aquello que se pueda asociar a él— me aclaro el medico serio y concentrado en su explicación.

Yo suspire, había entendido que esto no seria un trabajo fácil.

Rebeca poco a poco fue recordando los recuerdos que yo personalmente elegí que ella recordará, siempre evitando a Nicolás.

«Rebeca Richieri»

Me mire mis piernas, no podían simplemente quedar así.

Me quite la manta que me cubría y me senté con dificultad, respire hondo y me levante con cuidado.

Un hormiguelo me recorrió las piernas, di varios pasos sin sentir las realmente y caí al suelo.

«Arnoldo Richieri»

Estaba dando las órdenes a Carlos para el cuidado de Rebeca cuando escuche su grito ensordecedor desde su habitación.

Corrí escaleras arriba, subiendo los escalones de dos en dos y en menos de diez segundos me encontraba en su habitación.

Rebeca yacía en el suelo sentada con la cabeza inclinada sobre su pecho.

—¡Hija!— me acerque a ella y comencé a revisarla preocupado.

Ella se dejó manipular como si fuera una muñeca sin vida, en ningún momento levantó la cabeza.

—Mi niña ¿Qué sucede? ¿Como haz llegado aquí?— le pregunté confundido.

En defecto ella no podía mover las piernas por las cirugías de reconstrucción que había tenido, no entendía como había sido capaz de levantarse y caminar hasta la mitad de la habitación sola.

—Lo he intentado...— me susurró.

—¿Intentando qué?— le pregunté.

Ella me miro con sus ojos llenos de lágrimas.

—¡Quiero caminar! Me siento una inútil ¡PAPÁ!— me dijo y rompió en llanto aferrándose a mi pecho.

Yo le acaricie la mano tembloroso, a diferencia de lo que seguramente todos creen yo no estaba feliz con esto, a menudo me preguntaba si lo que había hecho para proteger a mi hija de la enfermedad del amor ¿Había sido lo correcto?

No podía verla herida y sufriendo, llorando con desesperación o gritando en plena noche porque ni siquiera recordaba quien era.

Me sentía muerto por dentro.

¿Por qué todo lo que amaba se moría o resultaba herido?

Acaso yo no estaba destinado a amar a nadie.

Ame con locura a Rosanela y el destino me obligo a verla morir lenta y dolorosamente.

Amo con locura a mi única hija y por evitar que sufriera el maldito amor que todo lo destruye, la lastimé y arruine su vida para siempre.

Ya no podía seguir en esto.

Cuando Rebeca se durmió nuevamente, me fui a mi despacho.

Caminaba de un lado a otro sin control.

No es una salida muy honorable ¿No crees? Me aclaro mi cabeza.

Más bien parece la salida de un cobarde me volví a decir.

Si seguía a lado de Rebeca le seguiría haciendo daño y es justo lo que

quería evitar.

Debía alejarme de ella porque yo sencillamente era la desgracia en la vida de quien amaba, solo lejos de ella podía evitar hacerle daño.

—¿Fingiré morir?— me preguntó confundido Marcus.

—Es por su propio bien— le dije sin darle mayor información.

—Permítame refutar, el bien de Rebeca es usted señor— me dijo él.

—¡No te lo permito!— le dije y él solo me miro para luego agachar la cabeza sin decir nada.

—La cuidarás Marcus— le aclare mirándolo fijamente.

Él levantó la cabeza y se puso firme con su fusil.

—¡Si señor!— me dijo.

—Si a ella llegara a pasarle algo, o Nicolás volviera, te arrastraré al infierno conmigo ¿Entendido?— le dije.

Él trago saliva y asintió sin decir nada.

Y así se hizo, tuve un funeral y Rebeca heredo toda mi fortuna, suficiente para que viviera cómoda y feliz el resto de su vida.

Me aseguré de que se alejara de esas tierras donde el dolor y la desgracia habían hecho de las suyas y con el dolor de mi alma, si es que aún tenía una, me aleje de una vez para siempre de mi única hija.

2.26 El mundo enemigo del amor

«Rebeca Richieri»

Empaque mis cosas y me fui al aeropuerto, era hora de afrontar la realidad donde vivía.

Al llegar a la gran ciudad, Marcus estaba esperándome en la platea con una sonrisa.

Antes hubiera visto esa sonrisa como la de un fiel amigo, pero ahora solo podía verlo como un traidor y mentiroso.

Pase por su lado ignorándole con mi cara de no te acerques y me fui al

auto. Me senté en el asiento del acompañante.

—¡Conduce!— le dije tajante.

Él se sentó en silencio en el volante y me miro.

—¿A donde?— me preguntó.

—¡Al imperio Marshar!— había muchas cosas de que hablar con Nicolás.

Durante el camino miraba con recelo el volante del auto, desde que había recordado el accidente de hace diez años, me había dado un miedo terrible conducir sola mi propio auto.

Al llegar al enorme edificio de vidrio entre con decisión, me dirigí a los ascensores.

Camine por el camino de gerencia con la mirada fija en la puerta de su oficina.

No podía dejar de pensar si el aun me recordaba o simplemente se había olvidado de mi para siempre.

Estaba tal vez molesto por el trato con el que lo había tratado este ultimo tiempo.

¿Se había enterado de mi accidente?

O tal vez lo ignoraba todo.

Entre sin golpear y cuatro ojos me miraron sorprendidos.

Dos era esos ojos claros que alguna vez me habían enamorado y los otros dos pertenecían a una rubia de cuerpo perfecto que estaba sentada en el escritorio de Nicolás.

Me renegué a mi misma al no pensar en esa posibilidad de que tal vez Nicolás ya tenia a una nueva mujer que le llenaba de alegría su vida.

Suspire, si estaba en el baile debía bailar.

—Nicolás Marshar— le dije sería mirándolo a los ojos y con los brazos cruzados.

—¿Rebi?— me preguntó dudando.

—¿Quién más?— le refute con una ceja levantada.

Él me miro de arriba abajo desconfiado.

—Se que hay muchos motivos para no creerme, mi padre a sido un maldito no solo contigo— le dije suspirando.

Luego me acerque al ventanal de la oficina y mire hacia el estacionamiento. Marcus estaba caminando de un lado a otro dudando si entrar o quedarse en el auto esperándome.

—Y pensar que estuve rodeada de traidores mandados por él todo este tiempo— susurré más para mi que para Nicolás.

Él se acerco a la ventana y observo en silencio a Marcus y luego a mi.

—Él es lo mismo que yo Rebi— me aclaró.

Yo lo mire confundida.

—Cuando naces en la pobreza solo tienes una opción, seguir al rico— me dijo mirándome a los ojos— Yo hice muchas cosas malas siguiendo las ordenes de Arnoldo, no es un trabajo fácil ser su mano derecha— finalizó serio como si esos recuerdos del pasado lo perturbaran.

—¿Qué fue lo que él te hizo Nicolás?— tenia esa pregunta en mi cabeza desde que había recordado todo.

Luego del accidente Nicolás no volvió a aparecer en mi vida nunca más y sabia que eso tenia algo que ver con mi padre.

—Es una larga historia— me respondió con el ceño fruncido mirando al suelo.

—Pues tengo todo el tiempo para escucharla— le dije acercándome y acariciándole la mejilla.

Escuche un carraspeado y ambos nos giramos a ver a su dueña.

La rubia de recién estaba con los brazos cruzados mirándonos fijamente a cada uno.

Nicolás maldijo por lo bajo y se fue a su escritorio, saco un fajó de dinero y se lo entrego a la mujer que puso una cara de preocupación o tal vez desesperación.

—Luego te llamo para romper el contrato ¿Si?— le dijo Nicolás y la

despidió con un beso en la mejilla.

Así que ella no era su mujer realmente, solo era una chica contratada por dinero para servir de compañía en eventos y seguramente en la intimidad de vez en cuando.

Eso me tranquilizaba ya que no quería ser la responsable de romper una relación amorosa entre ellos dos.

Después de todo yo no era otra cosa que un amor perdido del pasado. No tenía el derecho de meterme en las posibles relaciones de Nicolás ahora.

—¿Así que ella es?— le pregunté para asegurar mi sospecha.

—Es una compañera por contrato, luego de que tú te fuiste no me atreví a enamorarme de una nueva mujer, así que contrate chicas así para que finjan ser mis novias por un tiempo y luego buscaba a alguien más, todo sin sentimientos ni compromisos— me explico algo avergonzado.

—¿Y compañeras íntimas?— le pregunté con una sonrisa picara.

Él me miro y toda su cara se puso colorada, seguía siendo el chico inocente y bueno del pasado, pero ahora con una coraza de hierro impenetrables.

—¡Por favor Nicolás! Es una necesidad humana esta bien que lo tuvieras, yo también he estado con hombres, tengo treinta años después de todo— le dije disminuyendo la importancia del sexo con esas mujeres.

Ambos nos quedamos en silencio un momento, él observándome y yo mirando su oficina.

—Veo que haz crecido mucho en estos años— le dije abriendo mis brazos como señal de su oficina elegante y adinerada.

—Mi objetivo es...— dijo dudando y mirándome serio.

—¿Es?— le pregunté confundida.

—¡Acabar con Arnoldo!— me aclaró.

—Pero si mi padre ya esta muerto— le dije.

Su mirada me lo dijo todo, no era necesario que usara palabras.

¿Seguía vivo y me mintió?

Era una posibilidad, después de todo le salía muy bien mentir.

Mi cara se transformo de un momento a otro y lo mire con una mezcla de miedo y dolor.

Él se acerco y me abrazó.

—No te preocupes no estas sola ahora— me susurro.

Luego me beso con una pasión que se había contenido por años, aun no podía creer que nos hubieran separado tan cruelmente e interrumpido el florecimiento de nuestro amor.

El mundo era un valle de lágrimas y soledad, cuando alguien se enamoraba solo se podía ver lo malo de ese amor y todos intentaban separar ese amor, destruirlo porque no quieren amar y tampoco quieren que otros amen.

2.27 El amor apesta

«Arnoldo Richieri»

Estaba mirando el cuadro de Rosanela que había colgado en la pared el día que me vine a este viejo edificio abandonado.

Era una de las pocas cosas que me había traído de la mansión que yo mismo había construido.

Al principio fue difícil acostumbrarme a está vida, estaba lejos de ser cómoda o adinerada, no debía levantar demasiada pompa y tuve que vivir oculto durante años. Pero tampoco me quejaba de ello, yo había provocado todo esto y ahora mis enemigos, entre ellos mi propia hija me vendrían a reclamar justicia.

Estaba allí esperando mi caída, con paciencia, pues sabia que más temprano que tarde vendrían por mi.

Uno de mis guardias se me acerco en silencio, al entrar a mi pequeño despacho se inclino y me susurro al oído.

—Están juntos— esas dos palabras eran la señal que me indicaba que debía dar mi siguiente paso.

Creo que nunca me había puesto tan nervioso como con aquellas palabras, incluso cuando Rosanela murió me pude controlar más que ahora, no me sentía listo para afrontar a mi propia hija.

Tú te lo has buscado, me recordó mi cabeza con malicia, yo asentí y me levante.

Me coloque los lentes oscuros y salí del edificio, me subí al auto y mis hombres me llevaron al ultimo lugar en la tierra donde quería ir en estos momentos.

Si eres hombre para hacer lo que hiciste con ellos, entonces eres hombre para afrontar las consecuencias de esos actos, me repetí en mi interior.

Cuando mi auto freno en la playa de estacionamiento, observe a Marcus caminando de un lado a otro sin control, a lado del auto de mi hija. Al ver mi auto empalideció y se quedo tieso como un muerto, pronto lo estaría por traicionarme, que se vaya acostumbrando a esa posición.

Me baje y me acomode el traje, respire hondo y comencé a caminar hacia la entrada del edificio vidriado de unos nueve pisos.

Cuando estaba por entrar, en la puerta una mujer, de cual solo vi su cabellera rubia me choco y salió corriendo llorando por la vereda.

Me quede mirándola atenta, sabia por experiencia propia que solo había dos formas de que un ser humano llorara, alegría y tristeza. Y esta mujer no estaba llorando por alegría definitivamente.

Si estaba triste y salía de este edificio es porque el responsable era Nicolás en cierta medida, ya que esto era de su propiedad.

—¡Síguela! Quiero hablar con ella luego— le ordene a uno de mis guardias.

Este asintió algo confundido y se fue tras la mujer rubia.

Pobre e inocente Nicolás, aun tenia mucho que aprender sobre el juego del poder. Uno de los peores errores que se podían cometer en el mismo era tener descontento a un conocido, fuera que fuera, empleado, socio, novia, quien fuera.

El descontento llevaba a la rabia y esta eventualmente se convertía en deseos de venganza por una herida pasada, y no había peor enemigo que uno con deseos de venganza.

«Rebeca Richieri»

Estaba sentada en el escritorio de Nicolás mirando un punto de la madera fijamente.

Aun mis neuronas no lograban congeniar la idea de que mi padre estuviera vivo y solo hubiera fingido su muerte.

Nicolás estaba mirando por el ventanal y de un momento a otro se tensó por algo que vio afuera.

—¿Qué sucede?— le pregunté temiendo la respuesta.

—¡Ah venido!— me anunció.

Sabia de quien se refería y me levante con la velocidad de la luz, en menos de un segundo estaba parada a lado de Nicolás observando como el mismísimo fantasma de mi padre recorría la playa de estacionamiento con un impecable traje de diseño y lentes oscuros.

Hasta Marcus parecía haber quedado tieso con la visión del gran Arnoldo Richieri llegando.

Comencé a híper ventilarme sin control, caminando de un lado a otro del despacho.

—¡Tranquila! Estamos juntos en esto— me dijo Nicolás a modo de intentar calmarme.

—Ya lo hemos hecho juntos en el pasado y el final no es necesario que te lo cuente— le aclare sin dejar de caminar con desesperación.

Él inclino la cabeza seguramente recordando el cruel pasado que compartíamos juntos a causa de ese fantasma que en menos de diez minutos estaría aquí, parado enfrente nuestro.

«Camila Lírica»

Ese día me había levantado algo bajoneada, tal vez había sido mi instinto femenino advirtiéndome que todo cambiaría en mi vida hoy.

Como de costumbre me bañe y perfume con los mejores perfumes, esos que solo compraba pensando en Nicolás solamente.

No quería aceptarlo pero me había enamorado de él si remedio, sabia que no era un amor correspondido y eso me hacia doler aun más el corazón.

Me fui a la empresa, Nicolás quería que lo calmara pues últimamente había estado muy nervioso.

Aunque no sabia porque sospechaba que mi instinto femenino tenia algo

que ver con eso.

Subí el ascensor y me dirigí a su oficina, golpee la puerta y en cuanto me dio permiso para entrar, ingrese con mi simpática sonrisa de siempre.

Él ni siquiera se molestó en mirarme, estar cerca de él me hería el alma enamorada que tenía, pero alejarme me era imposible a estas alturas.

Le deje su café en el escritorio y me senté a un lado de él.

Me gustaba observarle en silencio, al menos eso consolaba mi pobre y tonto corazón ilusionado.

Solo escuche la puerta abrirse de golpe y una mujer, esa que me hacia soñar las peores pesadillas en las noches, apareció en el despacho.

Me quede mirándola sorprendida y mi corazón comenzó a palpar con fuerza.

Si bien no conocía a esa mujer, sabia que era la que hacia poner nervioso a Nicolás y no era un nerviosismo cualquiera, era uno de enamoramiento.

Cuantas veces de forma inocente me había quedado a la noche en mi cama imaginando que Nicolás se ponía nervioso por mi y no podía dormir sin verme una vez al menos.

Pero esa mirada solo la tenia para este mujer, que ahora yacía parada enfrente nuestro.

—¿Rebi?— escuche detrás mío a Nicolás.

Me gire para verlo y note con desgracia y disgusto que le brillaban los ojos, el brillo del amor, del maldito amor.

Me sentía una sobra en ese lugar, pero sabia que yo no tenia la culpa, quien me había metido en este maldito juego retorcido había sido Nick esa maldita noche en el bar.

¿Por qué me subí a su auto?

¿Por qué no me fui?

¿Donde había quedado mi dignidad?

Nicolás la había pisado una y otra vez sin arrepentirse por ello y yo lo había dejado hacerlo, perdonando y olvidando como una buena mujer,

obediente y sumisa como él quería que fuera.

Ellos tuvieron su reencuentro delante mío, sin importarles en nada mis sentimientos, mi persona, mi presencia allí.

Tú vales Camila, hazle saber que estas aquí, me reclamo mi cerebro con furia y dolor.

Carraspee enojada y me cruce de brazos, ambos me miraron como si hasta recién se dieran cuenta de mi presencia allí y yo levante la Cega en señal de incredulidad o exigiendo una explicación.

Pero lo único que obtuve fue una maldición baja de Nicolás y un rollo de dinero con unas simples palabras.

— Luego te llamo para romper el contrato ¿Si?— eso fue todo.

Ni un te amo, ni un gracias por estar cuando esta otra no estuvo, eres una buena mujer te mereces todo, nada, solo era un juguete para él, uno que ya estaba roto y no le servía más.

Me aguante las lágrimas y me fui sin decir nada, antes de llegar al ascensor y estaba llorando.

Nunca quise ese maldito dinero, yo podía valerme sola, solo era una excusa para estar con alguien inalcanzable como él.

Porque las mujeres comunes y corrientes como nosotras no nos importaba el dinero, solo queríamos amar y sentirnos amadas por alguien más, solo eso, nada más.

Pero el mundo te bombardea todo el tiempo que debes estar con un hombre perfecto, de esos de revistas, no importa lo que debas hacer por ellos.

Y ahí estaba yo, con el corazón destruido, sintiéndome un juguete roto y remplazado por un mejor modelo. Porque ella era mucho más bella que yo ¿Verdad?

Salí del edificio sin mirar hacia delante y me choque con alguien, solo lo ignore y me fui caminando por la vereda, auto abrazándome con mis propios brazos y llorando con la cabeza inclinada.

2.28 El odio forma alianzas

«Camila Lírica»

Llegue al auto que me había dado Nick y busque la llave para abrirlo.

—Disculpe señorita— dijo una voz detrás mío.

Yo lo mire desconcertada sin decir nada.

—Mi señor no pido evitar verla salir del edificio de Nicolás Marshar— comenzó a decir el desconocido— y le llamo la atención su estado de animo, quiere conocerla— me anuncio serio.

Creo que él estaba más confundido que yo con el hecho de que su señor, sea quien sea, estaba interesado en conocerme.

Pero yo estaba harta de ser el juguete de uso y descarte de hombres ricos, aunque solo había estado con Nicolás, me había dado cuenta que no servía para ello, pues como tonta me terminaba enamorando y yo era quien sufría luego las consecuencias.

—No me interesa nada de hombres ricos— le dije cortante y me subí al auto.

—Por favor señorita, al menos solo deme su numero, no puedo ir con las manos vacías a donde mi señor, por favor— me imploró como si su vida se fuera en ello.

¿Qué clase de señor era éste al cual sus propios hombres le tenían miedo?

Nunca había visto algo parecido con Nicolás.

Resople resentida con este maldito mundo, donde el pobre siempre debe someterse al rico.

Agarre una servilleta que tenia en la cartera y le escribí mi numero, yo misma sería quien le diría al hombre ese que no quería saber nada de el o de nadie más de ese mundo de ricos.

—Gracias señorita— escuche decir al hombre esta vez más tranquilo al recibir mi numero.

Yo no respondí y me fui.

«Arnoldo Richieri»

Subí el ascensor, camine por el pasillo. Todo lo que allí había era en números de nueve, así que seguía creyendo en las cosas del universo este

idiota.

Me frene junto a uno de mis hombres en medio del salón recibidor de gerencia.

Escuche el ascensor y me gire, mi otro hombre el cual había ido detrás de la extraña mujer rubia llorando, se me acercó y me dio una servilleta con un número, yo asentí y me guardé el papel en el bolsillo del pantalón sin demasiada importancia.

Se abrió una puerta, la única que había en ese lugar, salió mi hija a la cual no veía hace diez años y el imbécil que seguramente ya le había hablado lo peor de mi persona.

Pero ya estaba acostumbrado a ser el malo de una historia mal contada, aunque me doliera en el alma el odio de mi hija hacia mí, debía ser fuerte, pues siempre lo había sido, no era tiempo de ser débil ahora.

—¡Padre! Que sorpresa ¿No deberías estar muerto?— me preguntó con sarcasmo.

—Sí, y él también— le dije apuntando a Nicolás con el mentón— Pero aquí estamos— finalice encogiéndome de hombros.

—¿Por qué?— me preguntó cortante.

—Él porque incluso cuando le ordene morir se me desobedeció y yo...— le respondí sabiendo que mi respuesta era todo menos convincente.

—¿Y tu?— me insistió Rebeca seria.

—Cada persona que se me acercó terminó mal, mi padre murió asesinado y solo en New York, mi madre murió de depresión y soledad encerrada en su habitación, se negó a comer y beber hasta el final, mis hermanas terminaron en matrimonios desdichados o viudas errantes y pobres en el mundo, mi esposa murió luego de una agonía de nueve meses por una enfermedad que la consumió segundo a segundo y a ti te hice perder toda tu vida por el ridículo objetivo de que no sufieras por amor— le dije frunciendo el ceño.

Nadie dijo nada, se armó en la sala un largo silencio incómodo.

—La única forma que tenía de no seguir haciéndote daño a ti o a alguien más era alejándome de todos— le finalice aun mirando la nada con el ceño fruncido.

—¡Eso es ridículo!— dijo Nicolás molesto.

Ya sabía que lo haría, pues mi cabeza había analizado esa posibilidad.

—Lo es, se que lo es, pero ¿Acaso tú no haz llegado a limites extremos por seguir una ridícula idea?— le pregunté mirándolo a los ojos.

—¡Nunca le haría daño a mis seres queridos por eso!— me respondió molesto.

—¿Así? Y dime una cosa ¿Cuantos años espero tú madre por ti cuando te fuiste sin siquiera pensar en ella aquel día en el campo?— le pregunté ya habiendo practicado mi respuesta de ante manos— ¿Por qué no le hiciste caso a tú hermano en las reiteradas veces en que te advirtió que no te metieras conmigo?— él me miro sorprendido.

Se suponía que yo no sabía eso, pero antes de matar a su hermano, ya le conocía, de hecho solía ayudarlos en los años de servicio que Nicolás estuvo conmigo y él me había contado las veces que le dijo a Nick que se alejara del demonio blanco, o sea yo.

—Ya vez como todos los seres humanos seguimos los mismos patrones de conducta Nicolás— le termine diciendo sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Yo no soy igual a ti— susurro sin mirarme.

—No, aun no lo eres...— le aclaré— Pero bien sabes que puedes serlo en algún momento— finalicé y comencé a caminar a la salida.

—¿A donde vas?— me interpeló Rebeca.

Me frené y sin girarme para mirarla le dije.

—No te pido que me perdones hija, pues tampoco me arrepiento de lo que hice— luego seguí caminando hacia el ascensor.

Como ya no debía ocultarme más, me fui a una casa a las afueras de la ciudad, una que era de cristal y estaba envuelta en una pequeña selva artificial.

Ya no debía manejar el imperio Richieri, le pertenecía a mi hija y con el dinero que había ahorrado durante años podía vivir cómodamente por el resto de mis días.

Me senté en mi sillón con una copa de vino mirándola la llama que bailaba lentamente en la chimenea de la sala.

No los vas a dejar ser así como así ¿Verdad? Paso por mi cabeza pensar.

Había perdido al único tesoro que aun me quedaba en este mundo, ni toda la riqueza del mundo lograrían aplacar el vacío de Rebeca en mi corazón.

Pero ella me odiaba y tenia demasiadas razones para ello, pues no tenia un padre inocente que había caído del cielo, más bien me había escapado del infierno.

De algo estaba seguro, si yo no tenía a Rebeca entonces él tampoco la tendría.

Saqué la servilleta del bolsillo y marque el numero en el teléfono satelital de la casa.

—¿Hola?— contesto una mujer rubia del otro lado de la línea.

—Hola ¿Con quien tengo el gusto de hablar?— le pregunté con mi voz suave y aterciopelada.

—Eso debería preguntarlo yo, usted me llamo a mi no yo a usted— me aclaró con voz firme y desconfiada.

Excelente era una mujer difícil y eso me gustaba.

—Yo soy Arnoldo Richieri ¿Y tú?— le dije.

—Mire tengo demasiados líos en la cabeza ahora Arnoldo Richieri, así que si me disculpa voy a colgar— me respondió tajante y finalizó la llamada.

Esa mujer era un desafío, pero sabia que podría conquistarla porque ambos teníamos algo en común, odiábamos a Nicolás Marshar.

2.29 Un dolor que nunca se va

«Camila Lírca»

Estaba mirando fijamente la mesa del comedor.

Había juntado todo lo que Nicolás me había dado allí. Mi primera intención fue tirar todo a la basura, pues no quería nada de él conmigo.

Pero luego pensé en la mucha gente que podía beneficiarse de todo este dinero, eso no me haría buena persona, pero al menos todo este dolor habría servido de algo.

Estaba pensando en eso cuando me distrajo el sonido de mi celular

¿Ahora quien me llamada? Seguramente era Nicolás para que firmáramos el fin del contrato.

No se si estaba lista para volver a verlo, pero al menos ya me deshiciera de él para siempre.

Me levante de mi asiento y fui lentamente hasta el escritorio donde estaba el celular, tal vez con la vaga esperanza de que la llamada se finalizara y no tuviera que atenderlo.

Para mi sorpresa al agarrar el celular el remitente era un número desconocido, dude un momento intentando recordar si había eliminado el numero de Nicolás en ese momento donde llegue a casa llorando, pero estaba segura que no lo había hecho.

—¿Hola?— conteste en un tono de pregunta.

—Hola ¿Con quien tengo el gusto de hablar?— me pregunto una voz masculina del otro lado de la línea.

—Eso debería preguntarlo yo, usted me llamo a mi no yo a usted— le aclare con voz firme y desconfiada mirando el celular confundida.

Ahora resulta que cualquier loco me llamaba, genial.

—Yo soy Arnoldo Richieri ¿Y tú?— me respondió haciéndose el misterioso.

Realmente no tenia ni tiempo ni ganas para soportar este tipo de juegos.

—Mire tengo demasiados líos en la cabeza ahora Arnoldo Richieri, así que si me disculpa voy a colgar— le respondí tajante y finalice la llamada.

Sin darle demasiada importancia a la misma deje el celular en el escritorio y me fui a bañar, mañana llevaría todo eso que estaba en la mesa a algún lugar de caridad o algo por el estilo.

Al otro día me bañe, con una taza de café me fui al escritorio a por la guía de lugares benéficos para donar los regalos de Nicolás, estaba revisando las cajas donde guardaba todo tipo de libro y folletos, era de esas mujeres que guardaba cosas con la excusa del "Por si las dudas en algún momento me sirve" casi siempre terminaban guardadas en esas cajas juntando polvo.

Estaba en ello cuando sin querer tire una caja y varias carpetas cayeron al suelo, maldije por lo bajo y dejando el café en el escritorio me dedique a

levantar las cosas del piso.

Una carpeta llena de polvo se abrió cuando intente agarrarla y algo llamo mi atención, el nombre de Rebeca Richieri estaba subrayado en un recorte de diario.

¿Richieri? Ese no era el nombre del tipo de ayer ¿Como se llamaba? ¿Adolfo? ¿Amadeo? ¿Arévalo? Tenia demasiada poca memoria con los nombres, pero estaba casi segura que su apellido si era Richieri, no siempre se escuchan apellidos tan excéntricos.

Agarre la carpeta y con aun más sorpresa vi una foto de la mujer de ayer en la oficina de Nicolás. Con razón que me había resultado conocida aunque ayer no parecía recordarla del todo.

Yo había hecho una investigación de ella hace uno meses cuando Nicolás llegó oliendo a avellanas y rosas esa noche nervioso.

Prácticamente me había violado bajo mi propio consentimiento, nunca antes me había dolido tanto tener relaciones con un hombre, pero ese día parecía que Nicolás no era él realmente sino un monstruo sediento de venganza, aunque no entendía el porque de ello.

Si ella era la mujer de hace unos meses y se llamaba Richieri, entonces este Adolfo Richieri ¿Quién era? ¿Su esposo? Tal vez ella y Nicolás habían tenido una aventura extramatrimonial ¿Su amigo enamorado? Habían muchos casos de hombres que se habían enamorado de su amiga y buscaban la forma de separarlos de sus novios para siempre, capaz creía que yo podía alejar a Nicolás de ella. Negué con la cabeza, no me metería en más problemas.

«Arnoldo Richieri»

Le pedí a uno de mis hombres que investigara a la extraña mujer.

—Conoció a Nicolás en un bar hace más o menos unos seis meses atrás, él la contrato para ser su compañera tanto intima como en eventos sociales— comenzó a decirme éste.

Si sabia que existían este tipo de mujeres, pero no sabia que siendo tan joven un hombre buscara consuelo en ellas.

Pero si algo estaba seguro es que esas relaciones casi siempre terminaban mal, solo algunas personas eran capaces de someterse a eso y no ilusionarse con el rico que las contrataba, debías ser demasiado fría para ello, muchas creían lograrlo, pero la realidad era muy distinta.

—Déjame adivinar— le interrumpí y este me miro— Ella se enamoró de él, pero Nicolás ama a mi hija y cuando Rebeca reapareció, este descartó a la pobre muchacha tirándole todos los sueños a la basura— confirme que había acertado a todo por la cara de i interlocutor.

Le hice señas de que se fuera, debía pensar los siguientes pasos muy bien.

Luego de un rato y ya sabiendo que por teléfono la cosa no funcionaría, me fui a buscarla personalmente.

Me sorprendió encontrarla en un basurero donde vivían un grupo de familias desdichadas.

Al acercarme vi como la mujer repartía joyas, dinero y ropa de ultima marca a la gente del lugar. Era todo lo que Nicolás seguramente le había regalado en estos meses por sus servicios.

Note mis zapatos sucios por la basura con molestia y chistéé con los dientes, debía hacerlo para destruir a Nicolás, era mi único objetivo ahora.

Tome una joya de esmeralda de una de las cajas y ella se giro con una sonrisa distraída.

—Espere señor yo le entrego— luego me miro de arriba abajo y su sonrisa desapareció.

Era evidente que yo no necesitaba esas donaciones, estaba vestido de forma impecable de pies a cabeza, hasta mi perfume valía más que toda la ropa que ella usaba ahora.

—¿Quién es?— me dijo seria.

—Arnoldo Richieri ya se lo dije ayer por teléfono— le aclaré molesto.

En serio se había olvidado de nuestra corta charla telefónica de ayer.

Ella resoplo como si estuviera cansada de todo eso sin decir nada y sin mirarme.

—Necesito hablar con usted— le insistí.

—Pues yo no quiero hablar— me dijo mirándome un momento y luego girándose para seguir repartiendo cosas a la gente que nos observaba curiosa.

—Debe escucharme por favor— le insistí.

Ella se giro para mirarme nuevamente a los ojos seria.

—No usted escúcheme a mí, yo no soy un juguete, no soy una prostitutas y mucho menos soy una desgraciada que va a separar a su enamorada de Nicolás ¿Entendió?— me dijo tajante.

—¿Enamorada?— le pregunté confundido.

—Si, ya se quien es Rebeca Richieri y lo lamento que allá perdido a su esposa por Nicolás, pero yo no haré nada al respectó— me volvió a decir.

—¿Esposa?— mire confundido a la mujer.

Ella creía que Rebeca era mi esposa y que me había sido infiel con Nicolás, no pude evitar reírme y ella me quedo mirando confundida.

—Me temo que si bien si e perdido a mi mujer y a la única que eh amado con locura en esta vida, eso ya ha pasado hace muchos años y no fue por una infidelidad— negué incrédulo imaginando a Rosanela siéndome infiel— Ella me fue arrebatada por un cáncer que la consumió lenta y dolorosamente— le conté y eso me hizo ponerme serio.

No importaba los años que pasaran la pérdida de Rosanela seguía siendo ese dolor punzante en mi corazón.

—Lo lamento no sabia eso— me dijo notando mi cambio corporal al nombras esa historia.

Yo suspire y le volví a sonreír como si nada hubiera sucedido era bueno fingiendo el dolor, ya me había acostumbrado a ello.

—En realidad la necesitó para alejar a ese demonio de mi hija, la única que aun me queda con vida— le dije.

2.30 El juego del poder

«Arnoldo Richieri»

Ella me miró sorprendida, supongo que no era normal que un padre quisiera alejar a su hija de un hombre, o al menos para ella no.

La cite en mi casa esa noche, ella dudo un momento desconfiada, suponía que había varios hombres que la habían citado de noche y no con buenas intenciones.

—No se preocupé, no planeo tocarle un solo cabello y si le faltó el respeto tiene derecho a golpearme— le dije sonriendo.

Ella asintió seria sin decir nada.

Esa noche me prepare como para recibir a una gran visita, después de todo ella era la llave que necesitaba para destruir a Nicolás de una vez para siempre.

Ella llegó puntual y me saludó con una sonrisa avergonzada.

—Sea bienvenida— la recibí con mi amplia sonrisa de dientes blancos perfectos.

Ella quedó admirada con la belleza de la casa donde ahora vivía, si hubiera conocido mi casa de Argentina capaz hasta se desmayaba pensé con mofa, pues esta casa era mucho más pequeña que esa y con menos lujos.

Nos sentamos en una larga mesa con platillos únicos, uno en cada punta. Ella estaba admirada por la gran cantidad de platillos exóticos que allí se exhibían, parecía que nunca había visto tales manjares.

En cierto modo y a diferencia de los demás servidores que tenía, esta muchacha de ojos saltones me causaba ternura, era como ver a Rosanela en sus primeros años en la mansión. Se admiraba de todo lo que veía y aun a pesar de todo lo que había vivido tenía una inocencia particular.

Luego de la cena la invité a mi salón y le ofrecí una taza de café para bajar la comida.

—Entonces ¿Cuál es su plan? Porque no creo que me atendiera tan bien sin tener algo de interés personal— me aclaró ella con una pequeña sonrisa cómplice.

Debía admitir que tenía inteligencia después de todo.

—Bien, supongo que no estoy tratando con una damisela en apuro ¿Verdad?— le pregunté sonriendo.

—Nunca he sido una damisela en apuros— me respondió riendo y bebiendo café— siempre he sabido sortear los desafíos de la vida— me terminé de aclarar.

—Eso es interesante... ¡Muy interesante!— le dije y me quedé mirando la fogata de la chimenea un rato en silencio.

Ella fue quien rompió el silencio nuevamente.

—¿Y bien?— insistió.

—Nicolás no es digno de mi hija— le comencé a decir sin mirarla.

—Creo que la mayoría de los padres creen eso— me respondió ella sonriendo.

—Ella es una mujer que por sus venas corre la sangre Richieri, una de las familias que siempre desde sus orígenes a convivido con la alta aristocracia europea y las grandes esferas de poder— le dije molesto.

—Nicolás tiene poder— me dijo ella frunciendo el ceño, seguramente recordando las veces que él la humilló por eso.

—Ahora si, pero cuando yo lo conocí era un piojoso que cosechaba papas en mis asentamientos en Argentina— le mencione serio mirándola.

Ella me miró sorprendida sin decir nada.

—Y aun así pretendió ser el esposo de mi hija— fruncí el ceño y me quede mirando mis piernas un momento y luego la volví a mirar— debo aclararle que no esta trabajando con alguien inocente, pues por estas manos mucha sangre a corrido y se que en algún momento me iré al infierno por lo que he hecho— le dije serio.

Ella pareció asustarse un momento, pero luego algo cambio en su mirada.

—Creo que ningún hombre poderoso es inocente, tuvieron que hacer cosas muy malas para llegar donde están, el juego del poder no es para gente "Buena"— me respondió dibujando las comillas en el aire con los dedos.

Yo asentí en silencio.

Luego de la pequeña reunión le dije a uno de mis hombres que la llevara a su departamento. El plan ya estaba armado.

«Camila Lírica»

Llegue al edificio donde aun vivía, aunque ya sabia que no por mucho tiempo, pues planeaba irme lejos de allí. Ese lugar que me había dado Nick era lo ultimo que conservaba de él, una vez consiguiera un nuevo trabajo, pues había renunciado a mi antiguo empleo cuando lo conocí a él, me mudaría a otro departamento más modesto y con menos lujos, a diferencia de lo que muchos creen, nunca me había logrado adaptar del

todo a la vida de lujos y excesos que me ofreció Nick.

Cuando entre al departamento y encendí la luz me pegue un susto de muerte al ver a Nicolás parado en el ventanal del pen house.

—¡Me has asustado!— le dije tocándome el corazón acelerado por el susto.

—¿Dónde estabas?— me preguntó girándose para verme.

—¿Tengo que responder?— le dije mirándolo de forma incrédula.

Quien se creía para seguir controlándome.

—¡No te olvides de donde has salido Camila!— me dijo tajante.

—Y tú tampoco, cosechador de papas— le respondí ofendida.

Ahora que sabía cuales eran sus orígenes no permitiría que me volviera a humillar como antes.

—¿Qué has dicho?— me preguntó sorprendido.

—Ya se quien eres realmente Nicolás Marshar— le aclare seria mirándolo a los ojos.

Él se me acercó a centímetros.

—No tienes la menor idea de quien soy— me dijo apretando los dientes.

—Eres un hombre que todo lo ha perdido y se cree invencible por ello, ya que piensa que no tiene nada más que perder porque incluso su vida no le impronta perderla, pero...— le conteste y luego de agachar la cabeza un instante mientras negaba, sonreí y lo volví a mirar a los ojos—... Pero hay algo mucho más peligroso que un hombre que todo lo ha perdido—
continúe.

—¿Así? ¿Qué?— me preguntó con mofa.

—¡Una mujer despechada y herida!— le respondí y me acerque al mini bar a servirme una copa.

Luego lo mire seria de arriba abajo.

—Si me hubieras preguntado hace dos días si te quería te hubiera dicho sin dudar que si, incluso hubiera dado la vida por ti— bebí de la copa y luego sonreí— Ahora lo único que deseo es que te mueras de una vez por todas como el cerdo que eres Nicolás Marshar— finalicé mirándolo

fijamente.

Él me miro sorprendido, seguramente era la primera vez que caía en la cuenta sobre mis sentimientos hacia él, pero sabía perfectamente que ya era demasiado tarde para arreglarlo.

Se fue sin decir nada, yo solté el aire contenido y mi cuerpo reaccionó con un temblor físico completo.

Aun me ponía nerviosa estar a lado del hombre que sin importarle mi bienestar me había utilizado y abusado todos estos meses.

Bien dicen que el ser humano es como una moneda, tiene dos caras, una buena y una mala.

Nicolás Marshar tal vez para muchos era un caballero bien educado, pero a mi me había demostrado su parte más oscura y animal que tenía.

2.31 Haz hecho lo mismo que yo

«Arnoldo Richieri»

Bajamos del auto juntos, yo comencé a caminar por la playa de estacionamiento acostumbrado a que todos siempre iban detrás mío.

Ella me detuvo con su brazo y comenzó a caminar junto a mi, yo la mire de arriba abajo confundido.

—Ni crea que yo seré inferior a usted— me aclaro Camila seria sin mirarme.

Yo me quede parado mirando atónito a la rubia petisa y atrevida que se había ido adelante como si nada hubiera pasado.

No pude evitar una sonrisa, era increíble que me hiciera recordar tanto a Rosanela esta niña.

Llegamos a la oficina y la mire un momento, por su expresión corporal estaba muy nerviosa en este lugar.

—¿Lista?— le pregunté observándola atentamente, no podíamos fallar ahora.

Ella suspiro y me miro.

—No es que tengas muchas opciones— me dijo con una sonrisa esforzada.

—Si no estas listas podemos irnos ahora— le aclaré yo.

Prefería irme sin arruinarlo que quedarme y perder la única oportunidad que tenía de destruir a Nicolás.

—No se preocupe, se como controlarme— me intento dar confianza y entro sin dudarlo y sin mirarme.

Era evidente que por la cara de nuestros interlocutores no esperaban mi presencia allí.

Nicolás no dejaba de mirar a Camila y a mi sucesivamente sorprendido.

Rebeca miro a la rubia fijamente un momento, ese talento de observación lo había heredado de mí y luego me miro con los ojos entre cerrados, ya sospechaba que algo me traía en la cabeza, me conocía como la palma de su mano.

—¿Qué haces aquí?— me fue directa.

—Fue curioso ¿Sabes? Hasta ahora creía que el odio no podía generar otra cosa que cosas malas, pero luego el destino me hace chocar con Camila, una mujer que odia tanto o más que yo a Nicolás Marshar y fue increíble, pero ese sentimiento nos unió— le explique con una sonrisa.

—¿Odiar?— pregunto Rebeca mirando de arriba abajo a Camila.

—Hija debes entender que todos los seres humanos tenemos dos caras— le comencé a decir.

—¿Dos caras?— me preguntó mirándome desconfiada.

—Si, como una moneda— saque una que tenia en mi bolsillo ya preparada para esto, como siempre mi cabeza había pensado hasta en el más mínimo detalle— Una es sonriente y buena y la otra es seria y mala— continúe observando la moneda en mi mano.

—¿A donde quieres llegar con esto?— me interrumpió ella impaciente.

Yo sonreí un momento con la actitud atrevida de mi hija y la mire fijamente.

—Mi lado bueno fue ese paternal que conociste desde pequeña hasta tú juventud, ese héroe que nadie podía remplazar ¿Lo recuerdas?— le pregunté realmente curioso por saber si aun recordaba esos bellos y ya pasados momentos de su infancia en la mansión Richieri— Cuando

estabas asustada por los truenos y yo te leía un cuento, nos quedábamos dormidos juntos en tú cama, o aquellas noches de películas y pochoclos en el sillón de la sala— Sonreí recordando a mi linda niña pequeña.

Ella no dijo nada pero se le escapo una pequeña sonrisa disimulada, era la confirmación de que si lo recordaba.

—Pero también conociste mi lado malo, cuando mataba sirvientes traidores, cuando mande a golpear y matar a Nick, cuando...— le dije y agache la cabeza haciendo una mueca.

Aunque nadie me creyera yo era el más arrepentido por haber organizado ese maldito accidente de hace diez años.

—¿Planeaste matarme en un accidente?— me completo ella seria.

Camila me miro sorprendida un momento, creo que ahí comprendió mis palabras de hace algunas semanas cuando le dije que me iría al infierno por lo que había hecho en el pasado.

—Tú sabes bien que mi plan no era matarte— le dije algo ofendido porque ella creyera eso.

—Yo lo único que se es que tuve un accidente que por poco me deja inválida y con pérdida de memoria permanente, prácticamente muerta en vida— me dijo tajante.

Cada una de esas palabras venidas de mi propia hija eran puñales que se me clavaban en mi carne, tenia toda la razón de sentir y creer eso de mi, no había sabido protegerla, al contrario la había herido profundamente, a ella, a mi única hija.

Por un momento creí que no podría continuar con el plan, mi mente se nublo y me olvide por completo el motivo del porque estaba allí hoy, mi cuerpo comenzó a temblar de forma involuntaria y no sabia ni quería intentar controlarlo, ya estaba cansado de fingir siempre fortaleza y estar atento a no mostrar ningún rastro de debilidad ante nadie.

Rebeca tan observadora como yo, me miro un momento he hizo una mueca dándose cuenta de mi actual estado de ánimo, pero no dijo más nada al respecto.

Yo estaba en medio de mi agonía silenciosa cuando sentí una mano algo tibia en mi brazo, era como si Rosanela viniera a ayudarme a recuperar mi fuerza nuevamente, bien sabía yo que mi fortaleza era ella, la mujer que ame y amo con locura.

Observe mi brazo y note que Camila me estaba sosteniendo en un intento de calmar mi estado anímico, me observaba con sus ojos saltones sin decir nada y había apoyado su pequeña mano debilucha en mi brazo musculoso.

Yo asentí confirmando mi agradecimiento y volví a mirar a mis interlocutores un poco más calmados.

—El punto al que quería llegar es que Nicolás también tiene su lado bueno y su lado malo, tú igual, ella igual— señale a mi hija y luego a Camila— Todos tenemos un lado bueno y uno malo, Nicolás fue un caballero contigo, nunca te faltó el respeto y siempre te protegió, pero lamentablemente no podemos decir lo mismo con Camila, a ella no la trato como se trata una dama— finalicé.

Nicolás se levanto furioso de su asiento y me miro fijamente.

—¡No se que estas insinuando! Yo a Camila jamás le he faltó el respeto— me aclaró tajante.

Aunque estuviera serio por fuera, adentro mío sonreía sabiendo que había dicho justamente las palabras que había sospechado que diría.

—¿Qué no me faltaste el respeto nunca?— grito Camila levantándose furiosa.

Sus heridas estaba floreciendo y el dolor de esas yagas abiertas la hacían ser tan valiente como ahora, todo su nerviosismo y miedo de hace unos minutos había desaparecido para siempre.

—¿Acaso no te acuerdas lo que me hiciste aquella noche cuando llegaste furioso y oliendo a Avellanas?— le increpó y Nicolás la miro sorprendido— Pues yo te lo voy a recordar, me violaste, abusaste de mi intimidad sin siquiera yo estar húmeda, me penetraste sin aviso y me heriste física y emocionalmente ¿Acaso me merecía eso? ¿Qué es lo que yo te hice Nicolás?— le dije con los ojos llorosos.

—Yo... Yo... Te dije que lo nuestro era sin compromisos y sin sentimientos— le respondió él tartamudeando.

—Y yo te dije que mi hija no debía conocer el amor Nicolás— le aclare mirándolo a los ojos— También tú hermano te dijo que no te juntaras conmigo porque terminaría todo mal— le volví a aclarar— del dicho al hecho hay mucho trecho ¿Verdad Nicolás?— le pregunté al final.

Él parecía desconcertado y no atinaba a decir nada claro, solo negaba con

la cabeza.

—Somos iguales, porque ambos no tendremos justicia— le dijo Camila

Luego se fue en silencio con lágrimas que le corrían por las mejillas y la cabeza inclinada sobre su pecho.

Un silencio incomodo se formo en el ambiente que solo fue interrumpido por mi.

—Haz hecho con Camila lo mismo que yo hice contigo, pero con diferentes acciones— me dirigí a la puerta y lo volví a mirar desde allí— Al fin y al cabo si aprendiste mis enseñanzas de como ser un hombre rico Nicolás Marshar— luego me fui en busca de la niña que no había planeado que se fuera corriendo como lo hizo.

2.32 El amor fortalece en la penumbra

«Rebeca Richieri»

Me quede parada mirando la nada sin decir nada.

—No... No debes creerles Rebi... Yo no soy igual a él...— escuche a Nicolás decir a lado mío casi en un susurro.

Yo Sonreí incrédula.

—Mi padre decía lo mismo de mi abuelo, que él no era tan cruel con su hija como mi abuelo con las suyas, tuve cinco tías que nunca conocí porque mi abuelo y mi padre se encargaron de deshacerse de ellas juntos— le conté.

—Pero yo nunca haría lo que él hizo contigo— me aclaro él.

—Supongo que mi padre también pensaba así en ese momento, que nunca llegaría tan lejos por una decisión y ya vez como ha terminado la historia— le respondí encogiéndole de hombros y agarrando mi cartera para irme.

Nicolás me miro asustado, parecía un niño tembloroso al verme irme.

—¿A donde vas?— me preguntó casi al borde de las lágrimas.

—Necesito estar sola un momento, pensar las cosas— le aclaré y me fui sin decir más nada.

Camine algo desorientada por la vereda, hoy había aprendido una gran lección, no había ningún hombre perfecto en este mundo, todos se

basaban en un intento desesperado de supervivencia, en este mundo solo sobrevivía el más fuerte.

El amor era difícil y no muchos lograban soportarlo, pues este significaba que a pesar de todo lo malo que pudiera tener esa persona, tú la perdonabas y continuaban juntos caminando uno a lado del otro, como compañeros de vida.

Resople sabiendo que no estaba segura si realmente quería seguir con Nicolás sabiendo lo que le había hecho a esa pobre muchacha.

«Camila Lírca»

Corrí con todas mis ganas sin saber a donde iba, solo quería huir de allí, lejos, y que nadie me encontrara nuevamente.

Arnoldo ya tenía lo que quería y yo lo había ayudado, había separado a una pareja feliz, me sentía horrible por ello.

Justamente lo que no quería hacer lo había hecho.

Debí haber sido más inteligente y no dejarme llevar por el buen trato de ese hombre, todos los hombres que te trataban bien es porque alguna intención malévolá tenían escondida.

Sin darme cuenta llegué a la playa, la cual estaba desértica porque era día de semana y estaba nublado.

Me senté al frente del mar embravecido y me quedé mirando un punto fijo.

Había aprendido que nadie en este mundo te quería, que todos los que se te acercaban tenían alguna intención personal contigo.

Creí que había entendido eso con Nick, pero la verdad es que dentro mío aun tenía la vaga esperanza de que Arnoldo fuera diferente.

Pero resultó ser incluso peor se Nicolás, ambicioso hasta el punto de querer asesinar a su propia hija por poder.

Llore amargamente sin control, justo enfrente del mar, para que mis lágrimas parecieran pequeñas en ese inmenso y embravecido océano.

«Arnoldo Richieri»

Estaba en el estacionamiento buscando a la niña, la había perdido de vista

y no sabía por donde buscarla.

Ya mis hombres habían ido a su departamento, pero resulta que ella había sacado todas sus cosas de allí esa mañana y se las había llevado quien sabe a donde.

Cuando me gire para ir a donde mi auto vi a Nicolás observándome en silencio, tenía los ojos llorosos y era la prueba de que mi plan había funcionado.

Ambos nos miramos en silencio un largo rato sin decir nada.

—Felicidades Arnoldo, ya su hija no va a volver a amar nunca más, pues ya no cree en el amor de un hombre— me dijo él.

Yo lo quede mirando con una ceja levantada, sea lo que sea que me quisiera decir no le estaba entendiendo, sentía que me había perdido una parte.

—Ella me contó sobre como su padre destruyo la vida de su mujer y de sus cinco hijas y como usted mismo lo ayudo a hacerlo— continuo frunciendo el ceño y mirando hacia abajo— Tal parece que Rebeca tenía su última esperanza de un hombre completamente bueno en mí, pero gracias a usted, ya deje de creer en los cuentos de hadas— se encogió de hombros con una sonrisa tonta en los dientes y miro al cielo— Yo solo deseaba hacerla feliz, pero no podía hacerlo siendo un simple cosechador de papas ¿Verdad?— me preguntó.

Yo negué con la cabeza, no atinaba a decir ninguna palabra.

—Pues déjeme decirle que lo que Rosanela siempre quiso de usted no era su dinero, era su mirada sincera y sus brazos protectores, sino me cree puede leer su diario, ahí siempre escribía sobre usted— me dijo y se giro para irse, se freno y volvía a mirarme un momento— Espero que sea feliz habiendo provocado el mal de amores que tanto intento evitar en su hija— luego se fue.

Yo me quede mirando como se alejaba con paso lento y débil por la playa de estacionamiento.

Había logrado destruirle, pero ¿Por qué no me sentía bien con ello?

Me subí al auto y conduje al aeropuerto, me subí en mi yete privado y viaje al lugar que era centro de mi fuerza y de mi debilidad.

Al llegar al aeropuerto y sin avisarle a nadie, ni siquiera a Carlos, que

estaba allí, me dirigí a ver a mi esposa.

Hace mucho no entraba en esa cripta de mármol y oro, abrí la cerradura en forma de corazón.

Al bajar las escaleras y a diferencia de otros tiempos me envolvió un olor a humedad y polvo.

Antes todos los años el olor a vainilla me recibía, pero como habían pasado tantos años de que no venía, el incienso a vainilla se había acabado ya hace mucho.

Me acerque a la cripta de oro y abrí el ataúd, los que ahora era huesos secos de Rosanela me recibieron.

Hice una mueca y saque el diario que había mencionado Nicolás.

Me senté a lado del sarcófago y comencé a leerlo.

El diario narraba los momentos que habíamos vivido juntos, desde que nos conocimos hasta que ella enfermó.

El último de esos escrito me llamo la atención.

30 de mayo 1992

Mi querido Arnoldo, si lees esto es porque yo ya me he entregado a los brazos de la muerte.

Debo admitir que le tengo miedo a esa compañera sigilosa, se que pronto va a llegar para reclamar mi alma.

La intento esperar como si de una amiga fuera, la cual me salvara de este desgarrador y continuo dolor que siento.

Suelo despertar a media noche, soñando que ella viene como una sombra cubierta de penumbra, el problema no es que me quiera llevar a mí, mi mayor temor es que quiera llevarse a nuestro inocente retoño.

Lo único que me trae paz en aquellas noches de insomnio, dolor y miedo son tus brazos, que como si de un escudo se trataran me protegen de todo espectro de la muerte acechándome.

Antes creía que el amor era inútil, incluso llegue a creer que te hacia débil, puesto que el fue el responsable de el dolor que aun siento en mi alma por Matías.

Pero ahora me doy cuenta, que el amor es todo lo que me da fuerza en estos momentos.

Te amo cielo mío, esposo mío y siempre te amaré.

Con todo el amor que reposa en mi ser para ti, siempre tuya Rosanela Richieri.

2.33 Las heridas de amor solo se curan con amor

«Arnoldo Richieri»

Me quede recostado junto al sarcófago de mi amada Rosanela.

Habían pasado veintisiete años de su partida y aun lloraba durante las noches su perdida.

Lo único que quería, era evitar que Rebeca sufriera el mismo calvario que yo mismo sufría cada maldito día que me despertaba vivo.

Pero no me había dado cuenta que mis acciones le habían hecho más daño que el mismo amor.

Llore amargamente, pues había perdido a mi Rosanela y a mi Rebeca, las únicas mujeres que habían logrado dominarme. Yo seria capaz de dar la vida mi la niña de mis ojos, nadie jamás le haría daño y saldría vivo de ello.

«Rebeca Richieri»

Llegue a mi casa en el centro de la ciudad, al pasar tanto tiempo en Argentina, me resultaba incomodo el bullicio de la gran ciudad.

Me quite la ropa y me coloque los auriculares, mi cabeza dolía, no podía dejar de pensar en lo sucedido.

Yo sabia que Nicolás no era perfecto, pero hacerle tanto daño a una mujer que nada le había hecho para dañarlo, como mujer me ardía la sangre saber que Nick era ese tipo de hombre, que solo buscaba a una mujer por el placer físico.

Me dormí en la bañera, al despertar ya estaba atardeciendo. Me coloque la bata, salí al balcón y me quede mirando el horizonte.

El amor era confuso, nunca sabias quien, como o porque te enamorabas. Pero una vez lo hacías ya más nunca se te acababa.

Había personas como mi madre Rosanela del Valle Richieri, una mujer que había incluso dado su vida por un amor verdadero, uno de esos amores mas puros que existen en este mundo, el amor de una madre hacia un hijo.

Había otras como mi padre Arnoldo Richieri, que sufrían continuamente la pérdida de su amor, para ellas despertar cada día era una agonía silenciosa, pues sabían que era un nuevo día sin poder estar cerca de su amor.

Luego estaban aquellas como Camila Lírica, almas castigadas por su divergencia, todos se burlaban pues a su edad nunca habían amado. Presionadas por la misma sociedad, incluso por sus mismos familiares, salían al mundo desesperadas por encontrar a su verdadero amor, por ello eran inconscientes y se entregaban a todo aquel que les demostrara un mínimo de interés. Casi siempre terminaban rotas y heridas de por vida.

Nicolás Marshar representaba a ese grupo de humanos que viendo lo que a otros les sucedió, se alejaban del amor como si de una serpiente venenosa se tratará, no se daban cuenta que mientras mas lejos quisieras ir, más enredado en su telaraña quedabas. Tarde o temprano te atrapa y luego de eso ya no había marcha atrás.

Por último estaba yo, había nacido por una entrega de amor, crecí viendo a mi padre desfallecer cada día por una herida de amor. Tenía la curiosidad de saber como un mismo sentimiento podía causar tanta alegría y tanto dolor. Sentía la necesidad de amar, para saber lo que se sentía ser amada.

Me quede toda la noche reflexionando sobre el sentimiento que sin duda se llevaba el premio al más complicado de todos.

Amor y odio, alegría y dolor, curación y heridas, todo eso era estar enamorado. Solo unos pocos valientes lo conseguían.

Al otro día comencé a armar el rompecabezas, comencé con mi padre.

Arnoldo Richieri negaba el amor con todas sus fuerzas, conoce a Rosanela y se enamora perdidamente de ella. Se casan y tienen un hijo el cual muere a sus quince años de un escopetazo en el pecho, la herida de esta pérdida las curan mutuamente con amor entre ellos dos. Luego una maliciosa enfermedad los intenta separar, lo logra pero el amor siempre astuto le deja una hija que era una pequeña copia de su verdadero amor.

Mi padre nunca logro superar su perdida, decidió vivir en el dolor y no se dio cuenta que yo era el consuelo de su alma, era ese último regalo que

Rosanela le dejó para que no estuviera solo ya más nunca.

Camila se había dejado llevar por los difíciles cuestionamientos de una sociedad cruel y tradicional.

“Luego de los treinta serás solterona hija”

“¿Y el esposo para cuando?”

“¿Sigues soltera? ¡Vaya que mal!”

Y así se podían seguir nombrado miles de habladurías crueles y sin empatía sobre una mujer que ya pasado los treinta no lograba encontrar al hombre indicado.

Esto provoque que ella se entregara a muchos hombres que solo eran palabras bonitas, sonrisas brillantes o perfumes elegantes, pero sin sentimientos, todos y cada uno de ellos.

Nicolás había sido herido al ser obligado al alejarlo de su verdadero amor, no quería volver a pasar lo mismo, se rehusaba a enamorarse de nuevo. Era el motivo de su evidente desinterés en el género opuesto, pero nuevamente el mundo, repleto de gente que solo se dedica a criticar sobre la vida ajena, hizo su trabajo, presiono a Nick a buscar mujeres para armar una pantalla de cuentos de hadas, pantalla que todos los personajes públicos de este mundo deben crear, ningún famoso o rico puede estar triste o solo, vidas perfectas siempre deben tener vidas perfectas.

Me quede viendo mis anotaciones atentamente. Los cuatro estábamos solos, ahora volvíamos a sufrir. Pero ese dolor se había mutado, pues sufríamos por algo diferente.

Arnoldo había dejado de sufrir por la perdida de Rosanela y había comenzado a sufrir la soledad de muchos años.

Camila había dejado de sufrir por hombres incorrectos y había comenzado a sufrir por su mal comportamiento con ella misma, no se había valorado como mujer, como persona y eso la hería.

Nicolás había vivido en un cuento de vida perfecta producido por el poder y el dinero, ahora la realidad se le ponía enfrente, hiciera lo que hiciera nunca dejaría de ser el Nicolás Marshar que se había enamorado locamente de una mujer y había dejado todo por ella. Su tierra, su familia incluso su vida.

Mi curiosidad se había convertido en desolación, una que me hería por dentro, que me hacia llorar amargamente por la noche. Ahora nadie me

impedía estar con Nicolás, pero yo misma lo había abandonado ¿Por qué?

Lamentable solo existía una forma de reparar esas heridas y era con amor. Era el único que lograría curarnos a todos.

2.34 Baches de amor

«Rebeca Richieri»

Sabia que debía hacer. Agarre mis cosas y me fui directamente al aeropuerto.

Al llegar a Argentina sabía que había dos lugares en donde podía estar mi progenitor. Cuando llegue a casa observe la cara sorprendida y desconcertada de Carlos, él no estaba aquí.

—Sabes que debes hacer— le dije luego de darle las ordenes que debía seguir al pie de la letra.

Él asintió lentamente aun aturdido por mi llegada sorpresiva y las cosas que le había pedido que hiciera.

No había tiempo para explicarle debía encontrar a mi padre, rara vez el amor deja un bache para solucionar los errores y debía aprovecharlo antes de perder la oportunidad para siempre.

Al llegar a la vieja y desgastada edificación, única en ese enorme parque, trague saliva. Nunca había podido entrar allí, primero porque mi padre guardaba receloso la llave de aquel lugar, que pensaba yo no conocía y segundo porque no me atrevía a siquiera ver a mi madre la cual no conocí en su sarcófago de descanso eterno.

Con la mano temblorosa empuje débilmente la puerta, esta se abrió sin demasiado esfuerzo. Entre en silencio, un lúgubre y mohoso lugar me recibió. Al bajar las escaleras encontré a mi padre recostado en el suelo, corrí donde él, estaba respirando con sopor ¿Quién sabe hace cuantos días estaba allí sin comer ni beber nada? Como pude lo saque de la cripta y lo subí al auto. En casa Carlos me ayudo a subirlo a su habitación, lo quede mirando fijamente antes que este pudiera escapar por la puerta.

—No pareces muy sorprendido que mi padre este vivo después de todo— le aclaré acercándome a donde él.

—Viendo todo lo que ha sucedido este ultimo tiempo señorita, realmente ¿Podemos sorprendernos de algo?— me preguntó mirándome a medias.

Yo asentí en medio de un suspiro, estaba tan paranoica con toda esta situación que ya no confiaba ni en mi sombra. Luego de mirar un

momento hacia la cama de mi padre donde él estaba reposado, le hice señas para que se vaya y me acerque a mi progenitor.

Estaba pálido y débil, la herida por la ausencia de Rosanela finalmente lo había consumido por completo.

Acaricie su cabeza, aun tenía los cabellos húmedos por el baño que le habíamos dado junto a Carlos. Esa noche me quede dormida acurrucada en su pecho como cuando era una niña y le tenía miedo a las tormentas.

«Nicolás Marshar»

Me despertó el sonido de la puerta.

—¡No hay nadie!— grite molesto, no quería que me molestarán.

—O me abres o me meto por la ventana— me amenazo Verni.

Resople sabiendo que decía la verdad, se iba a meter por donde fuera si no le abría la puerta.

Me levante con mala ganas, fui hasta la entrada arrastrando los pies, con mis manos estaba sosteniendo mi bata mugrienta por los varios días que la llevaba puesta.

Al abrir Verni me vio de arriba abajo.

—¡Vaya! El amor si que te sienta mal a ti— me dijo con una sonrisa.

Yo le mostré el dedo medio mientras me diría nuevamente a mi habitación para acostarme. Llevaba días sin moverme de mi cama, tenía hambre y sed pero no quería comer nada, tal vez si me moría dejaría de sufrir tanto.

Verni entro en mi habitación con un montón de correspondencia en su mano, seguramente la había sacado del buzón antes de entrar a casa, no había salido en dos semanas de allí, desde que Rebeca me terminara, recién nos reencontrábamos y ya nos habíamos separados, tal vez nuestros destinos estaban separados después de todo y nosotros éramos los que habíamos insistido sin motivo.

—Cuentas, cuentas y más cuentas— dijo Verni hablándome mientras revisaba los sobres— ¿Y esto que es?— me preguntó mostrando una de las cartas.

Yo lo ignore y cerré los ojos, sea lo que sea no me interesaba, podía

tirlo si quería.

—Tiene un sello de...— comenzó a decir y se quedó en silencio un momento— RR esa es...— me dijo.

Yo me levante y le quite la carta de la mano en menos de un segundo, fui tan rápido que Verni quedó desorientado sin saber que había sucedido.

Acaricie el sello que cerraba el sobre color rosa un momento, luego lo abrí y saqué la carta.

Sr. Nicolás Marshar

Le comunica el fiel sirviente de la señorita Rebeca Richieri, que ella desea verlo en la finca del clan Richieri ubicada en Argentina.

El avión lo estará esperando en el aeropuerto a las doce horas del día miércoles.

Sin más, esperamos su presencia.

Saludos cordiales.

—¿Y? Cuente el chisme— insistió Verni con los brazos cruzados.

Lo mire un momento en silencio aun con la carta en mis manos.

—Quiere que la vaya a ver a Argentina— le dije.

La cara de Verni se transformó, él sabía tanto como yo lo que es el lugar representaba para ambos.

—¿Qué harás?— me preguntó de inmediato.

—¡Voy a ir!— le dije buscando ropa limpia entre todo el desastre de mi habitación.

—¿Y si es una trampa?— insistió Verni con el semblante notablemente preocupado.

—Lo único que me pueden sacar es la vida y ya mucho no me importa conservarla— le aclaré encogiéndome de hombros y metiéndome al baño.

Luego de unos minutos salí bañado, peinado y arreglado.

Agarré mis cosas y abrí la puerta, mire ligeramente donde Verni un

momento.

—Me haz acompañado fielmente todo este tiempo Verni, creo que no tengo derecho a pedirte que me acompañes ahora, pero me gustaría que lo hicieras— le dije.

—¡Nunca te dejaría solo Nick! Empezamos esto juntos y lo vamos a terminar juntos— me dijo sonriendo y golpeándome el hombro.

Yo sonreí y lo abracé.

—Pero si vamos a ir en un jet privado pido ventana— me dijo riéndose y corriendo a mi auto como un niño.

No pude evitar reírme, me había recordado los viejos tiempos, Verni era como un hermano para mí, nos habíamos criado juntos en la mansión Richieri.

2.35 La sangre Richieri corre por sus venas

«Camila Lírica»

Me había encerrado en mi departamento nuevo los últimos días desde que había sucedido todo con Nick.

Tal vez era una vía de escape de una cobarde, pero ya me había acostumbrado que la gente me viera mal o hablara mal de mí, siempre sería la villana de la historia.

Recordaba mi épocas de infancia cuando junto a mi hermana Lucia competíamos el amor de nuestros padres. Ellos siempre la elegían a ella, su vida fue perfecta desde su nacimiento, los mejores estudios, la mejor belleza, la mejor sonrisa, la mejor compañera y la mejor pareja. Llevaban con mi cuñado ocho años juntos, ambos me odiaban sin razón aparente. Tal vez era porque yo opacaba el brillo de mi tan linda y perfecta hermana mayor.

Yo no era la más inteligente, la más linda, la más sociable o la más amada por los hombres, yo era su contraria.

Me había encerrado en una soledad hiriente que me consumía por dentro, pero yo sabía perfectamente que algún día esa soledad me llevaría a la tumba, así que no le tenía miedo, al contrario era mi única amiga.

Sonó la puerta de casa, el correo me traía una carta. No era necesario mencionar que eso era por demás extraño pues jamás nadie me escribía y

muchos menos una carta.

Tenia un sello de una RR en rojo con una firma debajo, escrito en una perfecta caligrafía decía Rebeca Richieri.

¿Ella no era la mujer de la cual estaba enamorado Nick?

¿Por qué me escribía?

Lo único que faltaba era que me hubiera metido en uno de esos líos de mujeres tóxicas y hombres obsesivos.

Me agarré la cabeza un momento sabiendo que no era la primera vez que una mujer me acusaba de estar con su novio. Había cometido demasiados errores en mi vida, de todos me hacía cargo, yo los había decidido.

Abrí el sobre con cuidado para no romper el contenido, desdoblé la carta con las manos temblorosas, lo que menos quería era volver a pasar por las rabietas de una mujer despechada y los insultos de un hombre cobarde que no se hacía cargo de su infidelidad. Siempre la amante tenía la culpa "Ella me sedujo yo no quería ser infiel" ya había escuchado eso antes, estaba en la mujer creer al idiota y atacar a la amante o borrar de su vida a los dos. Rara vez pasaba la segunda opción, normalmente la mujer apañaba al infiel como si de un niño se tratara y lo protegía de la monstra que lo había llevado a la cama a la fuerza.

Srita Camila Lírca.

Me presentó muy amablemente, soy el sirviente de la señorita Rebeca Richieri. Ella me pidió que por favor pueda venir a la mansión Richieri ubicada en Argentina, los gastos de viaje y hospedaje van por cuenta del clan Richieri.

Sin más me despido cordialmente.

Carlos.

Me quedé mirando atónita la carta, seguramente me quería golpear en persona, pero llamarme para que fuera donde ella para golpearme me sonaba de locos la verdad, nunca me había sucedido algo así.

¿Y si no te quiere golpear? ¿Para que otra cosa me querría?

Tal vez era como su padre y quería manipularme para hacer algo que ella quisiera, bueno yo no era tan tonta y no caería dos veces en la misma trampa, le dejaría claro quien era eso seguro.

Agarre mis cosas y me fui al aeropuerto.

Llegue allí con mi pequeño bolso de mano donde llevaba una muda de ropa casual y algunos productos de limpieza.

Cuando me lo indicaron subí al jet de la señorita Rebeca Richieri, definitivamente todo ese lujo junto solo para un avión denotaba la riqueza y poder de esta mujer ¡Ay señor en que me había metido ahora!

Estaba observando cada cosa lujosa de ese avión cuando lo escuche.

—¿Camila?— su voz denotaba confusión, pero su tono me era familiar, muy familiar.

Me gire y vi a mi interlocutor ¿Por qué estaba allí? No lo sabía, pero seguramente Rebeca quería hacernos algo a los dos.

Me quede en silencio mirándolo de arriba abajo.

—¿Qué haces aquí?— insistió Nick.

—Bueno supongo que esto no será un encuentro romántico después de todo— dijo un hombre detrás de él.

Me sonaba familiar, pero no recordaba muy bien de donde, tal vez lo había visto alguna vez con Nick mientras era su mujer por contrato.

—No, esto... No— dijo Nick visiblemente confundido viendo al hombre y a mi seguidamente.

—Atención pasajeros por favor abrocharse los cinturones vamos a despegar en unos minutos— anunció una voz masculina por el alta voz.

No sabía que tan loca estaba Rebeca, pero definitivamente no me quedaría para averiguarlo, ya había visto a muchas mujeres que despechadas sacaban la peor versión de ellas mismas, debía decir que algo peor que un hombre al cual se le había manchado la hombría, era una mujer despechada.

Agarre mi bolso y me dirigí a la puerta del avión que ya estaba cerrada, comencé a golpearla así la abrían.

—¡Quiero bajar! ¡Déjenme bajar!— les grite.

—No creo que te escuchen— me aclaro el tipo desconocido sentándose en una de las butacas.

—No se que tan desquiciada este esa mujer, pero no planeo averiguarlo— le dije y continúe golpeando la puerta con todas mis fuerzas.

—¡No la llames así!— me aclaro Nick molesto.

—¿Acaso no lo entiendes aun?— le dije entrando en desesperación imaginándome todos los finales posibles.

—¿De qué hablas?— me preguntó con una ceja levantada.

—Quieras o no quieras entender, ella es hija de Arnoldo, su sangre corre por sus venas y si Arnoldo es capaz de cualquier cosa, ella igual— me fui hacia la puerta de la cabina y sentí en mis pies que los motores del avión comenzaban a funcionar.

—¡Ella no es igual a él!— me dijo furioso.

—Tal vez no antes, pero ahora todo cambio, vos la engañaste, nosotros la engañamos y nos hemos convertido en sus enemigos ¿Qué se supone que hace Arnoldo con sus enemigos?— pregunte sabiendo la respuesta o al menos sospechándola por lo poco que lo había conocido.

2.36 Diferentes puntos de vista

El avión comenzó a andar por la pista y caí de rodillas.

—¡No! ¡Déjenme salir! ¡No quiero estar aquí!— les grite desesperada, pero nadie respondió.

Como pude y con ayuda del amigo de Nick me senté en un asiento. Estaba pálida, creo que ahora todos estábamos asustados. Ellos habían entendido el mensaje que quería dar, nuestras vidas dependían del humor de Rebeca al 100%

Llegamos al aeropuerto sano y salvos, agradecí a todos los santos el haber llegado bien. Hasta me había imaginado caer en medio del océano con el avión, no sabia que tan loca podía ser esa mujer y con su dinero era capaz de cualquier cosa, eso era más que seguro.

—Bueno tranquila que no ha pasado nada— me dijo Nick tajante mientras yo vomitaba en un rincón de la calle.

—¡Aun no!— le dije como pude.

—¡Ho vamos! Eres demasiado paranoica Rebeca...— comenzó a decirme asqueado.

—Es Richieri, y los Richieri no olvidan ni perdonan— le dijo el que ahora conocía como Verni.

Nick lo miro en silencio, parecía que no se atrevía a decir nada. Sentía que algo me había perdido, estos dos sabían mejor que yo en que nos estábamos metiendo. Pero curiosamente se lo tomaban con una tranquilidad perturbadora, no se ellos, pero yo no estaba lista para morir aún.

«Arnoldo Richieri»

Abrí los ojos, estaba confundido y desorientado. Techo blanco, paredes color verde claro ¡Espera! ¿Techo blanco? ¿Paredes color verde agua? Así no era la cripta de Rosanela y estaba muy seguro que me había quedado dormido allí.

Me intente levantar pero algo me detuvo, tenía un peso muerto en el lado derecho de mi cuerpo. Mire confundido para ver de que se trataba. Rebeca estaba recostada abrazándome como si una niña se tratará. No pude evitar sonreír al recordar a mi hija de niña ¡Espero no!

¿Rebeca? ¿Qué hacia aquí? ¿Como había llegado?

Me intente levantar con cuidado, pero ella se movió y abrió los ojos lentamente. Nuestras miradas se cruzaron un segundo.

Ella abrió los ojos sorprendida y se levanto apresurada.

—¡Papá! ¿Estas bien? ¿Como te sientes?— me preguntó sin dejar de tocarme, apretarme y revisarme la cara.

—Sigo siendo yo si eso preguntas— le dije sacando sus manos de mi cara para poder hablar.

Ella dejo caer los brazos a sus lados y me quedo mirando un momento en silencio, luego agachó la cabeza, creo que nunca lo había hecho conmigo, siempre me sostenía la mirada como su madre.

—Creí que te había perdido... Como a mamá...— me susurro reflejándose los dedos, los ojos se le volvieron brillantes y húmedos, estaba a punto de llorar.

—No te vas a deshacer de mi tan fácil— le dije sonriendo y le acaricie la mejilla secándole una lágrima que se le había escapado.

Ella me abrazo en un impulso, yo me quede tildado sin saber como reaccionar, habían pasado muchos años que no me abrazaba. La rodee con mis brazos por la espalda, su cuerpo hacia pequeñas convulsiones y

luego se relajaba. Así nos quedamos un buen rato, creo que ambos necesitábamos ese abrazo después de tanto tiempo.

Alguien golpeo la puerta y apareció Carlos tímidamente, me miro sorprendido un largo rato, luego negó con la cabeza incrédulo y mirando al suelo le hablo a Rebeca.

—Disculpe señorita, los invitados ya llegaron— yo no pude evitar mirarla, pero ella me ignora.

—Esta bien, ahí bajamos— le respondió y se levanto para acomodarse.

—¿Quiénes han venido?— le dije observándola mientras se arreglaba.

Ella me miro de forma picada y eso no me daba confianza. Se acerco y comenzó a arreglarme la camisa, el pelo, me puso perfume.

—Ya estas lindo— me dijo sonriendo.

—¿Para qué o qué?— le pregunté entrecerrando los ojos.

—Ya lo veras— me respondió agarrando mi mano y tirándome por el pasillo de la planta alta.

Cuando bajamos me quede tildado en el ultimo escalón de la escalera.

Nicolás me miro y luego miro la mano de Rebeca con la mía entrelazadas.

Yo lo mire a su vez demasiado confundido y aturdido para reaccionar.

Unos ojos saltones llamaron mi atención desde atrás de Nick, Camila me observaba asustada y nerviosa ¿Qué le había sucedido?

El de atrás de ellos era Verni, había sido uno de mis fieles guardias hasta que me traiciono y ayudó a Nicolás a huir aquella noche, pensé que no seguían teniendo contacto. El me miro sin expresión, como si ya supiera de ante manos que me iba a volver a ver, su carácter templante y desinteresado me había llamado siempre la atención.

—Bueno apuesto a que todos quieren saber porque estamos aquí hoy— comenzó a decir Rebeca.

Todos la miramos, evidentemente a juzgar por la cara de los demás, aquí la única que sabia que hacíamos todos aquí era ella.

Ella me miro fijamente un momento y luego coloco su mano en mi mejilla.

—¿Cuántos años viviste junto a mi madre?— me preguntó.

Esa pregunta me perturbó y negué con la cabeza, no quería hablar de ella.

—Debes decirme, se que es difícil pero es hora de que afrontes ese dolor— me dijo apretando mi mano.

Yo la mire un momento haciendo una mueca.

—Diecisiete años— respondí en un susurro agachando la cabeza.

—¿Y hace cuanto que falleció?— me volvió a preguntar.

Mi respiración se hizo densa, como si de un momento a otro el aire se volviera pesado en el ambiente. Era demasiado difícil responder.

—Treinta años— le dije entre cortado.

—Es decir que viviste diecisiete años de felicidad y treinta de agonía— me aclaró mirándome.

Yo la mire sorprendido, de todas las respuestas que esperaba esa era la que menos quería escuchar, pero la que más verdad tenía.

Me había acostumbrado a escuchar vagos deseos de condolencia, pero ninguna de esas personas sentía realmente lo que decían, pues ellas no estaban en mi lugar, no habían perdido a Rosanela. La única que podía sentir lo mismo que yo, pues también había perdido a la misma persona era Rebeca.

Mi corazón comenzó a arder, sus latidos se hacían lentos y dolorosos, mi Rosanela, mi querida Rosanela.

Me incline agarrándome el pecho, escuche a Rebeca gritar y sostenerme del brazo. Sentía a gente correr alrededor mío, luego perdí el conocimiento.

«Rebeca Richieri»

Mi plan nunca había sido ese, no quería que mi padre sufriera un infarto a causa de mis palabras, me sentía horrible, casi lo había matado.

Nicolás se me acerco con un café en ambas manos. Yo lo mire con los ojos llorosos, no falto decir nada más, dejo los cafés a un lado y me abrazo con

fuerza.

Llore como una niña.

—No quería hacer esto, casi lo mato— le susurré.

—Se que no querías hacerlo, pero creo que nadie entiende lo que tú padre siente por Rosanela, porque nosotros no hemos visto morir a nuestro ser amado sin saber que hacer para salvarlo— me respondió aun abrazándome.

—Vivió todos estos años de agonía en silencio, nunca dijo nada, a mi me sonreía cada vez que me veía, aun siendo la causa de su muerte— le dije con los ojos hinchados de tanto llorar.

El negó varias veces con la cabeza.

—Vos no sos la causa de la muerte de Rosanela— me respondió tomando mis mejillas entre sus manos— Eres la causa de que tú padre siga con vida después de tantos años ¿Acaso crees que él hubiera aguantado este dolor tantos años si vos no existieras?— me preguntó mirándome a los ojos.

Nunca había visto mi existencia de esa forma, si yo no hubiera nacido mi padre seguramente había una muy alta posibilidad de que se hubiera suicidado a causa de la muerte de mi madre. Todo dependía de que punto de vista pusieras a los sucesos.

2.37 Su bello rostro

«Arnoldo Richieri»

—Hola— dije algo desorientado.

—Hola Hola Hola— repitió alguien tres veces.

—¿Quién anda ahí?— pregunte mirando hacia todos lados.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién anda ahí? ¿Quién anda ahí?— volví a escuchar.

Comencé a caminar lentamente, pero no me sentía seguro, había una niebla densa y oscura que me envolvía.

—¿Donde estoy?— pregunte dudando si caminar o no, no podía ver el suelo.

—¿Donde estoy? ¿Donde estoy? ¿Donde estoy?— repitió esa incesante voz que parecía lejana y a la vez me retumbaba en mi cabeza, como si estuviera dentro mío.

Observe a mi alrededor, no se podía ver nada, solo esa niebla oscura y densa en todos lados.

De un momento a otro me sentí caer al vacío, el piso había desaparecido y me había hecho caer en un enorme precipicio sin fin. Intente gritar pero mi voz no salía por mas fuerza que hiciera.

Caí a lo que parecía el suelo, pero extrañamente no sentí dolor. Volví a mirar hacia todos lados, la niebla había desaparecido, en su lugar había un enorme viñedo, a ese lugar lo reconocía ahí me había criado toda mi infancia y adolescencia.

Camine hacia donde sabia estaba mi casa, al llegar me quede tildado viendo como mi padre entraba casi corriendo a la casa ¿Como era eso posible? El había muerto ya hace muchos años.

Continúe mi caminata esta vez con precaución, la casa estaba en penumbras. Había un grupo de personas esperando en una puerta cerrada, aunque no dijeran nada podía oír sus pensamientos y sentir su ansiedad y nerviosismo.

Me acerque a donde mi padre, el era el más ansioso de todos allí. Alguien grito desde el otro lado de la puerta, nose porque pero comencé a sentir pánico, un dolor punzante me recorrió el cuerpo, estaba desesperado y no podía gritar ni defenderme, veía todo oscuro, estaba mojado y el aire no entraba en mis pulmones ¿Qué me sucedía? ¿Donde estaba?

En medio de mi desesperación me escuche a mi mismo gritar para hacerme oír, lejos de sorprenderse todos sonreían a mi alrededor.

—Felicidades es un niño— dijo un hombre vestido completamente de azul.

Había revivido mi propio nacimiento y había sido la experiencia más horrible que podía haber tenido.

Comencé a caminar hacia atrás descolocado por ello cuando escuche un susurro bien audible al final del pasillo en penumbras.

No me sentía seguro, pero la curiosidad pudo más y me dirigí hacia allí, ya listo para cualquier cosa.

—¿Qué vez?— preguntó ansiosa una versión pequeña de mi hermana Clorovida, podía sentir que también estaba ansiosa pero era una ansiedad

diferente a la de los demás, tenía miedo, mucho miedo.

—Sssh— la silencio mi hermana Mercedes tapándole la boca y volviendo a inclinarse con cuidado por el borde de la pared ¿Qué hacían aquí? ¿Por qué estaban escondidas y asustadas?

—¿Es nene o nena?— insistió Clorovida esta vez susurrando para no ser escuchada. Pude oír en sus pensamientos como deseaba que fuera una niña, en su inocencia creía que solo eso podías salvarlas de su triste destino.

—No lo sé, están los adultos reunidos pero nadie dice nada— le aclaró Mercedes agudizando la vista para poder ver mejor. Ya entendía lo que sucedía, cuando yo nací su vida marco su triste destino final, mi nacimiento había sido la causa de su sufrimiento, la triste y perversa agonía de sus días de vida, hasta que la muerte como una compañera liberadora se las llevó de este mundo de una vez para siempre.

—Agonía ¿Agonía? ¡Agonía!— dijeron esas voces en mi cabeza, aun no sabía quienes eran.

La niebla me volvió a envolver sin previo aviso, lo ultimo que vi fue la cara de desesperación de Mercedes sosteniendo la mano de Clorovida.

Reaparecí en la mansión, esta vez había tormenta, los relámpagos se vislumbraban por los enormes ventanales de la casa.

Estaba parado junto a una de la puertas de las habitaciones de planta alta, esta vez estaba solo en la oscuridad.

Sentí unos pasos sigilosos acercándose me puse en alerta, a medida que esa figura se me acercaba un sabor amargo comenzó a brotar en mi boca, un sentimiento de odio y asco broto en mi interior.

Escuche el grito de Mercedes, ya sabía donde estaba. Me vi a mi mismo sonriendo, no sabía que podía sentir asco por mi persona.

Mi hermana sollozaba dentro de la habitación, intente abrir la puerta con desesperación, esta vez podía sentir su agonía y miedo, quería salvarla. Me mire a mi mismo con ansiedad, rogando que entrara de una vez a salvarla, solo mi versión joven podía hacerlo. Una vez que abrió la puerta y escuché el ruido de la daga cortando el aire hasta entrar en al carne de aquel que había pretendido ofender a mi hermana, repetí en un susurro lento las palabras que recordaba perfectamente había dicho ese día.

—Hermana esas cosas que estabas haciendo son pecaminosas ¿Acaso las monjas no te enseñaron nada?— podía notar el tono de burla cínico que

estaba usando.

—¿Como?— miro a mi versión joven desconcertada.

—¿Como qué?— repetí en mi cabeza escuchando a mi recuerdo.

—¿Como sabias que él estaba intentando abusarme?— dijo ella desconfiada.

El gusto amargo en mis labios y lengua se volvía intenso de a ratos, mientras más maldad mostraba mi recuerdo.

La niebla me envolvió y la imagen de mi mismo con cara de odio desapareció adelante mío.

Aparecí en mi antiguo despacho en la planta baja de la mansión Argentina, tarde al menos unos diez minutos en comprender que hacia allí.

Escuche el grito desgarrador desde planta alta.

—¡No! ¡ROSANELA!— grite sin que nadie pudiera oírme, yo era un espectro del futuro allí.

Corrí escaleras arriba, no la volvería a perder, no devuelta.

—Espera cariño, ahí voy, no te vayas, por favor no lo hagas— rogué dentro mío.

Cuando entre a la habitación, escuche el llanto débil de Rebeca.

—No... No, no, no— me repetí lentamente.

Nuevamente había llegado tarde, otra vez había fallado en protegerla.

Me acerqué para volver a ver su bello rostro, hace mucho no la veía. Mi alma ardía en esa agonía silenciosa que me mataba lentamente cada día de mi miserable vida.

Esos ojos brillosos color miel, esos labios dulces que ya no podía volver a besar. Mi corazón palpitaba con fuerza, en cualquier momento saldría de mi cuerpo.

Acaricie su mejilla que aun conservaba su color rosáceo. Las lágrimas comenzaron a salir por mis ojos, ellas eran mis fieles compañeras nocturnas desde su partida.

Sentí que alguien apoyó su mano en mi hombro. Me gire y me vi envuelto en su aroma vainilla.

—¿Rosanela?— pregunté en un susurro lleno de dolor.

—Mi amor— me respondió ella sonriendo.

—No te vayas por favor— le insistí con una vaga esperanza.

—Debo hacerlo, ya esperan por mí— me respondió acariciándome la mejilla con su mano suave y tibia.

Apoye mi cabeza en su delicada piel, mis ojos estaba hinchados de tanto llorar, la observaba sonreír, tal y como la recordaba cada noche antes de dormir y cada mañana antes de comenzar el día.

—¿Quieres venir conmigo?— me preguntó mirándome un momento.

Yo entrecerré los ojos, mi corazón comenzó a palpar nuevamente sin control.

«Rebeca Richieri»

Estaba acurrucada en los brazos de Nicolás cuando una alarma sonó en la habitación de mi padre, me levante asustada, las maquinas que tenia conectadas chirriaban sin control ¡Estaba haciendo un nuevo paro cardiaco!

—¡PAPÁ!— grite desesperada y entre para abrazarlo.

2.38 Las múltiples facetas del amor

«Arnoldo Richieri»

—¿Puedo ir?— le pregunté aun incrédulo, no estaba seguro si podía hacer tal cosa, aun seguía vivo.

—Es tú decisión, mi amor— me respondió ella sonriendo.

Comenzó a alejarse hacia la puerta.

La seguí desesperado.

—No, no me dejes... Por favor...— la tome de sus manos en un intento desesperado de detenerla.

—Yo debo irme— me aclaro ella mirando la puerta, que ahora se había

transformado en un portal de luz blanco muy brillante.

La niebla había desaparecido, solo estábamos ella y yo, nuevamente solo los dos.

—¿Y yo?— le pregunté mirándola a los ojos.

—Puedes quedarte, o venir junto a mi, mi amor— me respondió sonriendo y volviendo a acariciar mi rostro.

«Rebeca Richieri»

Lo sostuve con mis brazos con toda la fuerza que tenía en mi cuerpo.

Me alejaron de él y yo grite con desesperación.

—No, déjenme ¡No me alejen! Quiero estar con él— alguien, no estoy segura quien, me aferro con sus brazos fuertes. Yo convulsionaba sin control en medio de un río de lágrimas.

Los médicos comenzaron a hacerle reanimación, primero con una máquina y luego manualmente.

Una enfermera le grito al médico.

—¡Lo estamos perdiendo doctor! ¡Se nos va!—

«Arnoldo Richieri»

Asentí lentamente, ella hizo más grande su sonrisa y me tomó la mano.

Caminamos hacia la luz de la puerta juntos.

Mi corazón estaba feliz, por primera vez después de tantos años tenía a mi querida Rosanela nuevamente conmigo ¿Qué más podía pedir?

Llegamos a la puerta y ambos nos miramos fijamente, era nuestro reencuentro, solo nuestro, ella y yo, otra vez juntos.

«Rebeca Richieri»

Me aleje de quien me abrazaba y me coloqué en la ventanilla de observación, apoye mis manos en el vidrio, tenía la cara hinchada de tanto llorar, abrí mis labios y le susurré.

—Papá no me dejes por favor, te necesitó conmigo— rogué con un dolor

agudo en mi corazón.

No estaba lista para perderlo, no aun, no podía dejarme sola, teníamos muchas cosas pendientes.

Recién nos encontrábamos después de tantos años creyéndolo muerto, no era justo. No quería volver a pasar esto otra vez.

—No me dejes, por favor, no lo hagas...— le rogué llorando.

«Arnoldo Richieri»

Ella dio unos pasos hasta el borde del umbral, me miro invitándome a que haga lo mismo.

—Papá no me dejes por favor, te necesitó conmigo—

Mire hacia atrás desconcertado.

—¿Rebeca?— pregunte.

No la podía ver, pero si podía escucharla, sea donde sea que estuviera.

—No me dejes, por favor, no lo hagas— volví a escuchar su voz.

Una nueva imagen apareció delante mío, Rebeca lloraba desconsolada detrás de un vidrio. Mi alma se partió en dos al ver a la niña de mis ojos llorar desesperada.

¿Quien le había hecho eso? Mataría a Nick si había sido él.

La imagen se agrando y me vi a mi mismo detrás del vidrio, estaba muriendo y los médicos querían reanimarme.

Mire a Rosanela quien aun sostenía mi mano con dulzura.

Como si adivinara mi pensamiento me volvió a sonreír transmitiéndome paz.

—Es tú decisión, mi amor— me repitió.

—¿Pero te volveré a ver?— le pregunté mirándola a los ojos.

—Yo vendré a buscarte un día nuevamente— me prometió.

—¿Y volveremos a estar juntos?— insistí.

—¡Para toda la eternidad!— me aclaró ella y me dio un tierno beso en los labios.

Me deje llevar un momento por esos dulces labios que tanto había extrañado por casi treinta años.

Luego la vi desaparecer en el umbral, nuestras manos se separaron, pero ahora tenía la certeza que nos volveríamos a encontrar. Mi corazón estaba en paz.

Abrí los ojos, lo primero que vi fue al medico y a la enfermera con cara de preocupados.

—¿Señor Richieri?— preguntó el algo desorientado.

Parece que no era normal que uno se despertara después de un paro.

—¿Rebeca?— pregunte.

Luego de unos minutos ella apareció en la puerta, me quedo mirando un rato sin decir nada. Corrió donde mí y ambos nos dimos un largo abrazo, lo necesitábamos, habíamos pasado por mucho juntos y separados.

Después de dos semanas y al ver mi mejoría me dieron el alta en la clínica.

Estaba bajando la escalera con ayuda de Rebeca, quede a dolorido con los dos paros cardíacos que había tenido en menos de un día.

Nicolás apareció en frente nuestro algo nervioso, dudo en acercarse para ayudarme, pero finalmente se quedó en su lugar guardando una distancia segura de mí.

—Dudo mucho que pueda golpearte ahora— le dije mirándolo.

—Tú no, pero ellos si— me aclaro mirando ligeramente a mis hombres que esperaban junto al auto.

—No... Ellos no... Al menos que...— le dije mirando a mis guardias.

Nicolás se tensó pero nunca dejó de mirarme.

—Si te atreves a hacerle un mínimo daño a mi hija o tocarle uno solo de sus cabellos ¡Te mataré!— le aclare serio mirándolo a los ojos.

Él inclinó la cabeza un momento sin decir nada y luego se le dibujo una sonrisa picara en la cara, me hizo recordar a cuando era un niño y ya estaba preparado para sus ocurrencias así que entrecerré los ojos

esperando.

—No tocarle uno solo de sus cabellos, esta bien entendí— me dijo repitiendo mis palabras, luego me miro aun conservando su sonrisa picara— Y de darle un nieto ni hablar ¿No?— me preguntó el muy descarado.

Yo levante el bastón que me había dado el medico para poder caminar y se lo aventé en la cabeza enojado, pero no pude pegarle porque el muy desgraciado salió corriendo mientras reía.

—¡Ya verás cuando pueda correr Nicolás Marshar!— le grite y escuché la risa estridente de mi hija a lado mío.

La mire un momento, era tan hermosa cuando reía, no pude evitar sonreír.

—¿Qué sucede?— me pregunto ella dándose cuenta de mi cara tonta y enamorada de mi hija.

Le hice señas de que se acercara con la mano y le susurré al oído.

—Que sean dos y por favor que sean niñas— le dije y le guiñe un ojo mientras iba a mi auto.

Antes de subir me gire para verla, Rebeca se había quedado tildada en su lugar con lo que le había dicho. Al verme que la observaba me dedico una sonrisa tímida. Se la devolví y me subí para volver a casa.

En el auto estaba esperándome Camila, Marcus y Verni.

—¡Ya Verni! Devolveme eso— le recrimino Camila molesta intentando recuperar unas hojas.

—¡Dibujas bien feo!— le respondió este con mofa.

—¡Señor! ¿A oído lo que me dijo?— me preguntó Camila.

—El señor no esta para esas niñerías— le aclaro Marcus serio.

Yo lo detuve y él me miro confundido.

—Verni devolvele el dibujo y discúlpate con ella, a una dama no se la trata así— le dije.

Verni me miro sorprendido y le devolvió el dibujo a Camila quien aun

estaba ofendida.

—Marcus creo que Verni merece un castigo— le mencione serio.

Verni puso una cara como si se le hubiera aparecido el mismo diablo justo ahora.

—Y tú castigo va hacer que invitaras a Camila a una cenar para afianzar lazos— le aclaré aguantando la risa.

La cara de mis interlocutores cambio de forma brusca y se miraron sorprendidos.

—Pero yo no...— me dijo Camila.

—¿Pero? ¿Has oído un pero Marcus?— le pregunte a este mirándolo.

—Aquí esta prohibida la palabra "Pero" se hace lo que el señor ordena, nadie se puede negar a ello— le respondió tajante Marcus siguiéndome el juego.

Ella inclino la cabeza un momento y luego miro a Verni de reajo, ambos cruzaron mirada y se sonrieron tímidamente.

Una vez esos dos Tortolitos se bajaron y me quede solo con Marcus el me miro un largo rato.

—Muchas cosas van a cambiar ahora Marcus, debes estar preparado— le anuncié.

Él solo se dedico a asentir incrédulo sin dejar de mirarme.

«Rebeca Richieri»

Me quede observando como el auto se alejaba por la carretera rumbo a la mansión Richieri.

Él había dicho "Que sean dos y por favor mujeres".

Aun no podía creer que mi padre, el gran Arnoldo Richieri, quisiera dos nietas mujeres, hijas de su hija y de Nicolás Marshar.

Hasta dude un segundo si no cabía la posibilidad de que me hubieran cambiado a mi padre por otro Arnoldo.

—¿Qué sucede? ¿Qué te dijo?— me preguntó Nicolás notando mi cara y

acercándose preocupado.

Lo mire un momento serio, Nicolás se había puesto nervioso y no dejaba de mirarme a mi y a la carretera donde se había ido mi padre sucesivamente.

—¡Quiere dos nietas mujeres!— le dije y no pude evitar reírme por la cara que puso Nicolás al verme y escuchar eso.